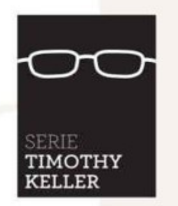
Timothy Keller

Dioses que fallan

Las promesas vacías del dinero, el sexo y el poder, y la única esperanza verdadera



Para mis hijos David, Michael y Jonathan,
que saben detectar la falsedad.

Introducción

La fábrica de ídolos

En este mundo, hay más ídolos que realidades.

– Friedrich Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*

Una curiosa melancolía

Después de que empezase la crisis económica mundial a mediados de 2008, se produjo una trágica serie de suicidios de personas que anteriormente habían sido adineradas y tenían amplios contactos. El director financiero Freddie Mac, de la Federal Home Loan Mortgage Corporation, se ahorcó en su sótano. El director general de Sheldon Good, una compañía de subastas inmobiliarias de Estados Unidos, se pegó un tiro en la cabeza sentado tras el volante de su Jaguar rojo. Un director financiero francés, que había invertido el capital de muchas familias reales europeas y otras familias destacadas, y que había perdido 1400 millones de dólares del dinero de sus clientes debido al fraude de Bernard Madoff Ponzi, se cortó las venas y falleció en su despacho de Madison Avenue. Un alto ejecutivo danés, que trabajaba para el banco HSBC, se ahorcó en el armario ropero de su suite en un hotel de Knightsbridge, Londres, que costaba 500 libras la noche. Cuando un directivo de Bear Stearns se enteró de que no le iban a contratar en JPMorgan Chase, que había absorbido a su compañía en bancarrota, tomó una sobredosis de drogas y saltó del piso 29 del edificio donde estaba su despacho. Un amigo dijo: “Este asunto de Bear Stearns… quebrantó su

espíritu".[1] Las circunstancias recordaban desagradablemente a los suicidios que se produjeron tras el hundimiento del mercado de valores en el año 1929.

En la década de 1830, cuando Alexis de Tocqueville escribió sus famosas observaciones sobre América, destacó "una extraña melancolía que invade a sus habitantes… aun en medio de la abundancia".[2] Los estadounidenses creían que la prosperidad saciaría su sed de felicidad, pero semejante esperanza era ilusoria, porque, como añadió de Tocqueville, "los gozos incompletos de este mundo nunca satisfarán el corazón [del hombre]".[3] Esta extraña melancolía se manifiesta de muchas maneras, pero siempre conduce a la misma desesperación nacida de no encontrar lo que se busca.

Existe una diferencia entre la tristeza y la desesperación. La tristeza es un dolor para el que existen maneras de aliviarlo. La tristeza es fruto de la pérdida de una cosa buena entre otras, de modo que, si uno padece un revés profesional, puede encontrar consuelo en su familia para sobrellevar la situación. Sin embargo, la desesperación es inconsolable, porque nace de perder algo *esencial*. Cuando usted pierde la fuente esencial del sentido de su vida o de su esperanza, ya no hay otras fuentes a las que recurrir. Esto quebranta nuestro espíritu.

¿Cuál es la causa de esta "extraña melancolía" que invade nuestra sociedad incluso durante esas etapas de expansión y crecimiento en las que hay una actividad frenética, y que se convierte en una desesperación flagrante en cuanto disminuye la prosperidad?. De Tocqueville dice que es el resultado de escoger "un goce incompleto de este mundo" y convertirlo en el eje de la existencia. Esta es la definición de la idolatría.

Una cultura repleta de ídolos

Para el mundo contemporáneo, el término *idolatría* trae a la mente la imagen de un pueblo primitivo que se postra ante una estatua. El libro bíblico de Hechos, en el Nuevo Testamento, contiene descripciones vívidas de las culturas existentes en el mundo grecorromano. Cada ciudad adoraba a sus dioses favoritos y les construía templos en las que depositar sus imágenes para adorarlas. Cuando Pablo acudió a Atenas, vio que estaba literalmente llena de imágenes de aquellas divinidades (Hch. 17:16). El Partenón dedicado a Atenea destacaba por encima de los demás, pero en todos los espacios públicos había representadas otras deidades. Estaba Afrodita, la diosa de la belleza; Ares, el dios de la guerra; Artemisa, la diosa de la fertilidad y de la riqueza; Hefesto, el dios de la artesanía.

Nuestra sociedad contemporánea, en su esencia, no es distinta de las antiguas. Cada cultura está dominada por su propio conjunto de ídolos. Cada una tiene sus "sacerdocios", sus tótems y sus rituales. Cada una tiene sus santuarios (pueden ser complejos de oficinas, spas y gimnasios, estudios o estadios) donde hay que presentar sacrificios para obtener las bendiciones de la buena vida y eludir las catástrofes. ¿Qué son los dioses de la belleza, el poder, el dinero y el éxito sino aquellas mismas cosas que han asumido unas proporciones míticas en nuestras vidas individuales y en nuestras sociedades? Es posible que no nos arrodillemos físicamente ante la estatua de Afrodita, pero hoy día son muchas las jóvenes que caen en depresiones y en trastornos alimentarios porque sienten una preocupación desmedida por su imagen física. Seguramente, no encendemos incienso para Artemisa, pero, cuando el dinero y la carrera profesional alcanzan

dimensiones cósmicas, realizamos una especie de sacrificio de niños, olvidando a la familia y a la comunidad para alcanzar un estrato empresarial superior y obtener más dinero y prestigio.

Después de que el gobernador de Nueva York, Eliot Spitzer, destruyera su carrera debido a su participación en un negocio de prostitución de lujo, David Brooks comentó cómo nuestra cultura ha dado a luz a una clase de emprendedores de éxito que manifiestan "desequilibrios relativos al rango profesional". Tienen las habilidades sociales para mantener relaciones verticales, para mejorar su rango entre sus mentores y sus jefes, pero carecen de la capacidad de formar vínculos genuinos en las relaciones horizontales con sus cónyuges, sus amigos y sus familiares. "Son incontables los candidatos a la Presidencia que afirman que se presentan por amor a sus familias, a pesar de que se han pasado la vida dedicados a hacer campaña, lejos de ellas." A medida que pasan los años, llegan a la desalentadora conclusión de que "su grandeza no les basta, y que se sienten solos".[4] Muchos de sus hijos y sus cónyuges están alienados de ellos. Intentan curar la herida, tienen aventuras sentimentales o recurren a otras medidas desesperadas para calmar su vaciedad interior. Entonces, llega la destrucción de la familia, el escándalo o ambas cosas.

Lo habían sacrificado todo al dios del éxito, pero no fue suficiente. En la antigüedad, las deidades estaban sedientas de sangre y costaba mucho aplacarlas. Y no han cambiado.

Los ídolos del corazón

Habría resultado difícil presentar este caso convincentemente durante la era del auge del "punto com", de la burbuja inmobiliaria y financiera de los últimos veinte años. Sin embargo, la gran

catástrofe económica de 2008-2009 ha dejado al descubierto lo que ahora se denomina "la cultura de la codicia". Hace mucho tiempo, el apóstol Pablo escribió que la codicia no era simplemente una mala conducta, sino que la avaricia es "idolatría" (Colosenses 3:5). Según advertía Pablo, el dinero puede revestirse de atributos divinos, por lo cual la relación que mantengamos con él se aproxima a la adoración y al acatamiento.

El dinero puede convertirse en una adicción espiritual y, como todas las adicciones, oculta a sus víctimas sus verdaderas proporciones. Cada vez corremos mayores riesgos para obtener una satisfacción menor de las cosas que anhelamos, hasta que se produce una catástrofe. Cuando empezamos a recuperarnos, nos preguntamos: "¿En qué estábamos pensando? ¿Cómo es posible que hayamos estado tan ciegos?" Nos despertamos como las personas con resaca, que apenas recuerdan lo sucedido la noche anterior. Pero, ¿por qué? ¿Por qué actuamos tan irracionalmente? ¿Por qué perdimos de vista por completo lo que es correcto?

La respuesta de la Biblia es que el corazón humano es una "fábrica de ídolos".[5]

Cuando la mayoría de personas piensa en los "ídolos", tienen en mente estatuas físicas… o la estrella del pop del momento según Simon Cowell.[1] Sin embargo, aunque la adoración tradicional a los ídolos sigue teniendo lugar en muchos lugares de este mundo, la pleitesía interior a los ídolos, la que se rinde dentro del corazón, es universal. En Ezequiel 14:3, Dios dice, hablando de los líderes de Israel: *"Estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón".* Como lo haríamos nosotros, los líderes debieron responder así a esa acusación: "¿Ídolos? ¿Qué ídolos? ¡Yo no veo ningún ídolo!". Lo que Dios estaba diciendo es que el corazón humano toma

cosas buenas, como una carrera de éxito, el amor, los bienes materiales e incluso la familia, y las convierte en esenciales. Nuestros corazones las deifican como el centro de nuestras vidas, porque pensamos que, si las alcanzamos, pueden ofrecernos trascendencia y seguridad, tranquilidad y plenitud.[6]

El argumento central de *El Señor de los anillos* es el anillo de poder del Señor oscuro Sauron, que corrompe a todos los que intentan usarlo, por muy buenas que sean las intenciones de estos. El anillo es lo que el profesor Tom Shippey denomina "un amplificador psíquico", que toma los deseos más queridos del corazón y los magnifica dotándolos de proporciones idólatras.[7] Algunos de los personajes buenos del libro quieren liberar a los esclavos, defender las tierras de su gente o aplicar un castigo justo a los malhechores. Todos estos objetivos son positivos. Pero el anillo les induce a hacer *lo que sea* para alcanzarlos, sin restricciones. Convierte aquello que es bueno en un absoluto que trasciende toda otra lealtad o valor. El portador del anillo está cada vez más esclavizado a él, su adicción va en aumento, porque un ídolo es algo sin lo que no podemos vivir. Debemos tenerlo y, por consiguiente, nos impulsa a quebrantar normas que otrora respetábamos, perjudicar a otros e incluso a nosotros mismos con tal de conseguirlo. Los ídolos son adicciones espirituales que conducen a una terrible maldad, tanto en la novela de Tolkien como en la vida real.

Todo puede ser un ídolo

Los momentos culturales como el que vivimos en la actualidad nos ofrecen una oportunidad. Hoy día, muchas personas están más abiertas al concepto bíblico de que el dinero puede

convertirse en mucho más que en eso. Puede transformarse en un dios poderoso que altere la vida, que dé forma a la cultura, un ídolo que rompa el corazón de sus adoradores. La mala noticia es que estamos tan pendientes del problema de la codicia, que solo nos fijamos en "esos ricos que deslumbran", sin percibir la verdad más esencial. Todo puede convertirse en un ídolo y casi cualquier cosa ya ha sido un ídolo.

El código moral más famoso del mundo es el Decálogo, los Diez Mandamientos. El primer mandamiento es *"Yo soy Jehová tu Dios… No tendrás dioses ajenos delante de mí"* Éxodo 20:2-3. Esto nos lleva de forma natural a la pregunta: "¿Qué quieres decir con lo de «*dioses ajenos*»?». La respuesta es inmediata: *"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.*

No te inclinarás a ellas, ni las honrarás…" Éxodo 20:4-5. ¡Esto incluye todo lo que hay en este mundo! La mayoría de personas que conoces pueden convertir al dinero en un dios o elevar el sexo a la categoría de divinidad. Sin embargo, *cualquier cosa* de esta vida puede ejercer de ídolo, de alternativa a Dios, de dios fraudulento.

Hace poco, escuché la historia de un oficial del ejército de tierra que enfatizaba hasta tal punto la disciplina física y militar entre sus tropas que acabó con su moral. Esto condujo a un error de comunicación durante un combate que produjo víctimas mortales. Conocí a una mujer cuya familia, siendo ella una niña, había pasado por épocas de pobreza. De adulta, estaba tan preocupada por la seguridad económica que dejó pasar muchas relaciones sentimentales prometedoras para casarse con un hombre rico al que no amaba. Esto la condujo al divorcio en poco tiempo y a

todos los problemas económicos que tanto había temido. Parece ser que algunos jugadores de béisbol de las ligas mayores, en un intento no sólo de jugar bien, sino de estar a la altura de las grandes figuras tomaron esteroides y otras drogas. Como resultado, sus cuerpos están más perjudicados y sus reputaciones más sucias que si hubieran aspirado a ser buenos jugadores, no los mejores. Las cosas sobre las que esas personas edificaban su felicidad se convirtieron en polvo entre sus dedos, *porque* habían fundamentado sobre ellas su felicidad. En cada situación de las mencionadas, *algo legitimo* y positivo se convirtió en *algo supremo*, de modo que sus exigencias pudieron más que cualquier otro valor alternativo.[8] Pero los dioses falsos siempre decepcionan y, a menudo, destructivamente.

¿Es malo querer unas tropas disciplinadas, la seguridad económica o un buen rendimiento atlético? En absoluto. Pero estas historias señalan un error frecuente que cometen las personas cuando oyen hablar del concepto bíblico de la idolatría. Pensamos que los ídolos son cosas malas, pero casi nunca es así. Cuanto mejores sean, más probable es que esperemos que puedan satisfacer nuestras necesidades y anhelos más profundos. Todo puede funcionar como un dios falso, en especial las mejores cosas de esta vida.

Cómo fabricar un dios

¿Qué es un ídolo? Es algo que es más importante para usted que Dios, cualquier cosa que cautive su corazón y su imaginación más que Dios, cualquier cosa que espere que le proporcione lo que solamente Dios puede darle.[9]

Un dios falso es algo tan crucial y esencial para su vida que, si lo

perdiese, esta carecería de sentido. Un ídolo ocupa una posición de control tan fuerte en su corazón de forma que invierta en él la mayor parte de su pasión y su energía, sus recursos emocionales y económicos, sin pensárselo dos veces. Puede ser la familia y los hijos, la carrera profesional y ganar dinero, los éxitos y el aplauso de los demás, o guardar las apariencias y conservar la posición social. Puede tratarse de una relación sentimental, la aprobación de nuestros iguales, la competencia y la capacidad, unas circunstancias seguras y cómodas, su belleza o su intelecto, una gran causa política o social, su moral y su virtud o incluso el éxito en el ministerio cristiano. Cuando el sentido de su vida consiste en arreglar la vida de otros, podemos llamarlo "codependencia", pero en realidad es idolatría. Un ídolo es cualquier cosa en la que fije su vista y diga, en lo más íntimo de su corazón: "Si consigo eso, mi vida tendrá sentido. Entonces, sabré que tengo un valor, me sentiré importante y seguro". Existen muchas maneras de describir ese tipo de relación con algo, pero quizá la palabra que mejor la exprese sea *adoración*.

Los paganos de la antigüedad no fueron muy fantasiosos cuando concibieron que prácticamente cualquier cosa era un dios. Tenían divinidades del sexo, del trabajo, de la guerra, del dinero, dioses nacionales; y esto por la simple razón de que cualquier cosa puede convertirse en un dios que gobierne y sirva como objeto de adoración en el corazón de un individuo o en la vida de todo un pueblo. Por ejemplo, la belleza física es agradable, pero si se la "deifica", si se convierte en lo más importante de la vida de una persona o de una cultura, el resultado final no es la mera belleza, sino una Afrodita. Entonces, verá cómo un pueblo, y toda una cultura, se angustia constantemente por el aspecto físico, invirtiendo cantidades ingentes de tiempo y de dinero en él, y

utilizándolo neciamente para evaluar el carácter de las personas. Si cualquier cosa se vuelve más fundamental que Dios para su felicidad, el sentido de su vida y su identidad, entonces es un ídolo.

El concepto bíblico de la idolatría es una idea extremadamente sofisticada, que integra categorías intelectuales, psicológicas, sociales, culturales y espirituales. Existen ídolos personales, como el amor romántico y la familia; o el dinero, el poder y el éxito; o el acceso a círculos sociales particulares; o la dependencia emocional que otros tienen de usted; o la salud, la forma física y la belleza. Muchos aspiran a estas cosas para que les den la esperanza, el sentido y la plenitud que sólo Dios puede proporcionar.

Existen ídolos culturales, como el poderío militar, el progreso tecnológico y la prosperidad económica. Los ídolos de las sociedades tradicionales incluyen la familia, el trabajo duro, el deber y la virtud moral, mientras que los de las sociedades occidentales son la libertad individual, el descubrimiento de uno mismo, la prosperidad y la realización personales. Todas estas cosas pueden adoptar, y adoptan, un tamaño y un poder desproporcionados dentro de una sociedad. Nos prometen seguridad, paz y felicidad; sólo tenemos que fundamentar nuestras vidas en ellas.

También puede haber ídolos intelectuales, que a menudo se llaman *ideologías*. Por ejemplo, los intelectuales europeos de finales del siglo XIX y principios del XX se convencieron en gran medida del paradigma de Rousseau, quien propugnaba la bondad innata de la naturaleza humana y sostenía que todos nuestros problemas sociales eran el resultado de una educación y una socialización incorrectas. La Segunda Guerra Mundial hizo trizas

este espejismo. Beatrice Webb, a quien muchos consideran la arquitecta del estado del bienestar británico moderno, escribió:

> *En algún momento de mi diario (¿en 1890?), escribí: "He apostado todo a la bondad esencial de la naturaleza humana..." [Ahora, treinta y cinco años después, me doy cuenta] de lo persistentes que son los impulsos y los instintos malvados en el hombre; qué poco podemos confiar en cambiarlos (por ejemplo, el atractivo de la riqueza y el poder) introduciendo cambios en la maquinaria [social]... Ningún grado de conocimiento o de ciencia servirá de nada a menos que podamos frenar o dominar el impulso maligno.*[10]

En 1920, en su libro *El perfil de la historia*, H. G. Wells alababa la creencia en el progreso humano. En 1933, en *La forma de lo que vendrá*, horrorizado por el egoísmo y la violencia de las naciones europeas, Wells creía que la única esperanza radicaba en que los intelectuales se hicieran con el control y llevasen a cabo un programa educativo obligatorio que enfatizara la paz, la justicia y la equidad. En 1945, en *El destino del Homo sapiens*, escribió: "El *Homo sapiens*, como le ha gustado llamarse a sí mismo, está… agotado". ¿Qué les pasó a Wells y a Webb? Habían tomado una verdad parcial y la convirtieron en una verdad que lo abarcaba todo, mediante la cual todo se podía explicar y mejorar. "Apostarlo todo" en la bondad humana era colocarla en el lugar de Dios.

También hay ídolos, valores absolutos innegociables, en todos los campos vocacionales. En el mundo empresarial, la expresión de uno mismo queda suprimida en aras del valor último, el beneficio. Sin embargo, en el mundo del arte sucede exactamente

lo contrario. Todo se sacrifica en el altar de la autoexpresión y se hace en nombre de la redención. Se piensa que esto es lo que raza humana necesita por encima de todo lo demás. Hay ídolos por todas partes.

Ame, confíe y obedezca

La Biblia usa tres metáforas básicas para describir cómo se relacionan las personas con los ídolos de sus corazones. *Aman* a los ídolos, *confían* en ellos y los *obedecen*.[11]

En ocasiones, la Biblia habla de los ídolos usando una metáfora matrimonial. Dios debería ser nuestro verdadero esposo, pero, cuando deseamos otras cosas y nos deleitamos en ellas más que en Dios, cometemos un adulterio espiritual.[12] El romance o el éxito pueden convertirse en "falsos amantes" que prometen hacernos sentir amados y valorados. Los ídolos capturan nuestra imaginación y podemos localizarlos si nos fijamos en nuestras ensoñaciones cotidianas. ¿Qué nos gusta imaginar? ¿Cuáles son nuestros sueños más preciados? Pedimos a nuestros ídolos que nos amen, que nos proporcionen valor y autoestima, importancia y dignidad.

A menudo, la Biblia habla de los ídolos usando la metáfora de la religión. Dios debería ser nuestro auténtico Salvador, pero pretendemos que el progreso personal o la prosperidad económica nos ofrezcan la paz y la seguridad que necesitamos.[13] Los ídolos nos ofrecen la sensación de tener el control y podemos localizarlos si nos fijamos en nuestras pesadillas. ¿Qué es lo que más tememos? ¿Qué haría que, en caso de perderlo, nuestra vida no valiera la pena? Hacemos "sacrificios" para aplacar y propiciar a nuestros dioses, quienes, según pensamos, nos protegerán.

Esperamos que nuestros ídolos nos ofrezcan confianza y seguridad.

La Biblia también habla de los ídolos usando la metáfora de la política. Dios debería ser nuestro único Señor, pero nosotros también servimos aquello que amamos y en lo que confiamos. Todo lo que se vuelve más importante e innegociable que Dios se convierte en un ídolo esclavizante.[14] Según este paradigma, podemos detectar a los ídolos observando cuáles son nuestras emociones más sólidas. ¿Qué nos pone incontrolablemente furiosos, ansiosos o abatidos? ¿Qué nos tortura con una culpabilidad de la que no podemos librarnos? Los ídolos nos controlan, dado que sentimos que, si no los tenemos, la vida carece de sentido.

Todo lo que nos controla es nuestro señor. El que busca el poder está controlado por él. Quien busca la aceptación está dominada por las personas a las que intenta complacer. Estamos controlados por el señor de nuestras vidas.[15]

Lo que muchas personas tildan de "problemas psicológicos" no son más que sencillas cuestiones de idolatría. El perfeccionismo, la adicción al trabajo, la indecisión crónica, la necesidad de controlar las vidas de otros, son cosas que se dan cuando convertimos algo bueno en ídolos que, entonces, nos hacen caer de rodillas en un intento de complacerlos. Los ídolos dominan nuestras vidas.

La oportunidad del desencanto

Como hemos visto, existe una enorme diferencia entre la tristeza y la desesperación, dado que esta última es una tristeza insoportable. En la mayoría de los casos, la diferencia entre ambos

es la idolatría. Un empresario coreano se quitó la vida después de perder la mayor parte de una inversión por valor de 370 millones de dólares. "Cuando el mercado de valores nacional cayó por debajo de 1000, dejó de comer y se pasó varios días consumiendo alcohol, hasta que al final decidió suicidarse", declaró su esposa a la policía.[16] En mitad de la gran crisis económica de 2008-2009, escuché que un hombre llamado Bill contaba cómo tres años antes se había convertido al cristianismo, y que su seguridad última había pasado de estar en el dinero a centrarse en su relación con Dios por medio de Cristo.[17] "Si esta debacle económica se hubiera producido hace más de tres años… bueno, la verdad es que no sé cómo la hubiera superado, cómo habría logrado seguir adelante. Le puedo decir sinceramente que nunca en mi vida había sido tan feliz como ahora".

Aunque pensamos que vivimos en un mundo secular, los ídolos, los relucientes dioses de nuestra época, ostentan sus derechos a la confianza funcional de nuestros corazones. Dado que la economía mundial está en ruinas, muchos de los ídolos a los que llevamos tantos años adorando se han venido abajo a nuestro alrededor. Esa es nuestra gran oportunidad. Estamos experimentando un periodo breve de "desencanto". En los relatos de antaño, este era el momento en que se rompía el conjuro lanzado por el malvado hechicero y el protagonista tenía ocasión de escapar. Estos momentos llegan a nosotros como individuos, cuando alguna gran empresa, meta o persona sobre la que habíamos edificado nuestras esperanzas no logra darnos lo que (según pensábamos) prometía. Esta situación muy raras veces afecta a toda una sociedad.

El camino hacia delante, el que nos saca de la desesperación, consiste en discernir los ídolos de nuestro corazón y de nuestra

cultura. Pero eso no bastará. La única manera de librarnos de la influencia destructiva de los dioses falsos es volvernos al único verdadero. El Dios vivo, que se reveló tanto en el monte Sinaí como en la cruz, es el único Señor que, si le encuentra, puede llenarle de verdad y, si usted le falla, puede perdonarle genuinamente.

---

1 Directivo estadounidense de la compañía Sony, productor musical y presentador del programa concurso *American Idol*. (N. del T.)

Todo lo que siempre has querido

Lo peor que puede pasar

La mayoría de personas se pasa la vida intentando hacer realidad los deseos más profundos de su corazón. ¿Acaso la vida no consiste en esto, en "la búsqueda de la felicidad"? Nunca dejamos de buscar maneras de adquirir las cosas que necesitamos y estamos dispuestos a sacrificar mucho para conseguirlas. Nunca imaginamos que obtener los anhelos más profundos de nuestro corazón pueda ser lo peor que nos puede pasar en esta vida.

En cierta ocasión, mi esposa y yo conocimos a una mujer soltera, Anna, que quería desesperadamente tener hijos. Al final, se casó y, contrariamente a las expectativas de sus médicos dada la edad de la madre, pudo dar a luz dos niños sanos. Pero sus sueños no se hicieron realidad. Su impulso abrumador de dar a sus hijos una vida perfecta impidió que pudiera disfrutar de ellos. Su sobreprotección, sus temores y sus ansiedades, así como su necesidad de controlar hasta el último detalle de la vida de sus hijos, hizo que su familia padeciera las consecuencias. El hijo mayor de Anna tenía un rendimiento muy bajo en la escuela y evidenciaba síntomas de graves problemas emocionales. El hijo menor estaba dominado por la ira. Es muy probable que el impulso que siente Anna de ofrecer a sus hijos una vida maravillosa sea en realidad lo que acabe arruinándosela. Es posible que obtener el deseo de su corazón haya sido lo peor que le haya pasado en esta vida.

A finales de la década de 1980, Cynthia Heimel escribió: "En el mismo instante en que una persona se convierte en una celebridad, se transforma en un monstruo"; y después dio los nombres de tres famosísimas estrellas de Hollywood a las que había conocido antes de que se hicieran famosas. En aquella época, eran "seres humanos realmente agradables… pero ahora se han vuelto semidioses y su ira es implacable". Luego añadió que, bajo la presión de la fama y de la celebridad, todas las lacras y las miserias del carácter de una persona duplican su virulencia.[18] Puede que sienta curiosidad por saber quiénes fueron esas estrellas de los años 80, pero no hace falta que lo sepa. Justo ahora mismo existen muchos "nombres en negrita" que siguen la misma pauta en su vida, como vemos en las primeras planas de los diarios. Los nombres cambian, pero el patrón es el mismo.

La inevitabilidad de la idolatría

¿Cómo es posible que tan a menudo obtener los deseos de nuestro corazón sea catastrófico? En el libro de Romanos, el apóstol Pablo escribió que una de las peores cosas que Dios puede hacerle a una persona es entregarla a los deseos de su corazón (Ro. 1:24). ¿Por qué el máximo castigo imaginable consiste en permitir que alguien alcance el sueño que más ansía? Se debe a que nuestros corazones convierten en ídolos esos deseos. En este mismo capítulo, Pablo resumió la historia de la raza humana en una sola frase: "honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador" (Ro. 1:25). Todo ser humano debe vivir por algo. Siempre tiene que haber algo que capture nuestra imaginación, la lealtad más fundamental de nuestros corazones y nuestras esperanzas. Pero, como nos dice la Biblia, sin la intervención del Espíritu Santo, ese objeto nunca será el propio Dios.

Si esperamos que alguna cosa creada nos dé el sentido, la esperanza y la felicidad que sólo puede darnos Dios, al final no conseguirá hacerlo y nos romperá el corazón. Aquella mujer, Anna, que estaba arruinando las vidas de su familia, no es que "amara demasiado a sus hijos", sino que más bien amaba a Dios demasiado poco en relación a ellos. Como resultado, sus hijos-dioses se vieron aplastados por el peso de las expectativas de su madre.

Dos filósofos judíos que conocían a fondo las Escrituras llegaron a esta conclusión: "El principio central… de la Biblia es el rechazo de la idolatría".[19] La Biblia, por lo tanto, está repleta de una historia tras otra que habla de las innumerables formas y los efectos devastadores de la adoración a los ídolos. Todos dios falso que pueda elegir un corazón (sea el amor, el dinero, el éxito o el poder) tiene un relato bíblico poderoso que explica cómo ese tipo concreto de idolatría afecta a nuestras vidas.

Uno de los personajes centrales de la Biblia es Abraham. Como la mayoría de los hombres de la antigüedad, deseaba un hijo que pudiera llevar su nombre. Sin embargo, en el caso de Abraham aquel deseo se había convertido en el más profundo de su corazón. Por último, más allá de toda esperanza, Dios le dio un hijo. Ahora disponía de todo lo que deseaba. Entonces, Dios le pidió que renunciara a él.

El llamamiento de Abraham

Según la Biblia, Dios acudió a Abraham y le hizo una promesa impresionante. Si Abraham le obedecía fielmente, Dios bendeciría a todas las naciones de la Tierra por medio de él y de sus descendientes. No obstante, para que sucediera esto Abraham

tenía que *irse. "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré"* Gn. 12:1-3. Dios llamó a Abraham a que dejase atrás todo lo que conocía (sus amigos, buena parte de su familia y lo que según él le ofrecía seguridad, prosperidad y paz) y se marchara a lo desconocido, sin tener idea de su destino. Dios le pidió que, por amor a Él, abandonase casi todas las esperanzas y las cosas mundanales que desea el corazón de un ser humano.

Y Abraham lo hizo. Fue llamado a "marcharse" y se fue, *"sin saber a dónde iba"* He. 11:8.

Sin embargo, mientras que el llamado de Dios le exigió que abandonara todas sus otras esperanzas, también le dio una nueva. La profecía decía que las naciones de la Tierra serían benditas por medio de su familia, "tu descendencia" (Gn. 12:7). Eso suponía que tendría hijos. Sara, la esposa de Abraham, no había podido concebirlos. Hablando en términos biológicos, tener hijos parecía una meta imposible. Pero Dios prometió que Abraham tendría un hijo.

Sin embargo, a medida que pasaban los años la promesa divina cada vez costaba más de creer. Por fin, cuando Abraham tuvo más de cien años, y Sara más de noventa (Gn. 17:17; 21:5), ella dio a luz a un hijo, Isaac. Era evidente que se trató de una intervención divina, de modo que el nombre de Isaac significa "risa", una referencia tanto a la alegría de sus padres como a su dificultad para creer que Dios les daría aquello que les había prometido.

Los años de espera atribulada habían pasado factura, como puede atestiguar cualquier pareja que tenga problemas de

infertilidad. Aquellas demoras casi inacabables refinaron la fe de Abraham, un proceso tremendamente importante. No obstante, los años de infertilidad también tuvieron otro efecto. Nadie había deseado un hijo más que Abraham. Había renunciado a todo lo demás para esperar su llegada. Cuando naciera su hijo, sentía él, su comunidad vería por fin que no había sido un necio al renunciar a todo para confiar en la palabra de Dios. Entonces, dispondría ya de un heredero, un hijo a su semejanza, algo que deseaban todos los patriarcas de Oriente Medio. Había aguardado, se había sacrificado y, por fin, su esposa había tenido un hijo ¡y era un varón!

Pero ahora la pregunta era: ¿había estado esperando y sacrificándose por Dios, o por el muchacho? ¿Dios era algo más que un medio para alcanzar un fin? ¿A quién había entregado de verdad Abraham su corazón? ¿Abraham tenía la paz, la humildad, el coraje y la firmeza inconmovible de aquellos que confían en Dios antes que en sus circunstancias, en la opinión pública o en su propia competencia? ¿Había aprendido a confiar *sólo* en Dios, a amar a Dios por sí mismo y no solamente por lo que podía obtener de Él? No, todavía no.

El segundo llamamiento de Abraham

Cuando nuestra amiga Anna, aquella mujer que había anhelado tener hijos, se quedó por fin embarazada, pensó que, a partir de entonces, "vivirían felices para siempre". Lamentablemente, eso no sucedió, como no suele pasar. Muchas parejas que desean hijos creen que tenerlos resolverá todos sus problemas, pero nunca es así. Los lectores de Génesis 12–21 podrían pensar, de igual manera, que el nacimiento de Isaac sería el punto culminante y el

último capítulo de la vida de Abraham. Su fe había triunfado. Ahora, podía morir feliz, habiendo cumplido el llamado de Dios para él de dejar su tierra natal y esperar que le naciese un hijo. Pero, entonces, para sorpresa nuestra, Abraham recibió otro llamado de Dios. Y no podía haber sido nada más demoledor.

Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

(Génesis 22:2)

Aquella fue la prueba definitiva. Ahora, Isaac era *todo* para Abraham, como deja claro el llamado divino. No se refiere al muchacho diciendo "Isaac", sino "tu hijo, tu único, a quien amas". El afecto de Abraham se había convertido en adoración. Anteriormente, el sentido de la vida de Abraham había dependido de la palabra de Dios. Ahora, iba dependiendo cada vez más del amor y el bienestar de Isaac. El centro de la vida de Abraham se estaba desplazando. Dios no decía que no se pueda amar a los hijos, sino que no debemos convertir a un ser querido en un dios falso. Si alguien coloca a un hijo o hija en el lugar del Dios verdadero, crea un amor idólatra que asfixiará a los hijos y destruirá la relación con ellos.

El mandamiento espantoso

Muchos lectores, con el paso de los años, han manifestado objeciones comprensibles a este relato. Han interpretado que su "moraleja" dice que hacer cosas crueles y violentas está bien siempre que uno crea que se trata de la voluntad de Dios. Nadie ha hablado más claramente sobre este tema que Søren Kierkegaard, cuyo libro *Temor y temblor* se basa en el relato de

Abraham e Isaac. Kierkegaard llega a la conclusión última de que la fe es irracional y absurda. Abraham pensó que aquella orden no tenía ningún sentido y contradecía todo lo que Dios le había dicho antes, pero, sin embargo, la cumplió.

¿Seguro que ese mandamiento fue totalmente irracional para Abraham? La interpretación que hace Kierkegaard de la historia no toma en consideración el significado del primogénito dentro del pensamiento y el simbolismo judíos. Jon Levenson, erudito judío que enseña en Harvard, ha escrito *The Death and Resurrection of the Beloved Son* ("La muerte y la resurrección del hijo amado"). En esta obra, nos recuerda que las culturas de la antigüedad no eran tan individualistas como las nuestras. Las esperanzas y los sueños de las personas nunca se centraban en su éxito, su prosperidad o su prominencia personales. Dado que todos formaban parte de una familia, y nadie vivía de espaldas a ella, todos intentaban alcanzar aquellas cosas para el clan al completo. También debemos recordar la antigua ley de la primogenitura. El hijo mayor se quedaba con la mayor parte de la herencia y de la riqueza, de modo que la familia no perdiese el lugar que ocupaba en la sociedad.[20]

En una cultura individualista como la nuestra, la identidad y el valor que tiene un individuo suelen estar en función de sus capacidades y sus éxitos, pero en la antigüedad todas las esperanzas y los sueños de un hombre y de su familia descansaban sobre el hijo primogénito.[21] La orden de sacrificar al primogénito sería como si un cirujano renunciara a la utilización de sus manos, o un artista visual perdiera el uso de sus ojos.

Levenson sostiene que solamente podemos entender el mandamiento de Dios a Abraham si lo vemos según este trasfondo

cultural. La Biblia afirma repetidamente que, debido al pecado de los israelitas, las vidas de sus primogénitos estaban condenadas automáticamente, aunque podrían ser redimidos por medio de los sacrificios regulares (Éx. 22:29; 34:20), del servicio en el tabernáculo entre los levitas (Nm. 3:40-41) o del pago de un rescate al tabernáculo y a los sacerdotes (Nm. 3:46-48). Cuando Dios trajo el juicio sobre Egipto por esclavizar a los israelitas, su castigo definitivo fue arrebatar las vidas de sus primogénitos. Las vidas de estos estaban condenadas debido a los pecados de las familias y de la nación. ¿Por qué? El hijo primogénito *era* la familia. Por lo tanto, cuando Dios dijo a los israelitas que la vida del primogénito le pertenecía a menos que se pagase un rescate, decía, de la forma más vívida posible en aquellas culturas, que cualquier familia de este mundo tenía una deuda pendiente con la justicia eterna: la deuda del pecado.

Todo esto es esencial para interpretar la orden que Dios dio a Abraham. Si Abraham hubiera escuchado una voz parecida a la de Dios que le dijera "Levántate y mata a Sara", seguramente no lo habría hecho. Habría pensado, con razón, que era una alucinación, porque Dios no le iba a pedir que hiciera algo que contradecía claramente todo lo que había dicho sobre la justicia. Pero cuando Dios afirmó que lo que debía entregar era la vida de su único hijo, para él ésa *no* fue una petición irracional ni contradictoria. Fijémonos que Dios no le pedía que entrase en la tienda de Isaac y lo matara: le pidió que hiciera de él un sacrificio en el altar. Reclamaba el pago de la deuda de Abraham. Su hijo moriría por los pecados de la familia.

El camino a las montañas

Aunque la orden de Dios era comprensible, eso no hacía que fuera menos espantosa. Abraham se enfrentaba con un problema último: “Dios es santo. Nuestro pecado significa que la vida de Isaac está condenada. Sin embargo, Dios también es un Dios de gracia. Ha dicho que quiere bendecir al mundo por medio de Isaac. ¿Cómo es posible que Dios sea santo y justo y, aun así, cumpla en su gracia su promesa de salvación?”. Abraham no lo sabía, pero fue. Actuó como lo hizo otro personaje del Antiguo Testamento, Job, a quien se le enviaron numerosas aflicciones sin explicarle el porqué. Sin embargo, Job dice del Señor: *“Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro”* Job 23:10.[22]

¿Cómo se obligó Abraham a subir a las montañas obedeciendo al llamado de Dios? La magnífica narrativa hebrea nos ofrece indicios emocionantes. Abraham dijo a sus siervos que “volvere*mos* a vosotros” (Gn. 22:5). Es improbable que tuviese una idea precisa de lo que haría Dios, pero Abraham no subió al monte diciendo “*puedo* hacerlo”, lleno de fuerza de voluntad y confiado en sí mismo. Más bien, ascendió diciendo: “Dios lo hará… pero no sé cómo”. ¿Qué haría Dios? De alguna manera, Dios cancelaría la deuda de los primogénitos manteniendo al mismo tiempo la promesa de la gracia.

Abraham no se limitaba a ejercer una “fe ciega”. No estaba diciendo: “Esto es una locura, es un asesinato, pero, a pesar de todo, lo haré”. En lugar de eso, decía: “Sé que Dios es *tan* santo *como* misericordioso. No sé cómo podrá ser ambas cosas, pero sé que lo hará”. Si no hubiera creído que estaba en deuda con un Dios santo, habría estado demasiado furioso como para subir al monte. Pero si no hubiera creído también que Dios era un Dios de gracia, se habría sentido demasiado abatido y desesperanzado

como para subir; se hubiera tumbado a esperar la muerte. Pero como sabía que Dios era tanto santo como amoroso, pudo poner un pie delante del otro para subir a aquel monte.

Por fin, Abraham y su hijo vieron el lugar destinado al sacrificio.

> *Cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.*
>
> *(Génesis 22:9-10)*

Pero, en aquel mismo instante, la voz de Dios descendió hasta él desde los cielos: *"¡Abraham, Abraham!"*.

"Heme aquí", respondió desde el precipicio.

"No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único" v. 12. Y, en aquel momento, Abraham vio un carnero atrapado por los cuernos en un arbusto. Abraham desató a Isaac y sacrificó al animal en lugar de su hijo.

El peligro de las mejores cosas de este mundo

¿Cuál es la enseñanza de todo este episodio? Son dos cosas: una de las cuales es probable que Abraham viera con claridad, y otra, que seguramente le costaba bastante comprender.

Lo que Abraham entendió muy bien fue que aquella prueba tenía que ver con el amor supremo a Dios. Al final, el Señor le dijo: *"Ahora sé que temes a Dios"*. En la Biblia, esto no se refiere

tanto a “tener miedo” de Dios, sino a entregarse de todo corazón a Él. Por ejemplo, en Salmos 130:4, vemos que *“el temor de Dios”* aumenta gracias a la experiencia de la gracia y el perdón divinos. Lo que describe es un asombro amante y alegre frente a la grandeza de Dios. El Señor dice: “Ahora sé que me amas más que a cualquier otra cosa en este mundo”. Esto es lo que significa “el temor de Dios”.

Ello no significa que Dios intentase averiguar si Abraham le amaba. El Dios omnisciente conoce todos los estados del corazón. Más bien, Dios hacía pasar a Abraham por el horno de la prueba, de modo que su amor por Dios pudiera manifestarse al final “como el oro fino”. No es difícil entender por qué Dios usó a Isaac como medio para alcanzar ese fin. Si Dios no hubiera intervenido, sin duda Abraham habría acabado amando a su hijo más que a cualquier otra cosa en la vida, si es que no lo había hecho ya. Eso hubiera constituido idolatría y toda idolatría es destructiva.

Desde este punto de vista, vemos que el trato extremadamente crudo que Dios dispensó a Abraham fue en realidad misericordioso. Isaac supuso un don maravilloso para Abraham, pero entrañó un peligro para su padre hasta que este estuvo dispuesto a poner a Dios en primer lugar. Mientras Abraham no tuviera que elegir entre su hijo y la obediencia a Dios, no podría darse cuenta de que su amor empezaba a ser idólatra. De forma parecida, quizá no nos apercibamos de lo idolátrico que se ha vuelto nuestro trabajo profesional hasta que nos encontremos en una circunstancia en la que decir la verdad o actuar con integridad supondría un golpe contundente a nuestras posibilidades de ascender. Si no estamos dispuestos a perjudicar nuestra carrera

para hacer la voluntad de Dios, nuestro trabajo se convertirá en un dios fraudulento.

¿Cómo hubiera podido Anna, la mujer a la que conocimos antes en este capítulo, dar a Dios lo que este pidió a Abraham? Los consejeros le dirían que tiene que dejar de meter a sus hijos en actividades y proyectos para los que no tienen aptitudes. Ha de dejar de castigarlos emocionalmente cuando sacan malas notas. Debe darles la libertad de fracasar. Todo esto es cierto, pero hay un tema subyacente que es necesario tener en cuenta. Anna tiene que poder decir en su corazón: "Mi deseo de tener niños perfectos y felices es egoísta. Se centra en mi necesidad de sentirme digna y valiosa. Si realmente conociera el amor de Dios, podría aceptar a unos niños imperfectos y no los agobiaría tanto. Si el amor de Dios significase para mí más que mis hijos, podría amarlos menos egocéntricamente y con mayor sinceridad". Anna tiene que poner a sus "Isaacs" en el altar y dar a Dios el lugar central en su vida.

Su control excesivo sobre sus hijos no sólo manifestaba la renuencia a permitir que Dios fuera Dios en su propia vida, sino también en las de ellos. Anna no podía imaginar que Dios pudiera tener un plan para las vidas de sus hijos que fuera más sabio que el que ella había trazado. Había planificado una vida perfecta, sin errores ni decepciones. Pero este plan de vida es *más* imperfecto que la ruta llena de baches que Dios ha trazado inevitablemente para nosotros. Las personas que nunca han sufrido en esta vida sienten menos empatía por otras, conocen poco sus propios errores y limitaciones, no saben resistir frente a las tribulaciones y tienen expectativas irreales para esta vida. Tal y como nos dice el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento, aquel a quien Dios ama pasará por dificultades (He. 12:1-8).

El éxito y el amor de los hijos de Anna han sido más importantes para la imagen que ella tiene de sí misma que la gloria y el amor de Dios. Aunque cree en Dios con su mente, la satisfacción más profunda de su corazón la encuentra cuando uno de sus hijos le dice: "¡Ay, mamá, te lo debo todo a ti!". Lo trágico es que es posible que nunca escuche las palabras que más desea, porque su necesidad desordenada de la aprobación de sus hijos aleja a las personas a las que más ama. Debe estar dispuesta a poner primero a Dios, a confiar a Dios a sus hijos al permitirles fracasar, y a encontrar la paz en el amor y en la voluntad divinas. Debe subir con Abraham a las montañas.

Abraham hizo ese viaje y sólo después de realizado pudo amar a Isaac correcta y sabiamente. Si Isaac se hubiera convertido en la principal esperanza y alegría de la vida de Abraham, su padre le habría disciplinado demasiado (porque necesitaría que su hijo fuera "perfecto"), o demasiado poco (porque no soportaría la contrariedad de su hijo) o ambas cosas. Le habría consentido mucho, pero al mismo tiempo, se habría mostrado furioso y cruel, quizá incluso violento, cuando su hijo le decepcionara. ¿Por qué? Porque los ídolos esclavizan. El amor y el éxito de Isaac se habrían convertido en las únicas identidad y alegría de Abraham. Se hubiera puesto desmedidamente furioso, ansioso y deprimido si Isaac alguna vez no le obedecía o amaba. Y eso habría pasado, dado que ningún hijo puede llevar la carga total de la perfección. Las expectativas de Abraham habrían alejado de él a Isaac o desvirtuado y desfigurado su espíritu.

Por consiguiente, el trayecto espantoso de Abraham al monte fue la última etapa de un largo viaje en el que Dios le transformaba de hombre corriente a uno de los personajes más

destacados de la historia. Las tres grandes religiones monoteístas modernas, que son el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo, nombran a Abraham como su fundador. Más de la mitad de los seres humanos le consideran su padre espiritual. Eso no habría sucedido si Dios no hubiese destruido el ídolo que Abraham llevaba en su corazón.

El sustituto

Este incidente famoso también apuntaba a algo que Abraham no podía ver, al menos no verlo demasiado bien en su época. ¿Por qué se había salvado Isaac? Los pecados de Abraham y de su familia seguían allí. ¿Cómo podía pasarlos por alto un Dios santo y justo?. Bueno, se ofreció un sustituto, un carnero. Pero, ¿fue la sangre del carnero la que canceló la deuda del primogénito? No.

Muchos años después, en aquellas mismas montañas,[23] otro primogénito fue sujeto a un madero para morir. Pero allí, en el monte Calvario, cuando el Hijo amado de Dios exclamó *"¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?",* no hubo ninguna voz del cielo que anunciara liberación. En lugar de eso, Dios Padre pagó el precio en silencio. ¿Por qué? El verdadero sustituto del hijo de Abraham fue el unigénito de Dios, Jesús, que murió en pago por nuestros pecados. *"Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios"* 1 P. 3:18. Pablo comprendió el verdadero sentido de la historia de Isaac cuando aplicó deliberadamente a Jesús el lenguaje propio de aquel episodio: *"El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?"* Ro. 8:32.

Por lo tanto, aquí tenemos la respuesta práctica a nuestras idolatrías, a los "Isaacs" de nuestras vidas, que, desde el punto de vista espiritual, no conviene tener ni conservar. Hemos de entregarlas. Hemos de encontrar la manera de evitar que se nos aferren con demasiada fuerza, de esclavizarnos a ellas. Nunca lo haremos mientras pronunciemos palabras abstractas sobre lo grande que es Dios. Hemos de saber y estar seguros de que Dios nos ama, nos valora tanto y se complace hasta tal punto en nosotros que podemos descansar en Él nuestros corazones para hallar nuestro valor y nuestra seguridad, y superar cualquier incidente que suceda en la vida.

Pero, ¿cómo?

Dios vio el sacrificio de Abraham y dijo: *"ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único"*. Pero, ¡cuánto más podemos contemplar *su* sacrificio en la cruz y decir a Dios: "¡Ahora conocemos que *nos* amas, porque no nos has negado tu hijo único, tu amado!" Cuando nuestras mentes entienden la magnitud de lo que Él hizo, al final podemos descansar nuestros corazones en Dios y no en cualquier otra cosa.

Jesús es el único que hace que esta historia tenga sentido. La única manera de que Dios pueda ser "justo" (exigiendo el pago de nuestra deuda por el pecado) *y* "el que justifica"[24] (ofreciendo salvación y gracia) radica en que. muchos años después, otro Padre subió al "monte" llamado Calvario con su primogénito y lo ofreció allí por todos nosotros. Usted nunca será tan grande, tan confiado en Dios, tan valiente como lo fue Abraham por el mero hecho de intentarlo con ganas, sino únicamente al creer en el Salvador a quien señala este suceso. Sólo si Jesús vivió y murió por nosotros podemos tener de inmediato un Dios de amor y

santidad infinitos. Entonces, puede estar absolutamente convencido de que le ama.

Tu camino al monte

Piense en las muchas decepciones y problemas que nos acosan. Écheles un vistazo más de cerca y se dará cuenta de que los más poderosos de ellos tienen que ver con nuestros propios "Isaacs". En nuestras vidas, siempre hay cosas en las que invertimos para obtener cierto grado de alegría y de plenitud que sólo puede darnos Dios. Los momentos más dolorosos de nuestras vidas son aquellos en los que nuestros Isaacs, nuestros ídolos, corren peligro o alguien nos los quita. Cuando sucede esto, podemos reaccionar de dos maneras. Podemos decantarnos por la amargura y el desespero. Nos creeremos con derecho a revolcarnos en esos sentimientos, diciendo: "¡Llevo toda la vida trabajando para llegar a este punto de mi carrera, y ahora ha desaparecido todo!"; o "¡Me he pasado la vida trabajando como un esclavo para ofrecerle una buena vida a esa mujer, y así me lo paga!". Podemos sentirnos con libertad para mentir, engañar, vengarnos o renunciar a nuestros principios para aliviar nuestra angustia. O podemos limitarnos a vivir en la melancolía permanente.

La otra manera de reaccionar es la de Abraham: dar un paseo monte arriba. Podría decir: "Veo que me llamas a vivir mi vida sin algo de lo que yo pensaba que no podría prescindir. Pero, si te tengo, poseo la única riqueza, salud, amor, honor y seguridad que realmente necesito y que nunca perderé". Como muchos han aprendido y más tarde enseñado, hasta que lo único que usted tenga sea Jesús, no se dará cuenta de que Él es todo lo que necesita.

Muchos de estos dioses falsos, por no decir la mayoría, pueden quedarse en nuestras vidas una vez los hayamos "degradado" a un puesto inferior a Dios. Entonces, no nos dominarán ni asediarán con ansiedad, orgullo, ira y agobio. A pesar de todo, no debemos cometer el error de pensar que esto significa que lo único que debemos hacer es estar *dispuestos* a separarnos de nuestros ídolos, en lugar de abandonarlos por completo. Si Abraham hubiera subido a la montaña pensando "Lo único que tengo que hacer es poner a Isaac sobre el altar, pero sin sacrificarlo de verdad", ¡no habría superado la prueba! Para que un elemento presente en nuestras vidas sea seguro, tiene que haber dejado de ser un ídolo. Esto sólo puede suceder cuando estamos realmente dispuestos a vivir sin ello, cuando decimos desde el corazón: "Como tengo a Dios, puedo vivir sin ti".

A veces, parece que Dios nos mata cuando, en realidad, nos está salvando. En este caso, estaba transformando a Abraham en un gran hombre, pero aparentemente daba la sensación de que Dios era cruel. Seguir a Dios en semejantes circunstancias parece ser un tipo de "fe ciega", pero en realidad es una fe vigorosa y agradecida. La Biblia está llena de relatos sobre personajes como José, Moisés y David, que hablan de momentos en los que Dios pareció abandonarles, aunque más adelante se reveló que lo que hizo fue destruir los ídolos perniciosos de sus vidas, algo que solamente se podía hacer si ellos pasaban por aquella experiencia difícil.

Igual que Abraham, Jesús luchó intensamente con el llamado de Dios. En el huerto de Getsemaní, preguntó al Padre si no había ninguna otra alternativa, pero al final subió obediente al Calvario y a la cruz. No podemos saber todos los motivos por los que nuestro

Padre permite que nos pasen cosas malas, pero, como hizo Jesús, podemos confiar en Él en esos momentos difíciles. Cuando le contemplemos y nos regocijemos en lo que hizo por nosotros, tendremos la alegría y la esperanza necesarias (además de vernos libres de los dioses falsos) para seguir el llamado de Dios cuando las circunstancias parecen tan oscuras como difíciles.

El amor no es todo lo que necesitas

La búsqueda del amor

El anhelo humano del amor verdadero se ha celebrado siempre en canciones y novelas, pero nuestra cultura contemporánea lo ha magnificado en un grado impresionante. Los teatros musicales están repletos de luminosas canciones de amor, pero algunas revelan la cara oculta de esta búsqueda moderna. En el tema "Being Alive" ("Vivir") del musical *Company*, un hombre se enamora de una mujer y canta que ella "me necesitará demasiado… me conocerá demasiado… me cortará las alas y me lo hará pasar muy mal". A pesar de ello, insiste en que sólo ese romance le "dará respaldo para estar vivo, me dará la vida". Debe correr de una relación agotadora a la siguiente, porque es la única manera que tiene de sentirse vivo. En la canción "Bewitched" ("Embrujada"), una mujer admite que el hombre del que se ha enamorado es un estúpido que acabará decepcionándola, pero, como dice ella: "Vuelvo a estar como loca, cautivada, una niña tonta que sonríe y gimotea". Los cantantes dependen en exceso del enamoramiento. Parece que sus vidas carecen de sentido si no media en ellas una relación romántica de algún tipo, aunque sea nociva.

En los primeros tiempos de mi ministerio pastoral, conocí a una mujer llamada Sally, que tuvo la desgracia de nacer siendo hermosa. Incluso cuando era niña entendió el poder que podía tener gracias a su atractivo físico. Al principio, usó su belleza para

manipular a otros, pero al final fueron los demás quienes la usaron para manipularla a ella. Llegó a sentir que estaba indefensa y era invisible a menos que algún hombre estuviera enamorado de ella. No soportaba estar sola. Como resultado, estaba dispuesta a mantener relaciones sentimentales con hombres que la maltrataban.

¿Por qué soportaba ese maltrato? Había llegado al punto de buscar en los hombres el tipo de afirmación y aceptación profundas que sólo puede proporcionar Dios. Como resultado, se convirtió en esclava del amor. Hoy día, podemos oír a algunas personas decir "¡Huy! ¡Mi jefe es un negrero!", pero esto no es más que una metáfora indefinida. Es cierto que algunos jefes pueden complicarnos la vida, pero los verdaderos esclavistas no conocen límites. Pueden hacer literalmente lo que les apetezca: agredirle, violarle o incluso matarle. De la misma manera, sabemos que una cosa buena se ha convertido en un dios falso cuando las exigencias que le impone superan las fronteras de lo correcto. Convertir el trabajo en un ídolo puede suponer que usted trabaje hasta arruinarse la salud, o que incumpla la ley con miras a mantenerse por delante de otros. Convertir el amor en un ídolo puede significar que el o la amante le explote y abuse de usted, o provocar una ceguera espantosa ante las patologías en la relación. Un apego idólatra a algo o a alguien puede llevarle a incumplir cualquier promesa, racionalizar toda indiscreción o traicionar cualquier otra lealtad, todo con objeto de mantenerlo. Puede impulsarle a violar todos los límites saludables y correctos. Practicar la idolatría significa ser un esclavo.

En la Biblia, encontramos una historia que ilustra cómo la búsqueda del amor puede convertirse en una forma de esclavitud.

Es la historia de Jacob y de Lea en Génesis 29, y, aunque es muy antigua, nunca ha sido más relevante que hoy. Siempre ha sido posible convertir el amor romántico y el matrimonio en un dios falso, pero vivimos en una cultura que facilita, incluso más que nunca, confundir el amor con Dios, dejarse arrastrar por él y depositar sobre él todas nuestras esperanzas de ser felices.

La promesa del Mesías

Como vimos en el capítulo anterior, Dios se acercó a Abraham y le prometió redimir al mundo por medio de su familia, a través del linaje de sus descendientes. Por consiguiente, en cada generación se elegiría a un hijo para perpetuar el linaje, para caminar con Dios como cabeza de la familia y transmitir la fe a la siguiente generación. Entonces, vendría otro hijo que tomaría el relevo, y luego otro, hasta el momento en que uno de los descendientes de Abraham sería *el* Mesías en persona.

Abraham engendró a Isaac. Años más tarde, la esposa de Isaac, Rebeca, se quedó embarazada de gemelos, y Dios habló por medio de una profecía diciendo: *"el mayor servirá al menor"* Gn. 25:23. Esto quería decir que el segundo gemelo en nacer había sido elegido para perpetuar el linaje mesiánico. A pesar de la profecía, Isaac se encariñó con su hijo mayor, Esaú, favoreciéndole antes que al menor, Jacob. Irónicamente, este fue el mismo error trágico que Dios impidió que cometiese Abraham cuando le ordenó que le ofreciera a su hijo único. Debido al favoritismo de Isaac, Esaú creció siendo orgulloso, caprichoso, testarudo e impulsivo, mientras que Jacob se convirtió en un hombre cínico y amargado.

Llegó el momento en que Isaac, ya anciano, había de dar su

bendición a la cabeza del clan que, desafiando la profecía divina, él planeaba conceder a Esaú. Pero Jacob se disfrazó de su hermano mayor, se acercó a su padre, que estaba casi ciego, y recibió la bendición de un Isaac que poco sospechaba lo sucedido. Cuando Esaú descubrió lo que había pasado, juró matar a Jacob y este tuvo que huir al desierto para evitar su muerte.

La vida de Jacob estaba arruinada. Había perdido a su familia y su herencia. Nunca volvería a ver vivos a su madre y a su padre. Jacob se dirigió al otro extremo del Creciente Fértil, donde aún vivían muchos de los parientes de su madre y de su abuelo. Allí esperaba, como mínimo, sobrevivir.

El deseo de Jacob

Jacob huyó a la familia de su madre, que le aceptó. Su tío Labán le contrató como pastor de algunos de sus rebaños. Una vez Labán se dio cuenta de que Jacob tenía madera de administrador, le ofreció un puesto conforme a su capacidad. "¿Qué te puedo pagar por encargarte de mis rebaños?", preguntó. La respuesta de Jacob fue una sola palabra: Raquel.

> *Y Labán tenía dos hijas: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. Y los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de lindo semblante y de hermoso parecer. Y Jacob amó a Raquel, y dijo: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor. Y Labán respondió: Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre; quédate conmigo. Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba.*
>
> *(Génesis 29:16-20)*

El texto hebreo dice, literalmente, que Raquel tenía una hermosa figura y, para rematarlo, era guapa. Jacob se encandiló profundamente de ella. Robert Alter, el gran experto en literatura hebrea en Berkeley, señala los numerosos indicios que hay en el pasaje y que indican lo enamorado y obnubilado que estaba Jacob con Raquel.[25] Jacob ofreció el sueldo de siete años por ella, que, en aquella época, era un precio exorbitado por una esposa. *"Y le parecieron como pocos días, porque la amaba"* (v. 20). *"Entonces dijo Jacob a Labán: Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido, para unirme a ella"* (v. 21). Alter dice que la frase en hebreo es inusualmente cruda, gráfica y sexual para los discursos antiguos, que, por lo general, eran reticentes a usar este lenguaje. Imagínese lo que sería que alguien le dijera a un padre: "¡No veo el momento de tener relaciones sexuales con su hija! ¡Démela ahora mismo!". El narrador nos muestra a un hombre consumido por el deseo emocional y sexual por una mujer.

¿Por qué? Porque la vida de Jacob estaba vacía. Nunca disfrutó del amor de su padre, había perdido el amor de su querida madre y, sin duda, ignoraba el amor y el cuidado de Dios. Entonces, contempló a la mujer más hermosa que había visto en su vida y seguramente dijo para sí: "Si la tuviera, por fin algo saldría bien en mi vida miserable. Si la tuviera, todo se arreglaría". Los deseos de su corazón de encontrar sentido y afirmación se concentraron en Raquel.

Jacob era una persona inusual para su época. Los historiadores de la cultura nos dicen que en la antigüedad las personas generalmente no se casaban por amor, sino para obtener una posición social. A pesar de eso, hoy día Jacob no destacaría.

Ernest Becker, que obtuvo el Premio Pulitzer por su libro *La negación de la muerte*, explicó las diversas maneras en que el mundo secular ha encajado la pérdida de su creencia en Dios. Ahora, que pensamos que estamos aquí por accidente y que no fuimos creados con un propósito, ¿cómo insuflamos en nuestras vidas un sentido de dignidad? Una de las maneras principales de hacerlo es lo que Becker bautizó como "romance apocalíptico". Esperamos que el sexo y el romance nos ofrezcan la trascendencia y el sentido que solía proporcionarnos nuestra fe en Dios. Hablando del individuo secular moderno, Becker escribe:

> *Aún necesitaba sentirse un héroe, saber que su vida era importante en el trasfondo de las existencia… Aún tenía que fundirse con algún sentido más elevado, absorbente, con confianza y gratitud… Si ya no tenía a Dios, ¿cómo iba a hacerlo? Una de las primeras vías que se le ocurrió, como entendió [Otto] Rank, fue "la solución romántica"… El autobombo que necesitaba en su ser más íntimo buscaba ahora la pareja sentimental. Esa pareja se convierte en el ideal divino con el que dotar de sentido la vida. Ahora, todas las necesidades espirituales y morales se concentran en un individuo… En pocas palabras, el objeto del amor es Dios… Cuando desapareció el paradigma del mundo que ofrecía la gran comunidad religiosa supervisada por Dios, el ser humano buscó un "tú"…*[26] *Después de todo, ¿qué es lo que anhelamos cuando elevamos nuestra pareja sentimental a la posición de Dios? Buscamos la redención y nada menos que eso.*[27]

Eso es exactamente lo que hizo Jacob y, como señala Becker, es lo que otros millones de personas hacen en nuestra cultura. La

música y el arte populares de nuestra sociedad nos llaman a seguir haciéndolo, a cargar en el romance y el amor todas las necesidades más profundas de nuestros corazones de importancia y trascendencia. Una canción popular decía “No eres nadie hasta que alguien te quiera” y somos una cultura que se lo ha tomado al pie de la letra. Preservamos la fantasía de que, si descubrimos a nuestra alma gemela, se arreglará todo lo que funciona mal en nosotros. Pero, cuando nuestras expectativas y nuestras esperanzas alcanzan esa magnitud, como dice Becker, “el objeto amado se vuelve Dios”. Ningún amante, ningún ser humano, está cualificado para ese papel. Nadie puede llegar tan alto. El resultado inevitable es una desilusión amarga.

El poder del amor

Algunos dicen que el análisis cultural de Becker es obsoleto. Ahora, vivimos en “la cultura del rollo”, en la que los jóvenes han convertido el sexo en algo ordinario, informal y libre de compromisos. En realidad, hoy día hay menos hombres y mujeres que tienen citas, novios o novias. En beneficio de la igualdad de sexos, las mujeres han empezado a decir “Tenemos derecho a disfrutar tanto de la sexualidad como los hombres”. Cada vez va a más la presión para tener relaciones sexuales sin compromiso emocional alguno.[28] Por lo tanto, como es lógico, nuestra cultura se aleja de toda esperanza en el “romance apocalíptico”. El argumento sostiene que, una vez superemos los restos de nuestro puritanismo, el sexo no será nada del otro mundo.

No lo crea.

Laura Sessions Stepp, en su libro *Unhooked*, descubrió que esos encuentros sexuales esporádicos dejan insatisfechas a la mayoría

de las jóvenes, aunque estas se niegan a admitirlo delante de sus amigas. Además, el tremendo énfasis que nuestra cultura pone en la belleza física y sexual contradice la idea de que el sexo no es nada del otro mundo. En la década de 1940, C. S. Lewis oyó decir a muchos de sus colegas en el mundo académico británico que el sexo no era otra cosa que un apetito, como el que sentimos por los alimentos. Sostenían que, una vez reconociéramos esto, y empezásemos a tener relaciones sexuales siempre que nos apeteciera, la gente dejaría de "volverse loca" por el deseo de amor y de sexo. Lewis tenía dudas sobre esto, y propuso un experimento intelectual:

> *Supongamos que usted llega a un país donde puede llenar un teatro por el mero hecho de subir al escenario con una bandeja cubierta y, lentamente, levantar la tapa para que todo el mundo viese, justo antes de que se apagasen las luces, que contenía una chuleta de cordero o una tira de panceta. ¿No pensaría que en ese país se ha desvirtuado el apetito por los alimentos?... Un crítico dijo que, si encontraba un país en el que los espectáculos de striptease fueran populares, llegaría a la conclusión de que los habitantes de ese país se estaban muriendo de hambre.*[29]

Sin embargo, sigue argumentando Lewis, no nos morimos de hambre de sexo; hoy día, el sexo es mucho más accesible que nunca. Sin embargo, la pornografía, el equivalente al *striptease*, es una industria que hoy mueve miles de millones de dólares. Por lo tanto, el sexo y el amor romántico no son "sólo un apetito", como el hambre de comida. Para nosotros, tienen mucho más valor. Los biólogos evolucionistas explican que esto está arraigado en nuestros cerebros. Los cristianos explican que nuestra capacidad

para el amor romántico nace del hecho de que somos hechos a imagen de Dios (Gn. 1:27-29; Ef. 5:25-31). Quizá podamos decir que ambas afirmaciones son ciertas.

En cualquier caso, el amor romántico es objeto de un enorme poder sobre el corazón y la imaginación humanos, y, por consiguiente, puede dominar excesivamente nuestras vidas. Incluso las personas que eluden por completo el amor romántico debido a la amargura o al miedo se ven controladas por su poder. Una vez, conocí a un hombre que decía que estaba tan decepcionado con las mujeres que ahora sólo participaba en relaciones sexuales sin compromiso. Se jactaba de que el amor ya no podría manipularlo jamás. Como respuesta, le dije que, si uno tiene tanto miedo del amor que no *puede* tenerlo, está tan esclavizado como si *debiera* tenerlo. La persona que no se permite amar evitará a personas que serían compañeras sentimentales perfectas. La persona que debe tener amor a toda costa elegirá parejas que no encajen con ella o la maltraten. Si usted teme demasiado al amor *o* le encandila en exceso, entonces es que aquel ha asumido un poder casi divino, distorsionando sus percepciones y su vida.

El engaño

La vaciedad interior de Jacob le hizo vulnerable a la idolatría del amor romántico. Cuando se ofreció a trabajar siete años a cambio de Raquel, casi cuatro veces más del precio ordinario por una esposa, Labán, falto de escrúpulos, vio lo perdidamente enamorado que estaba. Decidió aprovecharse de su estado. Cuando Jacob le preguntó si podía casarse con Raquel, la respuesta de Labán fue deliberadamente imprecisa. En realidad,

nunca dijo "Sí, trato hecho", sino, más bien, *"Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre"* Gn. 29:19. Jacob quería escuchar un sí por respuesta, de modo que lo escuchó. Pero no fue un sí. Labán se limitó a decir: "Creo que es buena idea que te cases con Raquel".

Pasaron siete años, tras los cuales Jacob acudió a Labán y le dijo: "Ahora, dame a mi esposa". Como era costumbre, se celebró un gran banquete de bodas. En mitad de la celebración, Labán llevó ante Jacob a su esposa, cubierta por un espeso velo. Como durante la celebración Jacob ya se había emborrachado, se acostó con ella. Pero, *"venida la mañana, he aquí que era Lea"* Gn. 29:25. A plena luz del día, Jacob miró y vio que la mujer con la que había consumado su matrimonio era Lea, la hermana mayor de Raquel, poco atractiva. Temblando de ira, Jacob fue a Labán y le dijo: *"¿Qué es esto que me has hecho?"*. Labán contestó tranquilamente que en su tierra era normativo que la hermana mayor se casara antes que la menor. Si Jacob se comprometía a trabajar otros siete años más, añadió, le satisfaría añadir a Raquel como parte del trato. Engañado y atrapado, Jacob se sometió a un contrato de otros siete años para poder casarse con Raquel como había hecho con Lea.[30]

La devastación de la idolatría

Podemos preguntarnos cómo es posible que Jacob fuera tan iluso, pero su conducta fue la propia de un adicto. Hay muchas maneras en las que el amor romántico puede funcionar como un tipo de droga que nos ayuda a escapar de la realidad de nuestras vidas. Sally, aquella hermosa mujer atrapada en relaciones abusivas, me dijo en cierta ocasión que "los hombres eran mi

alcohol. Sólo si iba cogida del brazo de un hombre podía enfrentarme a la vida y sentirme bien conmigo misma”. Otro ejemplo es aquel hombre mayor que abandona a su esposa por otra mujer más joven, en un intento desesperado de esconder la realidad de que está envejeciendo. Luego, tenemos a ese joven que únicamente encuentra deseable a una mujer hasta que se ha acostado con ella un par de veces, después de lo cual pierde interés por ella. Para él, las mujeres no son más que un objeto necesario para ayudarle a sentirse deseable y poderoso. Nuestros miedos y nuestra esterilidad interior hacen que el amor sea un narcótico, una forma de medicarnos, y los adictos siempre toman decisiones absurdas y destructivas.

Eso es lo que le pasó a Jacob. Raquel no sólo era su esposa, sino su “salvadora”. Él quería y necesitaba a Raquel tan profundamente que escuchó y vio solamente las cosas que quería oír y ver. Por eso, fue vulnerable al engaño de Labán. Más adelante, Jacob idolatró hasta tal punto a Raquel que eso dio pie a décadas de desgracias en su familia. Adoró y favoreció a los hijos de Raquel por encima de los de Lea, desvirtuando y amargando los corazones de todos sus hijos, y envenenando el sistema familiar. Tenemos una expresión que describe a alguien que se ha enamorado: “Besa el suelo que ella pisa. ¡La adora!”. Cuando esto es una realidad literal, ¡qué destructivo puede ser!

Vemos cómo la idolatría asoló la vida de Jacob, pero quizá la mayor víctima de esa idolatría fue Lea. Es la hermana mayor y el narrador sólo nos ofrece un detalle importante sobre ella. El texto dice que “los ojos de Lea eran delicados”. Algunos han asumido que esto significa que tenía un problema de vista. Pero el pasaje no dice “los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel veía

perfectamente". Dice que los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era hermosa. Por lo tanto, "delicados" quizá signifique Lea era bizca o poco agraciada en cualquier otro sentido. La idea está clara: Lea era especialmente poco atractiva y tuvo que pasarse toda la vida a la sombra de su hermana, que era totalmente cautivadora.

Como resultado de ello, su padre Labán sabía que ningún hombre se casaría con ella ni ofrecería dote alguna por esa hija. Durante años, se había preguntado cómo iba a librarse de ella para que Raquel, por la que obtendría un alto precio, pudiera casarse. Labán encontró en Jacob la solución para su problema económico. Vio su oportunidad y la aprovechó. Pero pensemos en lo que esto significó para Lea: la hija a la que su padre no quiso era ahora la esposa de un marido que no la quería. *"Y se llegó también a Raquel, y la amó más que a Lea"* Gn. 29:30. Era la mujer a la que nadie quería.[31]

Por consiguiente, Lea tenía un vacío tan grande en su corazón como el que sentía Jacob en el suyo. Y ahora empezó a reaccionar del mismo modo que su esposo. Le hizo a Jacob lo que este le había hecho a Raquel y lo que Jacob hizo con Esaú: puso la esperanza de su corazón en obtener el amor de Jacob. Los últimos versículos son de los lamentos más estremecedores que encontramos en la Biblia.

> *Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril. Y concibió Lea, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Rubén, porque dijo: Ha mirado Jehová mi aflicción; ahora, por tanto, me amará mi marido. Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado*

también este. Y llamó su nombre Simeón. Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado tres hijos; por tanto, llamó su nombre Leví. Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré a Jehová; por esto llamó su nombre Judá; y dejó de dar a luz.

(Génesis 29:31-35)[32]

¿Qué estaba haciendo? Intentar encontrar la felicidad y la identidad por medio de los valores familiares tradicionales. Tener hijos, sobre todo en aquellos tiempos, era la mejor manera de conseguirlo, pero no funcionó. Había puesto en su marido todas sus esperanzas y sus sueños. Pensó: "Si tengo hijos, mi marido me amará, y por fin habrá acabado mi vida de infelicidad". Pero, en lugar de eso, cada nacimiento la empujaba a mayor profundidad en el infierno de la soledad. Cada día de su vida estaba condenada a ver cómo el hombre al que más amaba se refugiaba en los brazos de aquella mujer a cuya sombra ella se había pasado la vida. Cada uno de esos días era un nuevo cuchillo en su alma.

El desencanto cósmico

En este punto de la historia, sin duda muchos lectores contemporáneos se preguntarán: "¿Y dónde están los héroes espirituales en este relato? ¿A quién se supone que debo imitar? ¿Cuál es la moraleja de la historia?".

El motivo de nuestra confusión es que normalmente leemos la Biblia como si fuera una serie de relatos inconexos, cada uno de los cuales tiene una "moraleja" que nos enseña cómo vivir nuestras vidas. No es así. La Biblia contiene una única historia que nos dice cómo llegó la raza humana a su estado actual y cómo

Dios, por medio de Jesucristo, ha venido y volverá para enderezar las cosas. En otras palabras, la Biblia no nos ofrece un dios situado en lo alto de una escalera moral desde la que nos dice: "¡Si intentas de todo corazón reunir tus fuerzas y vivir correctamente, ¡podrás ir subiendo!". En lugar de esto, la Biblia nos muestra repetidamente a personas que no merecen la gracia de Dios, no la buscan y no la aprecian incluso después de haberla recibido. Si este es el gran marco narrativo en el que encajan todos los relatos individuales, ¿qué aprendemos de esta historia?

Aprendemos que, en el trasfondo de toda vida, resuena una nota subyacente de desencanto cósmico. Nunca llevaremos una vida sabia hasta que entendamos esto. Jacob dijo: "Si consigo a Raquel, todo irá bien". Y se acuesta con aquella que piensa que es Raquel, y, literalmente, el texto hebreo dice: *"venida la mañana, he aquí que era Lea"* Gn. 29:25. Un comentarista dijo acerca de este versículo: "Esto es una miniatura de nuestro desencanto, el que experimentamos a partir del Edén".[33] ¿Qué quiere decir esto? Con todo nuestro respeto por esa mujer (de la que tenemos mucho que aprender), significa que, independientemente de en qué pongamos nuestras esperanzas, por la mañana *es siempre Lea, no Raquel*. Nadie ha expresado esto mejor que C. S. Lewis en *Mero cristianismo*:

> *La mayoría de personas, si realmente han aprendido a mirar en sus corazones, sabrán que quieren, y quieren ardientemente, algo que no pueden tener en este mundo. En este mundo, hay toda clase de cosas que ofrece darnos, pero nunca cumple su promesa. Los anhelos que nacen en nosotros cuando nos enamoramos por primera vez, o cuando pensamos por vez primera en un país extranjero, o*

abordamos una materia que nos emociona, son anhelos que ni el matrimonio, ni el viaje, ni el aprendizaje pueden realmente satisfacer. No hablo ahora de lo que normalmente llamaríamos matrimonios rotos, ni vacaciones, ni carreras estudiantiles. Hablo de la mejor expresión de tales cosas. Hubo algo que aprehendimos, en ese primer momento de anhelo, que en la realidad se desvanece. Creo que todo el mundo sabe de qué hablo. La esposa puede ser buena, los hoteles y los paisajes excelentes, y la química una profesión muy interesante, pero algo se nos ha escapado.[34]

Si usted se casa como lo hizo Jacob, poniendo todo el peso de sus esperanzas y anhelos más profundos en la persona con quien se despose, la aplastará con sus expectativas. Distorsionará su vida y la de su cónyuge de mil formas distintas. Nadie, ni siquiera la mejor persona, puede darle a su alma todo lo que esta necesita. Pensará que se ha ido a la cama con Raquel y, cuando se despierte, siempre encontrará a Lea. Este desencanto, esta desilusión cósmica, está presente en toda la vida, pero la sentimos especialmente en aquellas cosas en las que más habíamos depositado nuestras esperanzas.

Cuando al final comprenda esto, hay cuatro cosas a hacer. Puede echar la culpa a esas cosas que le han decepcionado e intentar conseguir otras mejores. Este es el camino de la idolatría continuada y de la adicción espiritual. Lo segundo que puede hacer es culparse, castigarse diciendo: “No sé cómo, pero soy un fracaso. Veo que todo el mundo es feliz. No sé por qué yo no lo soy. Dentro de mí hay algo que no funciona”. Esta es la vía del desprecio a uno mismo y de la vergüenza. Tercero, puede culpar

al mundo y decir: “¡Maldito sea el sexo opuesto!”, en cuyo caso se volverá duro, cínico y vacío. Por último, como expone C. S. Lewis al final de su gran capítulo sobre la esperanza, también puede reorientar el foco de su vida para que apunte a Dios. Concluye diciendo: “Si encuentro en mi ser un deseo que no puede satisfacer ninguna experiencia mundanal, la explicación más probable es que fuera hecho para otro mundo [algo sobrenatural y eterno]”.[35]

Idolatrías masculinas y femeninas

Jacob busca un “sexo apocalíptico”. Lea, la tradicionalista, da a luz hijos e intenta encontrar su identidad en su condición de esposa. Pero los dos acaban frustrados. Ernest Becker explica por qué es así:

> *El fracaso del amor romántico como solución a los problemas humanos forma parte integral de la frustración del hombre moderno... Ninguna relación humana puede sobrellevar la carga de la divinidad... Por mucho que la idealicemos e idolatremos [a la pareja amada], refleja inevitablemente la decadencia y la imperfección... Después de todo, ¿qué es lo que queremos cuando elevamos a nuestra pareja sentimental a este rango? Queremos librarnos de nuestros errores, de nuestra sensación de no ser nadie. Queremos ser justificados, saber que nuestra existencia no ha sido en vano. Queremos la redención, nada más y nada menos. Como no hace falta decir, las parejas humanas no nos pueden dar tales cosas.*[36]

Los ídolos estereotipados del amor romántico, tanto para los

hombres como para las mujeres, son callejones sin salida. A menudo, se dice que "los hombres usan el amor para conseguir sexo, y las mujeres usan el sexo para conseguir amor". Como todos los estereotipos, estos contienen cierta verdad, pero este relato bíblico demuestra que esos dos dioses falsos acaban decepcionándonos. Como Jacob quería justificar su propia vida mediante el hecho de tener una mujer hermosa, entregó su corazón a una mujer negándose a ver su inmadurez y sus imperfecciones. El dios falso de Lea no era el sexo. Es evidente que tenía acceso al cuerpo de su marido, pero no a su amor ni a su compromiso. Quería que Jacob "la amara", que su alma se apegase a la propia. Pero no fue así. La vida de Lea encalló en los arrecifes de la tristeza.

Dentro de nuestra cultura moderna, cada vez somos más conscientes de que muchas mujeres son víctimas de "la idolatría del compromiso". En un artículo del *New York Times* sobre la película *He's Just Not That Into You*, Manohla Dargis se lamenta de que Hollywood no para de ofrecernos películas sobre mujeres jóvenes "cuyos deseos femeninos se centran hoy día, en gran medida, en los zapatos, las campanas de boda y los bebés". Una de las protagonistas tiene su primera cita y poco después llama a una amiga para contarle que, según le parece, la velada fue bien. Entre tanto, su pareja de esa noche está telefoneando a otra mujer.[37]

La guionista tiene razón al señalar que las mujeres que han convertido en un ídolo el romance y la gran boda con el príncipe azul acaban siendo esclavas de sus propios deseos. Aconseja a las mujeres que abandonen sus idolatrías amorosas típicas y adopten la versión masculina. Pero, como hemos visto, *todas* las idolatrías

esclavizan. Las idolatrías masculinas del amor los vuelven adictos a la independencia, de modo que puedan "ir de caza". Las idolatrías femeninas en este campo, como señalaba la articulista, vuelven a las mujeres adictas y dependientes, vulnerables y fáciles de manipular. Ambas situaciones son un tipo de esclavitud, las dos nos ciegan de modo que no podamos tomar decisiones sabias en esta vida y desvirtúan nuestras vidas. Entonces, ¿qué podemos hacer?

El progreso de Lea

Lea es la única persona en esta triste historia que tiene un cierto progreso espiritual, aunque esto suceda al final de todo. Fijémonos primero en lo que Dios hace en ella. Una de las cosas que destacan los eruditos hebreos es que, en todas las afirmaciones de Lea, clamaba *al Señor*. Usaba el nombre *Yahvé*. "Ha mirado *el Señor* [Yahvé] mi aflicción", dice en el versículo 32. ¿Cómo conocía a Yahvé?

El nombre genérico de Dios en hebreo era *Elohim*. En aquella época, todas las culturas tenía algún concepto general de Dios o de los dioses, pero Yahvé era el nombre del Dios que se había revelado a Abraham y, más tarde, a Moisés. Fue quien le dijo a Abraham que bendeciría la Tierra por medio de su linaje. La única manera de que Lea conociese la existencia de *Yahvé* sería si Jacob le había hablado de la promesa hecha a su abuelo. De modo que, aun en medio de sus luchas y su confusión, Lea extendía las manos hacia un Dios personal de gracia.

Sin embargo, después de varios años criando hijos, llega el momento de avanzar. Cuando Lea dio a luz a su cuarto hijo, Judá, dijo: "*Esta vez* alabaré a Jehová". Esa afirmación contenía un

desafío. Era una declaración distinta a las que había hecho después de sus otros partos. No mencionó a su esposo ni al bebé. Parece ser que, por fin, había apartado de su esposo y de sus hijos las esperanzas más profundas de su corazón y las había depositado en el Señor. Jacob y Labán le habían robado la vida a Lea, pero, cuando al final entregó su corazón al Señor, la recuperó.

El novio verdadero

No debemos fijarnos solamente en lo que Dios hizo en ella; también hemos de considerar lo que hizo *por* ella. Es posible que Lea sintiera que en aquel niño había algo especial. Quizá tuvo la intuición de que Dios había hecho algo por ella. Y ciertamente era así. Sin duda, el escritor de Génesis lo sabía. Aquel niño era Judá, y en Génesis 49 se nos dice que por medio de él vendría un día el Rey verdadero, el Mesías. Dios se había acercado a la mujer que nadie quería, la menospreciada, haciendo *de ella* una antepasada de Jesús. La salvación vino al mundo no a través de la hermosa Raquel, sino de la mujer que nadie quería, la desestimada.

¿Le gusta a Dios defender a los desvalidos? No, aquel regalo maravilloso a Lea significó mucho más que eso. El texto dice que, cuando el Señor vio que Lea no era amada, Él la amó. Dios le estaba diciendo: “Yo soy el verdadero novio. Soy el esposo de las que no lo tienen. Soy el padre de los huérfanos”. Este es el Dios que salva por gracia. Los dioses de las religiones moralistas favorecen a las personas con éxito y a las que más rinden. Son quienes trepan por la escalera moral hacia el cielo. Pero el Dios de la Biblia es aquel que desciende a este mundo para llevar a cabo la salvación y darnos una gracia que nunca podríamos alcanzar

solos. Ama a los no queridos, los débiles y los indeseados. No es solamente un rey, y nosotros sus súbditos; no es sólo un pastor, y nosotros sus ovejas. Es un esposo, y nosotros somos su esposa. Está enamorado de nosotros, incluso de aquellos que pasan desapercibidos para todos los demás.

Y aquí estriba el poder para superar nuestras idolatrías. En el mundo, hay muchas personas que no han encontrado una pareja sentimental y que necesitan escuchar que el Señor les dice: "Yo soy el novio verdadero. Sólo hay un par de brazos que te darán todo lo que desea tu corazón y que te esperarán al final de los tiempos si te vuelves a mí. Y sabe que yo te amo ahora". Sin embargo, no son solamente los que no tienen pareja quienes necesitan ver que Dios es nuestro esposo último, sino también los que *tienen* cónyuge. Lo necesitan para salvar su matrimonio del peso aplastante de sus expectativas divinas. Si usted se casa con alguien esperando que sea como un dios, es inevitable que le decepcione. No es que deba intentar amar menos a su cónyuge, sino, más bien, que debe conocer y amar más a Dios. ¿Cómo podemos conocer el amor de Dios con tanta profundidad que liberemos a nuestros seres queridos y cónyuges de nuestras expectativas agobiantes? Observando a aquel a quien apunta la vida de Lea.

El hombre a quien nadie quería

Cuando Dios vino al mundo en Jesucristo, era verdaderamente hijo de Lea. Se convirtió en el hombre a quien nadie quería. Nació en un establo. Carecía de belleza que le hiciera deseable (Is. 53:2). Vino a los suyos y los suyos no le recibieron (Jn. 1:11). Y, al final, todo el mundo le abandonó. Jesús clamó a su Padre: "¿Por qué

me has abandonado?”.

¿Por qué fue el hijo de Lea? ¿Por qué fue el hombre a quien nadie quería? Por usted y por mí. Llevó sobre sí mismo nuestros pecados y murió en nuestro lugar. Si nos sentimos profundamente conmovidos al ver su amor hacia nosotros, esto apartará nuestros corazones de otros presuntos salvadores. Dejaremos de intentar redimirnos mediante nuestros proyectos y relaciones, porque ya estamos redimidos. Dejaremos de intentar convertir a otros en salvadores, porque ya tenemos un Salvador.

> *La única manera de librar al corazón de un afecto antiguo es mediante el poder expulsivo de uno nuevo… Por lo tanto… no basta… con poner ante el mundo el espejo de sus propias imperfecciones. No basta con exponer una demostración del carácter evanescente de nuestros placeres… de hablar a la consciencia… de sus locuras… Más bien, pruebe todos los métodos legítimos de encontrar un acceso a sus corazones por amor de aquel que es mayor que el mundo.*[38]

Un día, Sally me contó cómo recuperó su vida. Acudió a un consejero que le dijo, acertadamente, que ella había estado buscando en los hombres su identidad, su “salvación”. En lugar de eso, le propuso el consejero, debería encontrar un trabajo y disfrutar de independencia económica, como modo de edificar su autoestima. La mujer estuvo de acuerdo de corazón en que necesitaba volar sola económicamente, pero se mostró reacia al consejo sobre encontrar su autoestima. “Me aconsejaban que renunciase a una idolatría femenina frecuente y aceptase una propia de los varones”, dijo. “Pero yo no quería que mi valor como persona dependiese del éxito profesional, como tampoco

que lo hiciese de los hombres. Quería ser libre."

¿Cómo lo hizo? Encontró el pasaje de Colosenses 3, donde el apóstol Pablo escribe: *"vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria"* Col. 3:1-4. Se dio cuenta de que ni los hombres ni el trabajo ni ninguna otra cosa debía constituir "su vida" o su identidad. Lo que ahora importaba no era lo que pensaran los hombres de ella, ni el éxito profesional, sino lo que Cristo hizo por ella y cómo la amaba. Por lo tanto, cuando encontraba a un hombre que se interesaba por ella, ella le decía en lo profundo de su corazón: "Tal vez seas una gran persona, quizá incluso llegues a ser mi marido, pero no puedes ser nunca *mi vida*. Sólo Cristo es mi vida". Cuando empezó a hacer esto, como Lea, recuperó su vida. Esta disciplina espiritual le dio la capacidad de poner límites y tomar buenas decisiones, y al final esa actitud le permitió amar a un hombre por lo que era y no simplemente para usarlo con objeto de mejorar su autoimagen.

Sally había respondido a las preguntas que todos debemos plantearnos para vivir nuestras vidas como debiéramos: ¿A quién puedo recurrir que sea tan hermoso que me permita escapar de todos los dioses falsos? Sólo hay una respuesta a esta pregunta. Como escribió el poeta George Herbert, contemplando a Jesús en la cruz: "Tú eres mi amor, mi vida, mi luz, la única belleza para mí".[39]

El dinero lo cambia todo

La codicia flagrante

En 2005, la banca de inversión Credit Suisse comercializó agresivamente sus préstamos a complejos turísticos. Estos préstamos ofrecían beneficios instantáneos a los prestatarios y grandes rendimientos para los inversores institucionales. Como respuesta, el fundador y máximo accionista del Yellowstone Club, un complejo de esquí privado que prestaba sus servicios a personas muy adineradas en las montañas de Montana, solicitó un préstamo de 375 millones de dólares. Inmediatamente, 209 de esos millones fueron a parar a su cuenta corriente privada, cosa que permitía el contrato del préstamo. Credit Suisse no hizo gran cosa para evaluar la capacidad que tenía el prestatario para devolver la suma, dado que el que corría ese riesgo no era el dinero de la entidad. El préstamo se organizó y vendió como parte de una "obligación hipotecaria colateralizada", que transfería todos los problemas potenciales a inversores institucionales, como fondos de pensiones que adquirían productos de préstamo cuyos riesgos los vendedores infravaloraban tremendamente. Credit Suisse firmó media docena de acuerdos como este entre 2002 y 2006, por un importe total de unos 3.000 millones de dólares.

Sin embargo, en 2007, el Yellowstone Club estaba sumido en graves problemas económicos. La mala administración rutinaria se agravó debido a la pesada deuda que debían satisfacer por el préstamo de Credit Suisse. Cuando estalló la recesión y disminuyeron los valores inmobiliarios, el club se declaró en bancarrota. Credit Suisse, que tenía los primeros derechos de

retención, propuso un plan de financiación transitorio para "cerrar" el club, lo cual habría dejado sin trabajo a cientos de empleados. Los vendedores, camareras, jardineros y ascensoristas de los pequeños pueblos de Montana, que tenían pocas opciones laborales más, estaban a punto de padecer un tremendo golpe económico.

Afortunadamente, un juez de Montana especialista en bancarrotas entendió lo que había pasado. Acusó a Credit Suisse y al dueño del club de «codicia flagrante» y «préstamo depredador», que los había enriquecido mientras echaban todos los riesgos y las consecuencias sobre las espaldas de la clase obrera de la zona. Arrebató a Credit Suisse su derecho de retención, un hecho inusual en este tipo de tribunales. El veredicto del juez hizo posible que otro comprador adquiriese el club, salvando así muchos puestos de trabajo.[40]

Un periodista que informó sobre esta historia definió la situación como una instantánea del "espíritu económico de la época". La nueva explosión en los salarios de los ejecutivos, el énfasis creciente en los artículos de lujo, los tratos abusivos que proporcionan millones a los firmantes a costa de miles de trabajadores, la despreocupación por las deudas descomunales, todas estas cosas representan profundos cambios sociales en nuestra cultura. Paul Krugman escribe sobre estos cambios en las actitudes:

> *No debemos pensar que se trata de una tendencia de mercado, como el valor en alza de las propiedades junto a la playa, sino algo más parecido a la revolución sexual de la década de 1960: una relajación de los rigores antiguos, una nueva permisividad, pero, en este caso, es una*

permisividad financiera y no sexual. Sin duda, John Kenneth Galbraith describió al ejecutivo honesto de 1967 como alguien que "se abstiene de esa mujer encantadora, accesible e incluso desnuda que le ronda en la intimidad… Los directivos no procuran implacablemente recompensarse a sí mismos… ". A finales de la década de 1990, el lema de los ejecutivos podía haber sido: "Si te hace sentir bien, hazlo".[41]

Estamos ciegos a nuestra propia codicia

Ernest Becker escribió que nuestra cultura reemplazaría a Dios por el sexo y el romance. Incluso antes, Friedrich Nietzsche propuso una teoría distinta. Escribió que, dado que la ausencia de Dios en la cultura occidental iba a más, sustituiríamos a Dios por el dinero:

Lo que induce a un hombre a usar una balanza trucada, a otro a incendiar su casa después de haberla asegurado por encima de su valor, mientras tres cuartas partes de nuestras clases sociales altas se permiten el fraude legalizado… ¿qué da pie a todo esto? No es una necesidad real, dado que su existencia no es precaria ni mucho menos… pero día y noche sienten una tremenda impaciencia al ver cómo sus riquezas se acumulan tan lentamente y les consume el anhelo y el amor igualmente terribles por esos montones de oro… Lo que antes se hacía «por amor a Dios» se hace ahora por amor al dinero, es decir, el amor a aquello que en el presente nos ofrece el sentimiento más intenso de poder y de buena conciencia.[42]

En resumen, Nietzsche presagió que seguramente el dinero se

convertiría en el principal dios falso de la cultura occidental.

Han sido innumerables los escritores y pensadores que han destacado “la cultura de la codicia” que ha venido royendo nuestras almas y ha provocado el colapso económico. Sin embargo, nadie cree que las cosas cambien pronto. ¿Por qué? Porque la codicia y la avaricia resultan especialmente difíciles de detectar en nosotros mismos.

Hace algunos años, estaba desarrollando una serie de charlas en siete partes, sobre los siete pecados capitales, en una reunión matutina de varones. Mi esposa Kathy me dijo: “Estoy segura de que la semana que toques el tema de la codicia es cuando vendrán menos asistentes”. Tenía razón. Cuando hablamos de la “lascivia”, la “ira” e incluso el “orgullo”, la sala estaba a rebosar. Pero nadie se considera codicioso. En mi calidad de pastor, he visto a personas que han acudido a mí para confesar que luchan con casi todos los tipos de pecado. Casi. No recuerdo a nadie que haya venido y me haya dicho: “Gasto demasiado dinero en mí mismo. Creo que mi amor por el dinero perjudica a mi familia, a mi alma y a las personas que me rodean”. La codicia se oculta a los ojos de la víctima. El *modus operandi* del dios del dinero incluye la ceguera del corazón.

¿Cómo es que nadie dominado por la codicia la percibe? El dios falso del dinero usa poderosas dinámicas sociológicas y psicológicas. Todo el mundo tiende a vivir dentro de un paréntesis socioeconómico concreto. Una vez usted se pueda permitir vivir en un barrio determinado, enviar a sus hijos a las escuelas de la zona y participar en su vida social, se verá rodeado automáticamente por bastantes personas que tienen más dinero que usted. Usted no se compara con el resto del mundo, se

compara con los que comparten su paréntesis. El corazón humano siempre quiere justificarse y esta es una de las maneras más sencillas de hacerlo. Usted dice: “No vivo tan bien como él, ella o ellos. Comparados con ellos, mis ingresos son modestos”. Usted puede razonar y pensar así por muy lujosamente que viva. Como resultado, la mayoría de estadounidenses se considera clase media y sólo un dos por ciento se define como “clase alta”.[43] Pero no engañan al resto del mundo. Cuando personas procedentes de otros países visitan el nuestro, se quedan boquiabiertas al ver el grado de confort materialista que la mayoría de estadounidenses ya lo consideran como necesidad.

Jesús advierte a las personas mucho más a menudo sobre la codicia que sobre el sexo, pero, sin embargo, nadie se considera culpable de este pecado. Por consiguiente, todos deberíamos partir de una hipótesis de trabajo de que “esto podría constituir fácilmente un problema para mí”. Si la codicia se esconde tan bien, nadie debe estar confiado de que ese problema no le va a afectar. ¿Cómo podemos detectar y librarnos de la capacidad que tiene el dinero para cegarnos?

El poder seductor del dinero

> *Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico. . .*
>
> *(Lucas 19:1-2)*

Con unas pinceladas breves pero reveladoras, el Evangelio de Lucas nos presenta a Zaqueo. Era un “publicano” repudiado por su comunidad. Incluso hoy día, las personas que trabajan para Hacienda no lo van publicando en las fiestas, pero debemos

entender qué significaba ser publicano en aquel momento y lugar. Israel era un país conquistado, sometido a una ocupación militar. Sus conquistadores, los romanos, exigían unos impuestos gravosos sobre cada colonia, con objeto de enviar la mayor parte de la riqueza nacional a Roma y a sus ciudadanos. Esto empobrecía a las sociedades coloniales, lo cual las mantenía sometidas. Los únicos israelitas que vivían en el confort y la tranquilidad económica eran los romanos que gobernaban y sus colaboradores locales, los publicanos. Su sistema de recaudación dependía de unos agentes que tenían la misión de reunir para sus superiores romanos los impuestos de cada región donde se aplicaran. Todo el mundo los despreciaba. El pueblo tachaba a Zaqueo de "pecador" (v. 7), lo cual significaba apóstata o paria. Si quiere hacerse una idea de la opinión que se tenía de estos funcionarios, piense en lo que la gente consideraba de los colaboradores que, bajo el dominio nazi, oprimieron a sus propios pueblos durante la Segunda Guerra Mundial; piense en los señores de la droga que se enriquecen esclavizando a miles de las personas más débiles de las ciudades; piense en los "extorsionadores de guante blanco", que compran empresas y luego las destruyen, o venden hipotecas a personas humildes que no se lo pueden permitir, mientras amasan millones para ellos. Ahora, entenderá el estatus de los recaudadores de impuestos en aquella época.

¿Por qué iba alguien a aceptar un empleo como publicano? ¿Qué podría inducir a un hombre a traicionar a su familia y a su país, y vivir como un paria en su propia sociedad? La respuesta es el dinero. El incentivo que ofrecían los romanos a los publicanos era casi irresistible. El recaudador, respaldado por el poderío militar, tenía permiso para exigir mucho más dinero a sus compatriotas judíos de lo que se había comprometido a pagarle al gobierno.

Hoy día, a esto lo llamamos extorsión. Era un negocio extremadamente lucrativo. Los publicanos eran los ciudadanos más ricos de la sociedad y los más odiados.

Uno de los motivos por los que Lucas llama nuestra atención sobre Zaqueo es que no era un publicano corriente. Era un *architelones* (v. 2), literalmente, el "archirrecaudador". No es de extrañar que lo encontremos en Jericó, un centro aduanero importante. Como cabeza de todo un sistema, fue uno de los miembros más ricos y aborrecidos. Vivía en una época en la que, a diferencia de la nuestra, el consumo desmedido y el disfrute desbocado de la riqueza estigmatizaba a los ricos. Pero eso no le importaba. Había sacrificado todo lo demás por tener dinero.

El dinero como señor

Pablo afirma que el dinero es una forma de idolatría (Col. 3:5; Ef. 5:5). Lucas nos enseña lo mismo en su Evangelio.[44] En Lucas 12:15, Jesús dice a sus oyentes: *"Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee"*. ¿Qué es la avaricia? En los pasajes que rodean esta afirmación, Lucas 11 y 12, Jesús advirtió a las personas que no se preocuparan en exceso de sus bienes materiales. Para Jesús, la codicia no es sólo el amor al dinero, sino la preocupación excesiva por él. Nos da el motivo por el que nuestras emociones están controladas hasta tal punto por nuestra cuenta bancaria: *"la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee"*. En este sentido, si su vida "consiste" en lo que usted posee y consume, es que tales cosas le definen. El verbo describe una identidad personal basada en el dinero. Se refiere a las personas que, si pierden su riqueza, no

tienen un "yo" viable, porque su valor como personas se basa en su valor económico. Más adelante, Jesús llama a esto por su nombre.

> *"Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas." Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación".*
>
> *(Lucas 16:13-15)*

Jesús utiliza todas las metáforas bíblicas básicas sobre la idolatría y las aplica a la codicia y al dinero. Según la Biblia, los idólatras hacen tres cosas con sus ídolos. Los aman, confían en ellos y los obedecen.[45] "Quienes aman el dinero" son aquellos que se pasan el día soñando y fantaseando sobre nuevas maneras de ganar dinero, nuevos bienes que adquirir, y que miran con envidia a los que tienen más que ellos. "Quienes confían en el dinero" sienten que tienen el control de sus vidas y están a salvo y seguros gracias a su riqueza.

La idolatría también nos convierte en "siervos del dinero". De la misma manera que servimos a los gobernantes y magistrados terrenales, "vendemos el alma" a nuestros ídolos. Como recurrimos a ellos para sentirnos valorados (amor) y seguros (confianza), hemos de tenerlos, y por consiguiente nos sentimos impulsados a servirlos y, en esencia, a obedecerlos. Cuando Jesús dice que "servimos" al dinero, usa una palabra que significa el

servicio solemne y pactado que se presta a un rey. Si usted vive para el dinero, es un esclavo. Sin embargo, si Dios se convierte en el centro de su vida, esto destrona al dinero y lo vuelve contingente. Si su identidad y su seguridad se encuentran en Dios, el dinero no puede controlarle mediante la inquietud y el deseo. Es una cosa u otra. O bien sirve a Dios o se expone a la esclavitud de Mammón.

El lugar donde se muestra más evidente esta esclavitud es en la ceguera de los ricos frente a su propio materialismo. Fijémonos que, en Lucas 12, Jesús dice: *"Guardaos de toda avaricia"*. Es una afirmación notable. Pensemos en otro pecado tradicional contra el que advierte la Biblia: el adulterio. Jesús no dice "¡Cuidado con cometer adulterio!". No tiene por qué. Cuando usted se acuesta con el cónyuge de otra persona, lo sabe. No se para a mitad de camino y dice "¡Huy, un momento! ¡Creo que estoy adulterando!". Usted sabe que lo hace. Sin embargo, aunque está claro que el mundo está lleno de codicia y de materialismo, casi nadie piensa que tengan que ver con ellos. Todos lo niegan.

¿Podemos mirar de nuevo a Zaqueo y preguntarnos cómo pudo traicionar y perjudicar a tantas personas, cómo pudo estar dispuesto a que le odiaran de tal manera, cómo pudo haber estado tan cegado por el dinero que hizo todo lo que hizo y vivió de esa manera? Zaqueo no es más que un ejemplo de lo que Jesús ha enseñado a lo largo del libro de Lucas. El dinero es uno de los dioses falsos más frecuentes. Cuando se entroniza en su corazón, le controla por medio de sus ansiedades y deseos, y le induce a ponerlo por delante de todas las demás cosas.

El principio de la gracia

[Zaqueo] procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió deprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador.

(Lucas 19:3-7)

Zaqueo era un hombre corto de estatura, pero, ¿por qué un hombre bajito no podía situarse a pie de carretera, delante de personas más altas? Es evidente que los demás no le hubieran dejado pasar. Como respuesta, Zaqueo hizo algo sorprendente: se subió a un árbol. Debemos apreciar la importancia que tiene esto. Dentro de las culturas tradicionales, lo que importaba no era la libertad y los derechos, sino el honor y la dignidad. El hecho de que un hombre adulto se subiera a un árbol era motivo de que le ridiculizasen, y mucho. Sin duda, una persona como Zaqueo, que ya era menospreciado y además era bajo, tendría la prudencia de actuar en consonancia con un personaje tan digno. Entonces, ¿por qué lo hizo? Lucas nos dice que "quería ver" a Jesús. Zaqueo estaba ansioso por ver a Jesús. Quizá *ansioso* sea un adjetivo que se queda corto. Su disposición a subirse a un árbol apunta a algo rayano en la desesperación.

Jesús se acercó y vio una multitud formada sobre todo por personajes religiosos respetables, todos los cuales se sentían superiores a las prostitutas y a los publicanos (Lc. 19:7; Mt. 21:31). En lugar de dirigirse a alguno de ellos, interpeló al "pecador" más destacado de todos los presentes. Zaqueo era el

*archir*recaudador, el peor de todos. Sin embargo, delante de aquel público tan moralista, eligió no sólo hablar con aquel hombre, sino alojarse en su casa. Dentro de aquella cultura, cenar con alguien evidenciaba amistad. Todo el mundo se ofendió, pero a Jesús no le importó. Le dijo: “Zaqueo, no quiero ir a sus casas, sino a la tuya”. Y Zaqueo le hospedó en su casa con alegría.

Esta sencilla conversación no puede ser para nosotros más instructiva de lo que lo es. Zaqueo no abordó a Jesús con orgullo, sino con humildad. No tiró de dignidad y de riqueza; no, dejó a un lado su posición social en la vida y estuvo dispuesto a quedar en ridículo para poder ver a Jesús. Al final, no sería Zaqueo quien pidiera a Jesús entrar en su vida, sino Jesús quien invitó a Zaqueo a la suya. Casi podemos escuchar a Jesús sonriendo cuando dijo: “¡Zaqueo! ¡Sí, tú! ¡Hoy voy a ir a *tu* casa!”. Jesús sabía lo provocador que resultaba su proceder para la multitud, cómo contradecía todo lo que sabían sobre la religión y lo chocante que le parecía al propio hombre bajo subido al árbol.

Cuando Zaqueo vio que había elegido a la persona menos virtuosa de la multitud, él mismo, para mantener una relación personal, todo su paradigma espiritual empezó a alterarse. Aunque es improbable que entendiera clara y conscientemente lo sucedido, empezó a darse cuenta de que la salvación de Dios era por gracia, no se alcanzaba por medio de las victorias morales o las obras. Esa revelación le traspasó como un rayo, y dio la bienvenida a Jesús con alegría.

La gracia y el dinero

Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en

algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

(Lucas 19:8-10)

Zaqueo quería seguir a Jesús y de inmediato se dio cuenta de que, si pretendía hacerlo, el dinero era un problema. Por lo tanto, hizo dos promesas notables.

Prometió dar la mitad de sus ingresos a los pobres. Esto superaba con creces el diezmo, el diez por ciento, que era lo que pedía la ley mosaica. Hoy día, dar incluso el diez por ciento de nuestro sueldo a la beneficencia parece una suma cuantiosa, aunque las personas ricas podrían hacer mucho más y aun así vivir sin estrecheces. Zaqueo sabía eso cuando hizo su oferta. Su corazón se había visto conmovido. Dado que sabía que la salvación no se alcanzaba por medio de la ley, sino de la gracia, no pretendía vivir solamente cumpliendo la ley; quería trascenderla.

Ha habido momentos en que las personas han acudido a mí, como su pastor, y me han preguntado sobre el "diezmo", el acto de dar la décima parte de sus ingresos anuales. Se dan cuenta de que en el Antiguo Testamento hay muchos mandamientos claros de que los creyentes deben ofrendar el diez por ciento. Pero en el Nuevo Testamento, los requisitos específicos y cuantitativos sobre la ofrenda son menos prominentes. A menudo, me preguntaban: "No le parece que ahora, en el Nuevo Testamento, a los creyentes se les exige que den el diez por ciento de su dinero, ¿no?". Cuando negaba con la cabeza, suspiraban de alivio. Pero entonces añadía rápidamente: "Les voy a decir por qué en el Nuevo

Testamento no se especifica claramente el requisito sobre el diezmo. Piensen en ello. ¿Hemos recibido más de la revelación, la verdad y la gracia de Dios que los creyentes del Antiguo Testamento, o menos?". Normalmente, se produce un silencio incómodo. "¿Somos más «deudores de la gracia» que ellos, o menos? Jesús, ¿dio el "diezmo" de su vida y de su sangre para salvarnos, o lo dio todo?". El diezmo es el estándar mínimo para los creyentes cristianos. Sin duda, no querríamos dar menos de nuestros ingresos que aquellos que tenían una comprensión mucho menor de lo que Dios hizo para salvarles.

La segunda promesa de Zaqueo no tenía tanto que ver con la caridad y la misericordia, sino con la justicia. Había amasado mucho dinero mediante engaños. Había muchas personas de las que había obtenido unos ingresos exorbitantes. La ley mosaica también contemplaba este caso. Levítico 5:16 y Números 5:7 decretaban que, si una persona había robado algo, tenía que devolverlo con intereses. Había que devolverlo con un 20 por ciento de interés. Sin embargo, Zaqueo quería hacer mucho más. Daría "cuatro veces" la cantidad robada. Eso supone un interés del 300 por ciento.

Como respuesta a estas promesas, Jesús dijo: *"Hoy ha venido la salvación a esta casa"*. Fíjese que no dijo "Si vives así, la salvación vendrá a esta casa". No, *ha venido*. La salvación de Dios no viene como respuesta a una vida transformada. La vida transformada es la respuesta a la salvación, ofrecida como un regalo.

Este fue el motivo de que Zaqueo tuviera un corazón y una vida nuevos. Si la salvación hubiera sido algo que se obtuviera como obediencia al código moral, la pregunta de Zaqueo habría sido

"¿Cuánto *tengo que* dar?". Sin embargo, esas promesas fueron respuestas a una gracia desbordante, generosa, que le llevaría a preguntar «¿Cuánto *puedo* dar?". Se dio cuenta de que, aunque era rico materialmente, desde el punto de vista espiritual había estado en bancarrota, pero Jesús había derramado sobre él gratuitamente sus riquezas espirituales. Pasó de ser opresor de los pobres a adalid de la justicia. Pasó de acumular riquezas a costa de las personas que le rodeaban a servir a otros a expensas de su riqueza. ¿Por qué? Jesús había sustituido al dinero como salvador de Zaqueo, de manera que el dinero volvió a ser solamente eso, dinero. Ahora, era un instrumento para hacer el bien, para servir a las personas. Ahora que su identidad y su seguridad estaban enraizadas en Cristo, tenía más dinero del que necesitaba. La gracia de Dios había transformado su actitud hacia su riqueza.

La gracia y los ídolos profundos

Para entender cómo empezó a cambiar el corazón de Zaqueo, debemos pensar que los dioses falsos se presentan en grupos, haciendo que la estructura de la idolatría en el corazón sea compleja. Hay "ídolos profundos" dentro del corazón, bajo los "ídolos de superficie" más concretos y visibles a los que servimos.[46]

El pecado en nuestros corazones afecta a nuestras motivaciones básicas, de modo que se vuelven idolátricas, "ídolos profundos". Algunas personas se sienten profundamente motivadas por el deseo de influir y de tener poder, mientras a otras las emociona más la aprobación y el aprecio de los demás. Hay quienes anhelan por encima de todo el bienestar emocional y físico, mientras otros buscan la seguridad, el control de su entorno. A las personas con

el ídolo profundo del poder no les importa ser impopulares si con ello obtienen influencia. Las personas más motivadas por la aprobación hacen lo contrario: renunciarán alegremente al poder y al control para que todo el mundo piense bien de ellos. Cada ídolo profundo (el poder, la aprobación, la comodidad o el control) genera un conjunto diferente de temores y de esperanzas.

Los "ídolos de superficie" son cosas como el dinero, nuestro cónyuge o nuestros hijos, por medio de los cuales nuestros ídolos profundos buscan satisfacción. A menudo, cuando analizamos nuestras estructuras idolátricas, somos superficiales. Por ejemplo, el dinero puede ser un ídolo de superficie que sirva para satisfacer impulsos más fundamentales. Algunas personas quieren tener mucho dinero como vía para controlar su mundo y su vida. Por lo general, estas personas no gastan mucho dinero y viven muy modestamente. Lo tienen todo bien guardado e invertido, de modo que se sienten totalmente seguros en el mundo. Otros quieren dinero para tener acceso a círculos sociales y para estar guapos y atractivos. Estas personas *sí* que gastan el dinero en sí mismos, con prodigalidad. Hay quienes quieren tener dinero porque este les da un gran poder sobre otros. En cualquier caso, el dinero funciona como un ídolo y aun así, debido a los diversos ídolos profundos, da como resultado patrones conductuales muy distintos.

La persona que usa el dinero para servir a un ídolo profundo como el del control, a menudo se sentirá superior a las personas que lo usan para alcanzar el poder o la aprobación social. Sin embargo, en todos los casos la idolatría del dinero esclaviza y distorsiona vidas. En cierta ocasión, otro pastor de mi iglesia aconsejó a un matrimonio que había tenido graves conflictos sobre

su administración del dinero. La esposa consideraba que su marido era un avaro. Un día, el pastor estaba hablando a solas con el marido, que se quejaba amargamente sobre lo manirrota que era su esposa. "¡Es tan egoísta, gasta tanto dinero en ropa y en su aspecto!" Entendía claramente cómo la necesidad de su esposa de estar atractiva para otros influía en su uso del dinero. Entonces, el pastor le expuso el concepto de ídolos profundos y de superficie. "¿Se da cuenta de que por *no* gastar o dar nada, al guardar cada céntimo, es igual de egoísta que ella? «Gasta» absolutamente todo en su necesidad de sentirse seguro, protegido, en tener el control". Afortunadamente para el consejero, el hombre quedó más conmocionado que furioso. "Nunca lo había visto así", dijo, y las cosas empezaron a cambiar en aquel matrimonio.

Por este motivo, los ídolos no se pueden erradicar eliminando sencillamente los de superficie, como el dinero o el sexo. Podemos mirarlos y decir: "Tengo que quitarle importancia a esto en mi vida. No debo permitir que me controle. Lo detendré". Los ataques directos como ese no funcionarán, porque a los ídolos profundos se los debe atacar en el nivel del corazón. Sólo hay una manera de cambiar en ese nivel, y es por medio de la fe en el evangelio.

La pobreza de Cristo

En 2 Corintios 8 y 9, Pablo pide a una iglesia que haga una ofrenda para los pobres. Aunque es un apóstol con autoridad, escribe: "No hablo como quien manda" (2 Co. 8:8). Lo que quiere decir es: "No pretendo ordenaros nada. No quiero que esta ofrenda sea solamente la respuesta a una petición". No presiona directamente la voluntad diciendo: "Soy apóstol; haced lo que os

digo". Más bien, desea ver "la sinceridad del amor vuestro" y entonces añade las famosas palabras:

> *Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.*
>
> *(2 Corintios 8:9)*

Jesús, el Dios-hombre, tenía unas riquezas infinitas, pero, si se hubiera apegado a ellas, nosotros habríamos muerto en nuestra pobreza espiritual. Esta era la alternativa: si él seguía siendo rico, nosotros moriríamos pobres. Si él moría pobre, nosotros nos enriqueceríamos; nuestros pecados serían perdonados y seríamos admitidos en la familia de Dios. Pablo no se limitaba a dar a esta iglesia un mero precepto ético, exhortándoles a que dejasen de amar el dinero y fueran más generosos. Más bien, resumió el evangelio.

Esto es lo que decía Pablo. Jesús renunció a su tesoro celestial para hacer de vosotros su tesoro, pues vosotros sois un pueblo *"adquirido por Dios"* (1 P. 2:9-10). Cuando usted le vea morir para convertirle en su especial tesoro, él pasará a ser suyo. El dinero dejará de ser el fundamento de su existencia y de su seguridad, y querrá bendecir a otros con lo que usted tenga. Cuanto más comprenda el evangelio, menos poder tendrá el dinero sobre usted. Piense en la gracia incalculable de Dios hasta que esto le convierta en alguien generoso.

La solución para la tacañería es una reorientación hacia la generosidad de Cristo en el evangelio, cómo él derramó su riqueza por mi. Ahora, no tienes que preocuparte por el dinero: la cruz demuestra que Dios cuida de ti y te dará seguridad. Ya no tienes que envidiar el dinero de nadie. El amor y la salvación de Dios te

confieren un estatus notable, algo que el dinero no puede darte. El dinero no puede librarnos de tragedias ni darnos el control en medio de un mundo caótico. Sólo Dios puede hacerlo. Lo que destruye el poder del dinero sobre nosotros no es simplemente que nos esforcemos el doble por seguir el ejemplo de Cristo. Antes bien, consiste en profundizar su comprensión de la salvación de Cristo, lo que tiene en él, y luego vivir en la práctica los cambios que provoca ese entendimiento en su corazón, que es donde radican su mente, su voluntad y sus emociones. La fe en el evangelio reestructura nuestras motivaciones, la forma de entendernos a nosotros mismos y nuestra identidad, nuestra visión del mundo. El acatamiento conductual a unas reglas sin que medie un cambio de corazón genuino será superficial y transitorio.

El ser humano debe tener un ídolo

Andrew Carnegie se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo cuando su acería, precursora de U. S. Steel, se convirtió en la empresa más rentable del mundo. En sus primeros tiempos de éxito, cuando sólo contaba con 33 años, Carnegie analizó implacablemente su corazón y redactó un memorándum dirigido a sí mismo.

> *El ser humano debe tener un ídolo. La acumulación de riqueza es uno de los peores tipos de idolatría. No hay un ídolo más degradante que la adoración al dinero. Por consiguiente, cuando lleve adelante un proyecto, debo tener prudencia para elegir la vida que eleve más mi carácter. Si sigo mucho más tiempo agobiado por las inquietudes laborales y centrando la mayor parte de mis pensamientos en la planificación para ganar más dinero*

> *en menos tiempo, esto me degradará hasta un punto más allá de toda esperanza de recuperación permanente. Dejaré de trabajar a los 35 años, pero, durante estos dos años restantes, dedicaré las tardes a instruirme y a leer sistemáticamente.*[47]

Resultan notables el candor y el conocimiento de sí mismo reflejados en esta anotación, y uno de sus biógrafos, John Frazier, comentó: "Ni Rockefeller, ni Ford ni Moran podrían haber escrito esta nota, ni hubieran entendido al hombre que la escribió".[48] A pesar de todo, y de conocer a fondo su corazón, es evidente que Carnegie no "dejó de trabajar" al cabo de dos años, y muchos de los defectos que degradan el carácter y que él temía se hicieron realidad en su vida.

Aunque Carnegie construyó 2059 bibliotecas… un trabajador siderúrgico, que hablaba en nombre de muchos, dijo a un entrevistador:

> *"No queríamos que nos construyera una biblioteca; hubiéramos preferido que nos subiera el sueldo". En aquella época, los obreros del metal trabajaban en turnos de doce horas en un suelo tan ardiente que tenían que clavarse a las suelas plataformas de madera. Cada dos semanas, tenían que hacer un turno inhumano de veinticuatro horas, y entonces disfrutaban de un solo día de descanso. Las mejores viviendas que podían permitirse estaban atestadas y sucias. Muchos morían a los cuarenta años o antes, debido a accidentes o enfermedades…*[49]

Bill, a quien conocimos en la Introducción, había perdido mucho dinero durante la crisis económica de 2008-2009, después de

haberse convertido al cristianismo tres años antes. "Si esto me hubiera pasado antes de ser cristiano, me hubiera aborrecido a mí mismo, hubiese vuelto a recurrir a la bebida o puede que al suicidio", declaró. En determinada época, Bill sólo se sentía una persona digna y valiosa si ganaba dinero. Sabía que, de haber mantenido esa relación espiritual con el dinero durante la recesión económica, habría perdido por completo la sensación de ser importante y de que su vida tenía sentido.[50] Pero su identidad había cambiado. Ya no descansaba sobre el hecho de tener éxito y dinero, sino que se cimentaba en la gracia y el amor de Jesucristo. Por eso, pudo decir, a pesar de sus pérdidas: «Hoy día le aseguro de corazón que nunca he sido más feliz en toda mi vida".

Andrew Carnegie sabía que el dinero era un ídolo en su corazón, pero no supo cómo desarraigarlo. No se lo puede destruir, sólo reemplazar. Debe sustituirse por aquel que, aun siendo rico, se hizo pobre para que nosotros pudiéramos enriquecernos de verdad.

La seducción del éxito

La satisfacción evanescente

Madonna, la leyenda del pop, describe con sus propias palabras la seducción del éxito:

> *Tengo una voluntad de hierro, que he concentrado siempre en superar una terrible sensación de indignidad... Supero uno de esos episodios y descubro que soy un ser humano especial, y luego llega otro bache y pienso que soy mediocre y carente de interés... una y otra vez. Lo que me impulsa en la vida es este miedo espantoso a la mediocridad. Y no deja de empujarme y empujarme. Porque, aunque me he convertido en Alguien, aún tengo que demostrar que lo soy. Mi lucha nunca ha acabado y es probable que no acabe jamás.*[51]

Para Madonna, el éxito es como una droga que le proporciona un sentido de importancia y de valor, pero el efecto se disipa rápidamente y necesita tomar otra dosis. Debe hacerse una demostración tras otra a sí misma. La fuerza impulsora tras esto no es la alegría, sino el miedo.

En la película *Carros de fuego*, uno de los personajes principales es un velocista olímpico que manifiesta con elocuencia la misma filosofía. Cuando le preguntan por qué corre, responde que no lo hace porque le guste. "Soy más bien un adicto", contesta. Más adelante, antes de disputar la prueba olímpica de los cien metros lisos, suspira:

> *"¡Contentamiento! Tengo veinticuatro años y nunca lo he sentido. Siempre voy persiguiendo algo, sin saber siquiera qué es… Levanto la vista y veo ese pasillo de 1,20 m de ancho, con diez miserables segundos para justificar toda mi existencia… Pero, ¿lo lograré?".*[52]

Poco antes de la muerte del director cinematográfico Sydney Pollack, apareció un artículo sobre su incapacidad de reducir su ritmo y disfrutar de sus últimos años junto a sus seres queridos. Aunque no se encontraba bien y el proceso agotador del rodaje le pasaba factura, "no podía justificar su existencia si se detenía". Explicaba Pollack: "Cada vez que acabo una película, siento que he hecho lo que se supone que debo hacer, en el sentido de que me he asegurado el terreno un año más".[53] Pero luego tenía que volver a empezar.

"La búsqueda del éxito es el alcohol de nuestros tiempos", afirma Mary Bell, consejera que trabaja con ejecutivos de alto nivel. Y sigue diciendo:

> *Hoy día, los mejores no abusan del alcohol. Abusan de sus vidas… Si uno tiene éxito, le pasarán cosas buenas. Si remata un proyecto, se siente dinamita pura. Esa sensación no dura para siempre y uno acaba volviendo a su estado normal. Piensa "Tengo que empezar un proyecto nuevo" y esto sigue siendo normal. Pero le encanta esa sensación de euforia, de modo que precisa volver a sentirla. El problema es que no se puede permanecer en ese estado. Pongamos que trabaja en un proyecto y no lo aprueban. Su autoestima corre peligro, porque la ha edificado sobre la aprobación externa. Al final, siguiendo este ciclo, recae en el nivel del dolor cada vez con mayor*

frecuencia. Los momentos de euforia se vuelven más insulsos. Es posible que obtenga un triunfo superior al que se le escapó, pero de alguna manera este no le conduce a la euforia. La próxima vez uno ni siquiera vuelve al estado normal debido a su desesperación por rematar el siguiente proyecto... Un "adicto al éxito" no se distingue en nada de cualquier otro tipo de adicto.[54]

Al final, los éxitos no ofrecen respuesta a las grandes preguntas: ¿quién soy? ¿Qué valgo realmente? ¿Cómo me enfrento a la muerte? Solamente proporcionan el espejismo transitorio de una respuesta. Se produce un aluvión inicial de felicidad que nos induce a pensar que ya hemos llegado, estamos incluidos, nos han aceptado y hemos demostrado nuestra valía. Sin embargo, esa satisfacción desaparece pronto.

La idolatría del éxito

Más que los otros ídolos, el éxito personal produce la sensación de que somos dioses, de que nuestra seguridad y nuestro valor descansan sobre nuestra sabiduría, fortaleza y rendimiento. Ser el mejor en la actividad que uno desempeñe, estar por encima de los demás, significa que nadie es como usted. Está en la cima.

Un indicio de que usted ha convertido el éxito en un ídolo es la falsa sensación de seguridad que le aporta. Los pobres y los marginados esperan sufrir, saben que la vida en este mundo es "peligrosa, brutal y breve". A las personas de éxito, los problemas les impactan mucho más y les superan. En mi calidad de pastor, a menudo he escuchado a personas procedentes de lo alto de la escala social que, cuando se enfrentaban a una tragedia, decían "La vida no debería ser así". En todos los años como pastor,

jamás he escuchado estas palabras en boca de miembros de la clase obrera ni de los pobres. La falsa sensación de seguridad es el resultado de deificar nuestros éxitos y esperar que nos mantengan a salvo de los problemas de esta vida de un modo que sólo Dios puede hacer.

Otra señal de que usted ha convertido el éxito en un ídolo es que distorsiona la visión que tiene de sí mismo. Cuando sus éxitos constituyen el fundamento de su valor como persona, pueden inducirle a tener una visión exagerada de sus capacidades. En cierta ocasión, una periodista me contó que asistió a una cena con un hombre de negocios muy rico y con mucho éxito. El empresario dominó la conversación durante toda la velada, pero la periodista se dio cuenta de que casi ninguno de sus comentarios hablaba de la economía y las finanzas, el único campo en el que era un experto. Cuando hacía sus afirmaciones sobre el diseño de interiores, los colegios no mixtos o la filosofía, se comportaba como si sus opiniones estuvieran igual de informadas y poseyera la misma autoridad. Si para usted el éxito es algo más que éxito, si constituye el baremo de su valor como persona, entonces el éxito en un área limitada de su vida le hará creer que es un experto en todos los campos. Como es lógico, este paradigma conduce a tomar todo tipo de malas decisiones. Esta visión distorsionada de nosotros mismos forma parte de la ceguera ante la realidad que según la Biblia siempre acompaña a la idolatría (Sal. 135:15-18; Ez. 36:22-36).[55]

No obstante, la señal inequívoca de que hemos caído en la idolatría del éxito es que nos damos cuenta de que no podemos mantener la confianza en nosotros mismos en esta vida a menos que figuremos entre los primeros del campo de actividad que

hemos elegido. Chris Evert fue una de los mejores tenistas de las décadas de 1970 y 1980. Su historial de victorias y derrotas fue el mejor entre todos los tenistas individuales de la historia. Pero, cuando se planteó la jubilación, se bloqueó. Como le dijo a un entrevistador:

> *No tenía ni idea de quién era yo, o de quién podría ser alejada del tenis. Me sentía deprimida y asustada porque buena parte de mi vida la había definido el hecho de ser una campeona en el tenis. Estaba totalmente perdida. Ganar me hacía sentir ser alguien, me hacía sentir hermosa. Era como estar enganchada a una droga. Para tener una identidad necesitaba las victorias, el aplauso.*[56]

Un amigo mío había alcanzado la cumbre de su profesión, pero la adicción a un medicamento le obligó a dimitir de su cargo y a someterse a la rehabilitación por consumo de drogas. En parte, se había vuelto un adicto debido a la expectativa de que siempre debía ser productivo, dinámico, optimista y brillante. Pero se negó a culpar de su colapso a las exigencias de otros. Como dijo: “Mi vida se cimentaba en dos premisas. La primera era que yo podría controlar tu opinión y tu aprobación de mi persona por medio de mi rendimiento. La segunda era que *eso* suponía lo único importante de esta vida”.

Cometeríamos un error si pensáramos que esta idolatría solamente se aplica a individuos. Es posible también que todo un campo de profesionales esté tan enamorado de sus capacidades y sus políticas que las consideren una vía de salvación. Los científicos, sociólogos, terapeutas y políticos ¿admiten las limitaciones de lo que pueden conseguir o hacen afirmaciones “mesiánicas”? Es conveniente aplicar la humildad al hablar de lo

que puede hacer una política pública o un progreso tecnológico para resolver los problemas de la raza humana.

La cultura de la competición

Nuestra cultura contemporánea nos hace especialmente vulnerables a la posibilidad de convertir el éxito en un dios falso. En su libro *Un mundo sin hogar*, Peter Berger señala que, dentro de las culturas tradicionales, el valor de una persona se mide en términos de "honor". Se honra a quienes cumplen el papel que tienen asignado dentro de la comunidad, ya sea el del ciudadano, padre, madre, maestro o dirigente. Sin embargo, la sociedad moderna es individualista y fundamenta el valor de una persona en la "dignidad". La dignidad significa el derecho que tiene cada persona a desarrollar su propia identidad y su yo, libre de cualquier rol o categoría que le asigne la sociedad.[57] Por lo tanto, la sociedad moderna presiona enormemente a los individuos para que demuestren su valor por medio de los éxitos personales. Ser un buen ciudadano o miembro de una familia no basta. Uno tiene que ganar, que llegar a la cima, para demostrar que es uno de los mejores.

El libro de David Brooks *On Paradise Drive* describe lo que él llama "la profesionalización de la infancia". Desde los primeros años, la alianza entre padres y centros educativos crea una olla a presión de competencia, destinada a producir alumnos que destaquen en todo. Brooks califica a este sistema como "un aparato orgánico gigantesco… un poderoso *Exitador*". La familia ya no es lo que en otros tiempos Christopher Lasch definía como "un puerto seguro en un mundo sin corazón", una compensación de esos territorios de la vida en los que impera la ley de la selva.[58]

En lugar de eso, la familia se ha convertido en la guardería donde se cultiva por primera vez el anhelo de obtener el éxito.

Este profundo énfasis en el éxito está pasando una factura onerosa a los jóvenes. En la primavera de 2009, Nathan Hatch, presidente de la Universidad Wake Forest, admitió lo que muchos educadores saben desde hace años: que cada vez es mayor el número de adultos jóvenes que han intentado insertarse en los campos de las finanzas, la consultoría, el derecho corporativo y la medicina especializada, debido a los sueldos elevados y al aura de éxito que aportan hoy día tales profesiones. Según Hatch, los alumnos hacían esto sin tener muy en cuenta las cuestiones más amplias del sentido y el propósito. Es decir, que elegían una profesión no como respuesta a la pregunta "¿Qué trabajo ayuda a las personas a prosperar?", sino "¿Qué trabajo *me* ayudará a prosperar?". Como resultado, los empleos poco satisfactorios producen un alto grado de frustración. Hatch tenía la esperanza de que la crisis económica de 2008-2009 obligara a muchos estudiantes a reevaluar el sistema fundamental que usaban para elegir una profesión.[59]

Si nuestra cultura al completo nos anima poderosamente para que aceptemos a este dios falso, ¿cómo podremos evitarlo?

Con éxito, pero muerto

Uno de los hombres con mayor éxito y más poderoso del mundo en su época fue Naamán, cuya historia se relata en la Biblia, en 2 Reyes 5. Naamán tuvo lo que algunos llamarían "una vida de diseño". Fue comandante del ejército de Aram, país al que hoy llamamos Siria. También era el equivalente al primer ministro de la nación, dado que el rey de Siria "se apoyaba en su brazo" durante

las ceremonias de Estado formales (2 R. 5:18). Era un hombre rico y un soldado valeroso, muy condecorado y honrado. Sin embargo, todos estos grandes éxitos y capacidades habían topado con la horma de su zapato.

> *Naamán, general del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y lo tenía en alta estima, porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria. Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso.*
> *(2 Reyes 5:1)*

Fijémonos cómo el autor de 2 Reyes acumula los nombramientos y los éxitos, y, de repente, añade que, a pesar de todos ellos, aquel hombre era un muerto viviente. En la Biblia, la enfermedad conocida como *lepra* abarcaba una serie de enfermedades dérmicas letales, que agostaban la piel y que lentamente incapacitaban, desfiguraban y, por último, mataban a sus víctimas. En sus tiempos, esa palabra tenía las mismas connotaciones que *cáncer* tiene en los nuestros. El cuerpo de Naamán experimentaba una explosión a cámara lenta. Su cuerpo se inflamaría, su piel y sus huesos se romperían, y entonces se le caerían a pedazos mientras se iba muriendo centímetro a centímetro. Naamán lo tenía todo: riquezas, destreza atlética, admiración popular, pero, por debajo de todo eso, se estaba haciendo literalmente pedazos.

Una de las motivaciones principales para el deseo de tener éxito es la esperanza de penetrar en el "círculo interior". C. S. Lewis escribió con mucha agudeza sobre este tema en uno de sus ensayos más famosos.

> *No creo que el motivo económico y el motivo erótico expliquen todo lo que sucede en el mundo. Es un deseo…*

un anhelo de estar dentro, que adopta muchas formas… Uno quiere… el conocimiento exquisito de que sólo nosotros cuatro o cinco somos las personas que (realmente) saben… Mientras esté gobernado por este deseo, nunca estará satisfecho. Hasta que conquiste el miedo a ser un forastero, seguirá siendo un forastero…

¿Qué quiere decir Lewis con esto de "seguirá siendo un forastero"? Naamán disponía de éxito, dinero y poder, pero era leproso. Se supone que el éxito, la riqueza y el poder hacen de usted alguien con acceso a un ámbito privilegiado, admitido en los círculos sociales más selectos y más exclusivos. Sin embargo, su enfermedad dermatológica contagiosa le había convertido en un paria. Todos sus éxitos eran inútiles, dado que aquel hombre no podría superar su alienación social ni su desespero emocional.

Aquí es donde la historia de Naamán funciona como una parábola. Muchas personas buscan el éxito como medio para superar la sensación de que son, en cierto sentido, "forasteros". Piensan que, si lo alcanzan, les abrirá las puertas de los clubes, los entornos sociales, las relaciones con los conectados y los influyentes. Por último, piensan ellas, serán aceptadas por todos los individuos importantes de verdad. El éxito promete hacer eso, pero al final no lo cumple. La lepra de Naamán representa la realidad de que el éxito no puede proporcionar la satisfacción que andamos buscando. Muchas de las personas de mayor éxito confiesan que siguen sintiéndose "forasteras" y albergan dudas sobre sí mismas.

Buscando en el lugar equivocado

Y de Siria habían salido bandas armadas, y habían

llevado cautiva de la tierra de Israel a una muchacha, la cual servía a la mujer de Naamán. Esta dijo a su señora: Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra.

(2 Reyes 5:2-3)

La esposa de Naamán tenía una esclava que le habló del gran profeta que vivía en Israel. Naamán, estaba tan desesperado como para aferrarse a este clavo ardiendo, partió para Israel en busca de Eliseo para que le curase. Con él, llevó *"diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos",* además de una carta de referencia del rey de Siria al rey de Israel, donde decía: *"Cuando lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas que yo envío a mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra"* 2 R. 5:5-6. Naamán se dirigió de inmediato al rey de Israel, dándole la carta y ofreciéndole el dinero. Esperaba que, gracias al dinero y a la carta, el rey de Israel ordenaría al profeta que le sanara y podría volver a su casa siendo un hombre sano.

Naamán esperaba obtener su cura por medio de cartas que le recomendaban, enviadas por un rey a otro rey. Pensaba que podría recurrir a su éxito para solventar sus problemas. Naamán no entendía que hay algunas cosas que solamente puede hacer Dios. La esclava había dicho a Naamán simplemente que fuera a ver al profeta de Israel, que acudiese directamente a él y le pidiera una cura. Esto no encajaba con el paradigma del mundo que tenía Naamán. En lugar de hacerlo, reunió una cantidad enorme de dinero, se procuró una carta de recomendación de la máxima fuente posible y acudió a ver al hombre más importante de Israel, el rey. Sin embargo, este no se mostró complacido.

Luego que el rey de Israel leyó las cartas, rasgó sus

vestidos, y dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que este envíe a mí a que sane a un hombre de su lepra? Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí.
(2 Reyes 5:7)

Naamán y el rey sirio creían que en Israel la religión funcionaba como lo hacía prácticamente en todas las naciones en aquel tiempo, y en muchos países hoy día. Creían que la religión era un tipo de control social. El principio operativo de la religión es este: si vives una buena vida, entonces los dioses o Dios tendrán que bendecirte y darte prosperidad. Por lo tanto, era natural dar por hecho que las personas de mayor éxito en una sociedad fueran las más cercanas a Dios. Serían los individuos que podrían obtener de Dios lo que quisieran. Por eso, la religión tradicional siempre espera que los dioses obren por medio de las personas con éxito, no de los forasteros ni de los fracasados. Por eso, Naamán fue directamente al rey.

No obstante, el rey israelita lee la carta y se rasga las vestiduras. Sabe que el rey sirio no entenderá que el Dios de Israel es diferente y que no puede ordenarle que sane a Naamán. El Dios de Israel no está sujeto a una correa, no se le puede comprar ni propiciar. Los dioses de la religión se pueden controlar. Si les ofrecemos trabajo duro y devoción, entonces nos sonreirán. Sin embargo, al Dios de Israel no se le puede abordar así. Todo lo que nos da es un regalo de su gracia.

Cuando el rey de Israel exclamó “¿Soy yo Dios? ¿Puedo matar y dar la vida?”, apuntó al centro mismo del problema de Naamán. Este había convertido el éxito en un ídolo. Esperaba que, gracias a sus hazañas, podía acercarse a otros en su “clase de éxito” y obtener lo que necesitara. Pero el éxito, el dinero y el poder no

pueden "matar y dar la vida".

Cuanto más estudio este pasaje con el paso de los años, más admiro a Naamán. Se trataba de una persona buena y competente. Pero esto lo único que demuestra es que ni la mejor persona de este mundo tiene la más mínima idea de cómo buscar a Dios. No seamos muy duros con él. Mueve los hilos, deja caer nombres, gasta mucho dinero y va a lo más alto. De esta forma nos relacionamos con todos los seres humanos importantes, de modo que, ¿por qué no hacerlo también con Dios? Pero el Dios de la Biblia no es así. Naamán es un hombre que busca un dios dócil, pero el Dios de la Biblia no está domesticado. Naamán busca a un dios que pueda estar en deuda con un hombre, pero encuentra un Dios de gracia, ante el cual todos estamos muy endeudados. Naamán busca a un Dios privado, un Dios para uno solo, no un Dios para todo el mundo, pero el Dios de la Biblia es el Dios de todos, tanto si lo reconocemos como si no.

Algo grande

Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, envió a decir al rey: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel. Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo.

(2 Reyes 5:8-9)

Naamán acudió a la casa de Eliseo, y lo que vio y escuchó en ella le escandalizó. El profeta, que, por lo visto, no era consciente del honor que se le estaba haciendo, ni siquiera salió a la puerta. Se limitó a enviar a su criado para que hablase con Naamán. El segundo impacto fue el propio mensaje.

[El mensajero dijo] Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio. Y Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavase en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado. Mas sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?
(2 Reyes 5:10-13)

Naamán esperaba que Eliseo tomara el dinero y realizase algún ritual mágico. O, pensaba para sí, si Eliseo no quería el dinero, al menos pediría que Naamán hiciera "alguna gran cosa" para ganarse la sanidad. En lugar de eso, le dijo simplemente que fuera a bañarse siete veces en el río Jordán. Al oírlo, se marchó airado.

¿Por qué? Una vez más, alguien ponía en tela de juicio el paradigma de Naamán sobre el mundo. Acababa de descubrir que aquel Dios no es una extensión de la cultura, sino su transformador; no un Señor controlable, sino soberano. Ahora, se enfrentaba a un Dios que, en sus tratos con los seres humanos, usa siempre el fundamento de su gracia. Ambas cosas van de la mano. Nadie puede controlar al Dios verdadero, porque nadie puede ganar, merecer o conseguir su bendición y su salvación. Naamán estaba furioso porque pensaba que le pedirían que hiciese algo complicado, como, pongamos, robarle la escoba a la malvada Bruja del Oeste o devolver al Anillo único al monte del Destino. Esas hubieran sido misiones adecuadas para la imagen que tenía de sí mismo y su visión del mundo. Pero el mensaje de Eliseo era

insultante. “Cualquier idiota, cualquier niño, puede acercarse y chapotear en el Jordán”, pensó. “¡Eso no requiere *ninguna* capacidad especial!”. Exactamente. Es una salvación para todos, buenos o malos, débiles o fuertes.

Hasta que Naamán entendiera que Dios era un Dios de gracia, cuya salvación no se puede ganar, sólo recibir, seguiría estando esclavizado a sus ídolos. Seguiría usándolos para obtener una seguridad y una importancia que no podían ofrecerle. Sólo, si comprendía la gracia de Dios, entendería que, en última instancia, todos sus triunfos fueron regalos de Dios. Sí, Naamán había invertido muchas energías para conseguirlos, pero solamente con talentos, habilidades y oportunidades que Dios le había dado. Había dependido de la gracia divina toda su vida, pero sin saberlo.

Por lo tanto, “ve y lávate” era un mandato que resultaba difícil debido a lo fácil que era de cumplir. Para hacerlo, Naamán tenía que admitir que estaba indefenso, que era débil y debía recibir la salvación como un regalo. Si usted desea la gracia de Dios, lo único que precisa es la necesidad, lo único que necesita son unas manos vacías . Pero resulta difícil reunir ese tipo de humildad espiritual. Nos acercamos a Dios diciendo “Mira todo lo que he hecho” o quizá “Fíjate en todo lo que he sufrido”. Sin embargo, Dios quiere que miremos a él, que simplemente nos lavemos.

Naamán tenía que aprender cómo “hacer morir su «hacer» letal”, una frase que procede de un antiguo himno:

Haz morir tu «hacer» letal y ponlo a los pies de Jesús,
pues sólo en él alcanzarás la gloriosa plenitud.

La pequeña sierva sufriente

En todos los libros de la Biblia, los escritores enfatizan sin cesar que la gracia y el perdón de Dios, aunque son gratuitos para quienes los reciben, son siempre onerosos para quien los da. Desde los primeros pasajes de la Biblia, quedó claro que Dios no podía perdonar sin que mediase un sacrificio. Nadie que padezca una ofensa grave puede "simplemente perdonar" al ofensor. Si a usted le han robado dinero, o una oportunidad, o la felicidad, puede hacer que el perpetrador reciba su merecido o puede perdonarle. Pero, cuando le perdona, eso quiere decir que *usted* asimila la pérdida y la deuda. La carga sobre sus propios hombros. Por lo tanto, todo perdón es costoso.[60]

Resulta notable con qué frecuencia las narrativas bíblicas hacen referencia a este principio básico. También en este relato alguien tuvo que sufrir con paciencia y amor para que Naamán recibiera su bendición. Me refiero al personaje de la narración que entra y sale de ella con tanta rapidez que apenas es visible. Sin embargo, en cierto sentido es el personaje más importante del relato. ¿Quién era? La joven esclava de la mujer de Naamán, que fue raptada por una banda de merodeadores sirios. Con suerte, eso significaba que habían capturado también a su familia y los habían vendido como esclavos. También podía significar que los habían exterminado delante de sus ojos. Cuando la conocemos en el relato, está en lo más bajo del escalafón inferior de la estructura social siria. Es una forastera étnica, una esclava, una mujer… y, además, joven, quizá de entre doce y catorce años. En resumen, es alguien a quien han arruinado por completo la vida. ¿Y quién es el responsable? El mariscal de campo Naamán, el comandante militar supremo. Sin embargo, ¿cómo reacciona ella cuando se entera de que su Némesis se ha visto afectado por la lepra?

Si ponemos el corazón en llegar a lo más alto, pero en lugar de eso nos encontramos en el primer peldaño de la escalera, normalmente nos sumiremos en el cinismo y en la amargura agudos. Buscaremos con desespero a nuestro alrededor a alguien a quien culpar por nuestros fracasos. Incluso puede que nos permitamos fantasear sobre la venganza. Sin embargo, la joven esclava no cayó en esa trampa. ¿Acaso dijo "¡Ja, lepra! ¡Hoy he visto cómo se le caía otro dedo! ¡Ah, bailaré sobre su tumba!"? No, en absoluto. Fijémonos en sus palabras: "si rogase mi señor al profeta"… En estas palabras, hallamos simpatía e interés. Es evidente que quería aliviar su sufrimiento y salvarle. No había ningún otro motivo para hablarle del profeta. Pensemos en ello. Ahora, Naamán estaba en sus manos. Lo que ella sabía podía salvarle, y callándose lograría hacerle sufrir tremendamente. Podía haberle hecho pagar sus pecados y que él pagase el precio por lo que le había hecho. La había tratado mal y ahora ella podía devolverle el favor.

Sin embargo, no lo hizo. Esta heroína anónima de la Biblia se negó a aliviar su propio sufrimiento haciendo sufrir a su señor. Hizo lo que toda la Biblia nos dice que hagamos. No buscó venganza, confió en que Dios sería el juez de todos. Perdonó a Naamán y se convirtió en el medio para su sanación y salvación. Confió en Dios y soportó su sufrimiento con paciencia. Como dijo en cierta ocasión sobre ella el predicador británico Dick Lucas: "Pagó el precio de ser útil". Padeció y perdonó, sin saber hasta qué punto Dios usaría su sacrificio.[61]

El gran Siervo Sufriente

Este tema bíblico, que el perdón siempre exige a un siervo que

sufra, encuentra su punto culminante en Jesús, que cumple las profecías de un Siervo Sufriente que vendría para salvar el mundo (Isaías 53). Aunque había vivido en el gozo y la gloria con su padre, lo perdió todo. Se convirtió en un ser humano, un siervo, que padeció palizas, la cárcel y la muerte. Cuando miró desde lo alto de la cruz a sus presuntos amigos, viendo cómo alguno le negaba, cómo otro le traicionaba y cómo todos le abandonaban, pagó el precio. Les perdonó y murió en la cruz por ellos. En la cruz, vemos a Dios haciendo en el nivel cósmico lo que todos tenemos que hacer cuando perdonamos. Allí, Dios cargó en persona con el castigo y la deuda del pecado. La pagó para que nosotros no tuviéramos que hacerlo.

No escaparemos a nuestra idolatría del éxito si nos limitamos a reprendernos por ella. A finales de la década de 1990, justo antes de la crisis de la burbuja técnológica (.com) y el 11 de septiembre de 2001, Helen Rubin, en la revista *Fast Company*, destacaba el énfasis excesivo sobre el éxito y el materialismo.

> *De todos los temas que más nos obsesionan… el éxito es aquel sobre el que más mentimos; decimos que el éxito y su primo el dinero nos darán seguridad, que el éxito y su primo el poder nos harán importantes, que el éxito y su prima la fama nos harán felices. Es hora de decir la verdad: ¿por qué las personas más listas, capaces y exitosas de nuestra generación corren riesgos tan exagerados? La gente recurre al medio que sea para obtener dinero, poder y gloria… y luego, autodestruirse. ¡A lo mejor es que, de entrada, no querían tales cosas! O quizá no les gustó lo que vieron cuando al final las alcanzaron.*[62]

Poco después de que se escribiera este artículo, a la luz de la recesión moderada de 2000-2001, surgieron muchas otras jeremiadas sobre el hecho de que nuestra cultura se había vuelto adicta al éxito. ¿Cuándo aprenderíamos que hemos convertido al éxito y a sus "primos" en los ídolos de nuestra sociedad? Luego se produjeron los ataques del 11 de septiembre de 2001 y los medios de comunicación anunciaron "el final de la ironía". Dijeron que ahora recuperaríamos los valores más tradicionales, como el trabajo duro, las expectativas moderadas y la gratificación demorada. No pasó nada de eso. En 2008-2009, cuando se vino abajo la economía mundial, quedó claro que nuestra cultura había recaído en su adicción.

Al ídolo del éxito no se lo puede derribar, hay que sustituirlo. El deseo del corazón humano de obtener un objeto valioso concreto se puede conquistar, pero la necesidad de tener *unos cuantos* ejemplares del mismo es insuperable.[63] ¿Cómo podemos impedir que nuestro corazón se vuelque en hacer "algo grande" para curarnos de nuestra sensación de insuficiencia, para dotar de sentido a nuestras vidas? Sólo cuando veamos lo que ha hecho por nosotros Jesús, nuestro gran Siervo Sufriente, entenderemos de verdad por qué la salvación de Dios no nos exige que hagamos "algo grande". No tenemos que hacerlo, porque Jesús ya lo ha hecho. Por eso, podemos limitarnos a "ir a lavarnos". Jesús lo hizo todo por nosotros, y él nos ama; así es como sabemos que nuestra existencia está justificada. Cuando creemos intelectualmente en lo que consiguió para nosotros, y cuando lo que hizo por nosotros motiva a nuestro corazón, esto empieza a aniquilar esa adicción que es la necesidad de tener éxito a toda costa.

El fin de la idolatría

Naamán se humilló y se dirigió al Jordán. Los resultados fueron increíbles.

Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio. Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo. Mas él dijo: Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré. Y le instaba que aceptara alguna cosa, pero él no quiso.

(2 Reyes 5:14-16)

El relato bíblico de la salvación ataca por todas partes a nuestra adoración del éxito. Para curarse, Naamán tuvo que aceptar lo que le dijo primero una esclava, más tarde un criado de Eliseo y, por último, otros siervos propios. En aquellos días, los nobles y poderosos trataban a tales personas como si tuvieran la misma importancia que un animal doméstico o una bestia de carga. Sin embargo, Dios envió su mensaje de salvación por medio de ellos. La respuesta no vino del palacio, ¡sino de los alojamientos de los esclavos! Por supuesto, el ejemplo último de este tema es el propio Jesucristo. No vino a Roma, Alejandría o China, sino a una colonia sin importancia. No nació en un palacio, sino en un pesebre, en un establo.

No le busques en cortes ni palacios, ni descorras cortinas
en algún castillo. Busca a tu Dios entrando en un
establo:sobre la paja yace envuelto un niño.

William Billings

Durante todo su ministerio, los discípulos no dejaron de preguntar a Jesús: "¿Cuándo vas a hacerte con el poder? ¿Cuándo vas a dejar de confraternizar con el pueblo llano? ¿Cuándo empezarás a realizar buenos contactos y a reunir dinero? ¿Cuándo reclamarás el poder? ¿Cuándo serán las primarias? ¿Y nuestro especial televisivo?". En lugar de eso, Jesús sirvió humildemente y luego fue torturado y ejecutado. Incluso cuando Jesús resucitó de los muertos, se apareció primero a mujeres, unas personas que carecían de estatus social. La salvación de Jesús no se recibe sintiéndose fuerte, sino admitiendo la debilidad y la necesidad. Y la salvación de Jesús no se produjo mediante la fuerza, sino por medio de la entrega, el servicio, el sacrificio y la muerte. Este es uno de los grandes mensajes de la Biblia: Dios elige a lo débil de este mundo para avergonzar a lo fuerte; a lo necio y despreciado, para avergonzar a lo sabio, e incluso las cosas que no son, para anonadar las cosas que son (1 Co. 1:29-31). Así es cómo actúa Dios.

El poder y la gloria

Un mundo poseído

Justo antes de que Europa se enzarzase en la Segunda Guerra Mundial, el historiador holandés Johan Huizinga escribió: "Vivimos en un mundo poseído, y lo sabemos".[64] Los nazis afirmaban fomentar el amor profundo hacia la patria y las personas. Pero, de alguna manera, cuando quisieron alcanzar ese "amor a la patria", su patriotismo se convirtió en demoníaco y destructivo. Al final, el nazismo consiguió exactamente lo opuesto a lo que pretendía: la vergüenza eterna en vez de la honra nacional.

En 1794, Maximillien Robespierre, el líder de la Revolución Francesa, dijo ante la Convención Nacional: "¿Cuál es el objetivo hacia el que avanzamos? El disfrute en paz de la libertad y de la igualdad… El Terror no es más que una justicia inmediata, severa e inflexible".[65] Sin embargo, su "reino del terror" fue tan espantosamente *in*justo que convirtieron al propio Robespierre en un chivo expiatorio y lo guillotinaron sin juicio previo. Es evidente que "la libertad y la igualdad" eran grandes beneficios, pero, una vez más, algo se torció terriblemente. Un principio noble fue "poseído", enloqueció y acabó consiguiendo exactamente lo contrario a la justicia que buscaban los revolucionarios.

¿Qué sucedió? La idolatría. Cuando el amor por un pueblo se vuelve un absoluto, se convierte en racismo. Cuando el amor por la igualdad se trastoca en un ente supremo, puede dar como resultado el odio y la violencia hacia cualquiera que haya tenido

una vida privilegiada. La tendencia establecida de las sociedades humanas es convertir las causas políticas positivas en dioses falsos. Como hemos mencionado, Ernest Becker escribió que, en una sociedad que ha perdido la realidad de Dios, muchas personas intentarán que el amor romántico les dé la plenitud que antes encontraron en la experiencia religiosa. Sin embargo, Nietzsche creía que sería el dinero lo que sustituiría a Dios. Pero existe otro candidato para llenar ese vacío espiritual: también podemos recurrir a la política. Podemos considerar "mesías" a los líderes políticos, pensar que nuestros programas políticos son una doctrina salvadora y convertir nuestro activismo político en un tipo de religión.

Las señales de la idolatría política

Una de las señales que indican que un objeto funciona como un ídolo es que el miedo se convierte en una de las principales características de la vida. Cuando centramos nuestras vidas en el ídolo, nos volvemos dependientes de él. Si nuestro dios falso se ve amenazado en cualquier sentido, nuestra respuesta es el pánico absoluto. No decimos "¡Qué lástima, qué difícil es!", sino, más bien, «¡Esto es el fin! ¡No hay esperanza!».

Puede que este sea el motivo por el que hoy día tantas personas responden a las tendencias políticas estadounidenses de formas tan extremas. Cuando uno de los partidos gana las elecciones, un porcentaje determinado del bando perdedor habla abiertamente de marcharse del país. Se sienten preocupados y tienen miedo al futuro. Han puesto en sus líderes políticos y en sus políticas el tipo de esperanza que antaño reservaron para Dios y la obra del evangelio. Cuando sus líderes políticos pierden su poder, lo sienten

como una muerte. Creen que si *sus* políticas y sus representantes no tienen el poder, todo se vendrá abajo. Se niegan a admitir los puntos en común que tienen con el otro bando, centrándose en su lugar en las discrepancias. Las desavenencias opacan todo lo demás, creando un entorno tóxico.

Otro indicio de la idolatría de nuestra política es que no pensamos que nuestros adversarios estén, simplemente, equivocados sino que son malos. Tras la última elección presidencial, mi madre, de 84 años, comentó: "Antes, cuando alguien salía elegido presidente, a pesar de no ser el que habías votado, seguía siendo tu presidente. Parece que hoy día las cosas ya no son así". Después de cada elección, cada vez hay un número mayor de personas que creen que el presidente entrante carece de legitimidad moral. La polarización y la amargura políticas, que van a más y que apreciamos en la política estadounidense moderna, es una señal de que hemos convertido el activismo político en un tipo de religión. ¿Cómo es que la idolatría induce a tener miedo y a tratar de perversos a quienes no piensan igual?

El filósofo holandés-canadiense Al Wolters enseñó que, según el paradigma bíblico de las cosas, en la vida el principal problema es el pecado, y la única solución es Dios y su gracia. La alternativa a este punto de vista consiste en identificar algo, además del pecado, que sea el problema crucial con el mundo, y algo aparte de Dios que constituya un remedio. Esto insufla propiedades demoníacas a algo que no es del todo malo, y convierte en un ídolo algo que no puede ser el bien último. Wolters escribe:

> *El gran peligro consiste en aislar cierto aspecto o fenómeno de la Creación de Dios, que es buena, y*

> *considerar ese proceder no como la intrusión foránea del pecado, sino como el malo en el drama de la vida humana… Ese "algo" se ha identificado en diversos momentos como… el cuerpo y sus pasiones (Platón y buena parte de la filosofía griega); la cultura contrapuesta a la naturaleza (Rousseau y el Romanticismo); la autoridad institucional, sobre todo la del estado y la familia (buena parte de la psicología del inconsciente); la tecnología y las técnicas de gestión (Heidegger y Ellul)… La Biblia es única en su rechazo absoluto a todos los intentos de… identificar una parte de la Creación como el malo o el salvador de la historia.*[66]

Esto explica los ciclos políticos constantes de esperanzas sobredimensionadas y desilusiones, el discurso político cada vez más venenoso y el temor y el desespero desproporcionados cuando nuestro partido político ya no está en el poder. Pero, *¿por qué* deificamos y demonizamos las causas y las ideas políticas? Reinhold Niebuhr respondió que, con la idolatría política, tener poder se convierte en un dios.

La idolatría del poder

Reinhold Niebuhr fue un destacado teólogo estadounidense de mediados del siglo XX. Creía que todos los seres humanos se enfrentan a la sensación de ser dependientes y de estar indefensos. La tentación originaria en el huerto del Edén se centró en rechazar los límites que Dios nos puso ("Del árbol no comerás…"; Gn. 2:17) y procurar ser "como Dios" haciéndonos con el control de nuestro destino. Cedimos a esta tentación, que ahora forma parte de nuestra naturaleza. En lugar de aceptar nuestra finitud y

dependencia de Dios, buscamos desesperadamente asegurarnos de que aún tenemos el control de nuestras propias vidas. Pero esto es mentira. Niebuhr creía que la inseguridad cósmica crea una "voluntad de poder" que domina nuestras relaciones sociales y políticas.[67] Él detectaba dos maneras en que esto se pone en práctica.

Primero, sostenía Niebuhr, el orgullo de pertenecer a un pueblo es bueno, pero, cuando el poder y la prosperidad de la nación se convierten en absolutos incondicionales que impiden cualquier otra inquietud, se puede recurrir a la violencia y a la injusticia sin cuestionarlas.[68] Cuando esto sucede, como escribe el académico holandés Bob Goudzwaard:

> *...el final justifica incondicionalmente cualquier medio... Así, el objetivo que tiene una nación de alcanzar la prosperidad económica se convierte en un ídolo cuando la usamos para justificar la destrucción del entorno natural o permitir que se abuse de personas o clases sociales. El objetivo nacional de seguridad militar se convierte en un ídolo cuando justifica que se arrebaten los derechos de la libre expresión y a un juicio justo, o el abuso de una minoría étnica.*[69]

Niebuhr veía que países enteros tenían "egos" colectivos y, al igual que los individuos, las culturas nacionales podían tener complejos tanto de superioridad como de inferioridad. Un ejemplo del primer caso sería cómo la autoimagen orgullosa que tiene Estados Unidos como "la tierra de los libres" cegó los ojos de la mayoría de sus habitantes ante su racismo hipócrita contra los afroamericanos. Una sociedad también puede contraer un complejo de inferioridad, y volverse agresiva y beligerante. Como

Niebuhr escribió este libro en 1941, lo tuvo fácil para identificar la Alemania nazi como un ejemplo de esta forma de poder idolátrico. La humillación de Alemania tras la Primera Guerra Mundial hizo que toda su sociedad anhelase demostrar ante el mundo su poder y su superioridad.[70]

No resulta fácil trazar una línea exacta entre la asignación de valor a algo y la concesión de un valor absoluto a lo mismo. De igual manera, no hay forma precisa de definir cuándo el patriotismo se ha convertido en racismo, opresión e imperialismo. Sin embargo, nadie niega que a menudo las naciones se han deslizado por esa pendiente resbaladiza. La solución no consiste en reírse de todas las manifestaciones de patriotismo, como si fuera algo malo en sí mismo. Como ya hemos visto, los ídolos son cosas buenas y necesarias que se convirtieron en dioses. C. S. Lewis escribió un sabio comentario sobre esto:

> *Es un error suponer que algunos de nuestros impulsos (como el amor materno o el patriotismo) son buenos, y otros, como el sexo o el instinto de lucha, son malos… Hay circunstancias en las que el deber de un hombre casado es fomentar su impulso sexual, y el de un soldado alimentar su instinto de lucha. También hay situaciones en las que el amor de una madre por sus hijos o el amor de un hombre por su país deben contenerse porque, si no, fomentarían injusticia hacia los hijos o los países de otros.*[71]

La conversión de una filosofía en un ídolo

Niebuhr admitía otra forma de “la voluntad de poder”. Es cuando alguien no convierte en un ídolo a su pueblo, sino su filosofía política. Esto sucede cuando la política se vuelve

"ideológica".

El término *ideología* se puede usar para referirse a un conjunto coherente de ideas sobre un tema, pero también puede tener una connotación negativa más cercana a su término cognado, *idolatría*. Una ideología, como un ídolo, es una visión limitada, parcial, de la realidad, que se eleva al grado de la última palabra sobre un tema. Los ideólogos creen que su escuela o su partido tienen la respuesta real y completa a los problemas sociales. Sobre todo, las ideologías ocultan a sus seguidores su dependencia de Dios.[72]

El ejemplo más reciente de una ideología importante que fracasó es el comunismo. Durante casi cien años, un gran número de pensadores occidentales pusieron grandes esperanzas en lo que, en otro tiempo, se llamó "socialismo científico". Pero, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del muro de Berlín en 1989, estas creencias se vinieron abajo. C. E. M. Joad fue un importante filósofo agnóstico británico que regresó al cristianismo después de la Segunda Guerra Mundial. En su libro *The Recovery of Belief* ["La recuperación de la creencia"], escribió:

> *La visión del mal postulada por el marxismo, expresada por Shaw y mantenida por la psicoterapia moderna, una visión que considera que el mal es el subproducto de las circunstancias, y que, por lo tanto, estas se pueden alterar e incluso erradicar, ahora nos parece [a la luz de la Segunda Guerra Mundial y las atrocidades tanto de nazis como de estalinistas] intolerablemente superficial… Fue porque nosotros, los de la izquierda, rechazamos la doctrina del pecado original por lo que siempre nos decepcionó, nos decepcionó… que nunca llegara el*

verdadero socialismo, así como la conducta de las naciones y de los políticos… sobre todo el hecho recurrente de la guerra.[73]

Uno de los libros clave que se publicó en esa época fue el que escribieron varios comunistas y socialistas desilusionados, entre ellos Arthur Koestler y André Gide, titulado *The God That Failed* ("El dios que fracasó").[74] El título lo dice todo y el libro describe cómo una ideología política puede hacer promesas absolutas y exigir un compromiso total.

En la estela del hundimiento del socialismo, el péndulo se desplazó hacia la aceptación del capitalismo de libre mercado como la mejor solución para solventar los problemas recurrentes de la pobreza y la injusticia. Muchos dirían hoy que esta es la nueva ideología imperante. Lo cierto es que uno de los documentos esenciales del capitalismo moderno, *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, parecía deificar el libre mercado cuando sostenía que este era "la mano invisible" que, cuando se le da rienda suelta, impulsa la conducta humana hacia lo más beneficioso para la sociedad, sin depender de Dios ni de un código moral.[75] Es demasiado pronto para estar seguros, pero pudiera ser que, a la luz de la crisis económica mundial de 2008-2009, se produzca el mismo desafecto por el capitalismo que el que padeció el socialismo hace una generación. Se está publicando una oleada de libros que revelan la naturaleza ideológica del capitalismo de mercado reciente, tanto populares[76] como eruditos[77], seculares[78] y religiosos[79]. Algunos incluso tienen variantes del título "el dios que fracasó", dado que a los mercados libres se les ha conferido un poder casi divino para hacernos felices y darnos libertad.[80]

Niebuhr sostuvo que el pensamiento humano siempre eleva

algún valor u objeto finito a la categoría de LA respuesta.[81] De esta manera, sentimos que somos las personas que podemos arreglar las cosas, que todo el mundo que se opone a nosotros es un necio o un malvado. Pero, como pasa con todas las idolatrías, esto también nos ciega. En el marxismo, el Estado poderoso se convierte en el salvador y se demoniza a los capitalistas. Dentro del pensamiento económico conservador, los mercados libres y la competición resolverán nuestros problemas y, por consiguiente, los liberales y el gobierno son los obstáculos para una sociedad feliz.

La realidad es mucho menos simplista. Las estructuras impositivas muy progresivas pueden producir cierto tipo de injusticia donde las personas que hayan trabajado mucho pueden quedar sin recompensa y se ven penalizadas con unos impuestos muy elevados. Sin embargo, una sociedad con impuestos bajos y escasos beneficios produce un tipo de injusticia diferente, donde los hijos de las familias que se pueden permitir una buena asistencia sanitaria y una educación elitista tienen muchas más oportunidades que quienes no pueden hacerlo. En resumen, los ideólogos no pueden admitir que en *cualquier* programa político siempre existen efectos secundarios negativos pero importantes. No pueden admitir que sus adversarios también tienen buenas ideas.

En toda cultura en la que Dios se encuentre ausente en gran medida, el sexo, el dinero y la política llenarán el vacío de distintas personas. Este es el motivo de que nuestro discurso político cada vez sea más ideológico y esté más polarizado. Muchos describen el discurso político tóxico de nuestros días como una ausencia de bipartidismo, pero las raíces son mucho más profundas. Como enseñaba Niebuhr, se remontan al origen del mundo, a nuestra

alienación de Dios y a nuestros frenéticos esfuerzos para contrarrestar nuestra sensación cósmica de estar desnudos e indefensos. La única manera de abordar todas estas cosas es restaurando nuestra relación con Dios.

La Biblia nos ofrece un ejemplo dramático de esta restauración. Es la historia de un hombre cuya voluntad de dominar le impulsó a convertirse en la persona más poderosa de este mundo.

El rey inseguro

En el siglo VI a. C., el imperio babilónico creció hasta desplazar a Asiria y a Egipto como las potencias mundiales dominantes. Pronto, invadió Judá y conquistó Jerusalén, exiliando a Babilonia a la clase profesional israelita, incluyendo a oficiales del ejército, artistas y académicos. Al final, la mayor parte del mundo conocido estuvo bajo la égida del rey y general babilonio, Nabucodonosor. Sin embargo, en el libro bíblico de Daniel, capítulo 2, nos enteramos de que el hombre más poderoso del mundo no dormía bien.

> *En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, tuvo Nabucodonosor sueños, y se perturbó su espíritu, y se le fue el sueño. Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicasen sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey. Y el rey les dijo: He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño.*
>
> *(Daniel 2:1-3)*

Nabucodonosor se quedó muy preocupado por su sueño. En él había visto una figura inmensa, y quizá era esta la visión que

deseaba que tuviera de él el mundo, “un gigante invencible, que se cernía sobre el mundo…”[82] Sin embargo, la estatua tenía “pies de barro” y se vino abajo. Se despertó empapado en sudor. ¿Significaba eso que su imperio desaparecería? ¿O que llegaría alguien para explotar sus puntos débiles ocultos?

Muchas personas que anhelan el poder están ansiosas y tienen miedo. Niebuhr creía que el miedo y la ansiedad son el motivo de que muchos busquen el poder político.[83] Sin embargo, incluso si el temor no es un motivo para conseguirlo, casi siempre lo acompaña. Quienes ostentan el poder saben que son objeto de envidia y que están en el punto de mira de sus adversarios. Cuanto más asciende una persona, mayor es la posibilidad de padecer una caída espantosa, porque tiene mucho que perder. Cuando Bernard Madoff fue sentenciado a 150 años de cárcel por haber llevado a cabo un esquema Ponzi de 65.000 millones de dólares, él culpó públicamente a su orgullo. En determinado momento del pasado, se había enfrentado a un año en el que debía haber confesado unas pérdidas considerables, pero era incapaz de “admitir sus errores como gestor del dinero”.[84] Le era imposible aceptar la pérdida de poder y de reputación que acarrearía semejante admisión. Una vez empezó a ocultar sus debilidades por medio del esquema Ponzi, “no podía admitir su error de juicio mientras iba creciendo el esquema”, pensando siempre que “encontraría una salida”.[85]

Por lo tanto, el poder nace del miedo y, a su vez, da a luz a más miedo. El sueño obligaba a que saliera a la superficie la inseguridad de Nabucodonosor y eso era tremendamente incómodo. Los poderosos no quieren admitir lo débiles que se sienten en realidad.

El miedo de la impotencia

Nabucodonosor es un estudio de caso típico de lo que dice Niebuhr sobre el pecado, la política y el poder en *La naturaleza y el destino del hombre*. En el capítulo titulado "El hombre como pecador", Niebuhr argumenta que "el hombre es inseguro, y… procura superar su inseguridad mediante la voluntad de poder… Pretende que no está limitado".[86] Los seres humanos tienen muy poco poder sobre sus vidas. El 95 por ciento de lo que marca el rumbo de sus vidas escapa por completo a su control. Esto incluye el siglo y el lugar donde nacen, quiénes son sus amigos y familiares, su entorno durante la infancia, su estatura física, los talentos heredados genéticamente y la mayor parte de las circunstancias en las que se encuentran. En resumen, todo lo que somos y tenemos nos lo da Dios. No somos Creadores infinitos, sino criaturas finitas y dependientes.

Al poeta británico W. E. Henley le amputaron una pierna cuando era adolescente. Sin embargo, desarrolló una brillante carrera como crítico y escritor. Cuando era joven, Henley escribió desafiante el famoso "Invictus", que en latín significa "no conquistado".

> *No importa cuán estrecha sea la puerta, y cuán lastrada de castigos la sentencia:soy el señor de mi destino, el capitán de mi alma.*

Como señala Niebuhr, esta afirmación es una tremenda exageración, una visión de la realidad distorsionada e "infectada por el pecado del orgullo".[87] Nadie quiere minimizar la importancia que tiene aprender a superar los obstáculos en la vida, pero el éxito de Henley hubiera sido imposible si hubiera nacido sin

talento literario, con un CI inferior a la media o con unos padres y unos contactos sociales diferentes. Y, de un modo parecido a Nabucodonosor, se vio obligado a enfrentarse a su propia impotencia cuando murió su hija de cinco años, un golpe del que nunca se recobró. Era un hombre finito y limitado en un mundo de fuerzas indomables.

Si Niebuhr tiene razón y los seres humanos temen profundamente la impotencia que nace de su alienación de Dios, entonces deben existir muchas maneras para intentar gestionarla, no sólo por medio de la política y el gobierno. Los ídolos del poder son "ídolos profundos" que pueden manifestarse por medio de una gran variedad de otros ídolos "de superficie".[88]

Durante mis años en la universidad, conocí a un hombre que, antes de profesar su fe en Cristo, era un mujeriego considerable. El patrón que seguía James consistía en seducir a una mujer y, después de haberse acostado con ella, perder el interés e ir a por otra. Cuando aceptó el cristianismo, renunció enseguida a sus aventuras sexuales. Participó activamente en el ministerio cristiano. Sin embargo, su ídolo profundo no cambió. En todas las clases o estudios, James era polémico y dominante. Tenía que ser el líder en cualquier reunión, incluso cuando nadie se lo había pedido. Cuando hablaba con los escépticos sobre su fe recién descubierta, era áspero y brusco. Al final, quedó claro que su sentido y su valor no descansaban en Cristo, sino que seguía basándolos en tener poder sobre otros. Eso es lo que le hacía sentirse vivo. El motivo de que James quisiera tener relaciones sexuales con aquellas mujeres no fue porque se sintiera atraído por ellas, sino porque buscaba el poder de saber que podía acostarse con ellas si le apetecía. Una vez alcanzaba ese poder, dejaban de

interesarles. El motivo de que quisiera participar en el ministerio cristiano no era que le atrajera servir a Dios y a otros, sino el poder de saber que tenía razón, que tenía la verdad. Su ídolo del poder adoptó una forma sexual, y más tarde religiosa. Se escondía bien.

Por lo tanto, los ídolos del poder no son sólo para los poderosos. Usted puede perseguir el poder de formas humildes, nimias, convirtiéndose en el matón de un barrio local o en un burócrata de poca monta que mangonea a las pocas personas que tiene bajo su mando. La idolatría del poder nos rodea. ¿Cómo se cura?

El rey reprendido

Los sabios de Nabucodonosor no pudieron interpretar su sueño. Por último, un oficial de la corte que era uno de los exiliados judíos, llamado Daniel, se adelantó. Gracias al poder de Dios, fue capaz de decir al rey el contenido de su sueño, a pesar de que Nabucodonosor no lo había revelado. Luego, pasó a interpretarlo.

> *Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara*

rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.

(Daniel 2:31-35)

La estatua representaba los reinos del mundo. Tenía forma de ídolo gigantesco y representaba la conversión del poder y el éxito humanos en ídolos. Era la civilización humana, el comercio y la cultura, el gobierno y el poder, ejercidos por los seres humanos para glorificarse a sí mismos. Lo que hizo añicos al ídolo fue una piedra. En contraste con el resto de los materiales que formaban la estatua, la piedra "fue cortada, no con mano [humana]". Provino de Dios. Aunque la piedra valía menos que cualquiera de los metales que formaban la estatua, al final fue el componente más poderoso. Como dijo Daniel, fue el reino de Dios (v. 44) que un día se instauraría en este mundo.

El sueño era un llamamiento a la humildad. Aunque a menudo parece que las circunstancias favorecen a los tiranos, al final Dios los derribará, ya sea gradual o dramáticamente.[89] Los que ocupan el poder deberían entender que no lo han alcanzado, sino que ha sido Dios quien se lo ha dado, y que toda potestad humana acaba deshaciéndose al final.

A Nabucodonosor se le pedía que cambiase su concepto de Dios. En su condición de pagano, sus creencias eran pluralistas: que en el mundo existían muchos dioses y fuerzas sobrenaturales. Sin embargo, no había creído que existiera un legislador preeminente y todopoderoso a quien todo el mundo tuviera que dar cuentas, él incluido. Se le dijo que existía un Dios único y supremo, soberano y juez, y ante quien era responsable del uso que hiciera de su poder.

Nabucodonosor aceptó el mensaje.

Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso. El rey habló a Daniel, y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio.

(Daniel 2:46-47)

El rey confesó que Dios es "Dios de dioses" y el hombre más poderoso de la Tierra se postró, llevando a cabo un acto de humildad que no encajaba en absoluto con el orgullo habitual de Nabucodonosor.

El espejismo de que tenemos el control

Lo que aprendemos en este pasaje es que la teología es importante, que buena parte de nuestra adicción al poder y al control se debe a falsos conceptos de Dios. Los dioses que hemos hecho nosotros pueden permitirnos ser "señores de nuestro destino". El sociólogo Christian Smith bautizó como "deísmo moralista, terapéutico" a la forma dominante de entender a Dios que encontró entre los jóvenes estadounidenses. En su libro *Soul Searching: The Religions and Spiritual Lives of American Teenagers* ("Un análisis del alma: religiones y vidas espirituales de los adolescentes estadounidenses"), describe este conjunto de dogmas. Dios bendice y se lleva al cielo a quienes intentan llevar vidas buenas y honradas (la creencia "moralista"). El objetivo central de la vida no es sacrificarse ni negarse a uno mismo, sino ser feliz y sentirse bien (la creencia "terapéutica"). Aunque Dios existe y creó el mundo, no tiene por qué involucrarse especialmente en nuestras vidas excepto cuando surja un problema

(esto es el "deísmo").[90]

Esta visión de Dios nos convierte eficazmente en señores de nuestro destino y capitanes de nuestra alma. La salvación y la felicidad dependen de usted. Algunos han señalado que el "deísmo moralista, terapéutico" sólo puede desarrollarse en una sociedad del confort, de la prosperidad, entre individuos privilegiados. Las personas "en la cima" están ansiosas por atribuir su posición a su propio intelecto, su sabiduría y su trabajo duro. La realidad es mucho más compleja. Los vínculos personales, el entorno familiar y lo que parece pura suerte determinan el grado de éxito de la persona. Somos el producto de tres cosas, la genética, el entorno y nuestras elecciones personales, pero carecemos de control sobre dos de estos tres factores. No somos tan responsables de nuestro éxito, ni mucho menos, como nos llevan a pensar nuestras visiones populares de Dios y de la realidad.

A menudo, la cultura popular dice a los jóvenes "Puedes ser *cualquier cosa* que decidas ser", pero es cruel plantearle algo así a un muchacho de 18 años que mide 1,62 que lo que más desea en la vida es ser un defensor trasero de línea en la NFL (Rugby americano). Por usar un ejemplo extremo, si usted hubiera nacido en una yurta en Mongolia, en lugar de hacerlo donde nació, hubiera dado igual lo mucho que trabajase o usara sus talentos: hubiese acabado pobre e indefenso. Para acercarnos un poco más a casa, piense en el impacto que tiene sobre usted su trasfondo familiar. Quizá se pase los años de su juventud diciéndose que *no* será como sus padres, que será una persona diferente. Sin embargo, más o menos a la mitad de su vida le quedará claro de qué forma tan indeleble le ha marcado su familia.

El libro *Outliers* ("Los fuera de serie"), de Malcolm Gladwell,

está lleno de estudios de caso que demuestran cómo nuestro éxito es producto, en gran medida, de nuestro entorno. Ofrece como ejemplo una serie de abogados judíos neoyorquinos, todos nacidos en torno al año 1930. Un "accidente cronológico" les proporcionó muchas ventajas. Asistieron a colegios con pocos alumnos, donde recibieron más atención por parte del profesorado. En aquella época, tuvieron acceso a la formación universitaria en Derecho. Debido a la actitud antisemita, fueron excluidos de los bufetes de prestigio, lo cual les obligó a especializarse en temas como litigios de procuración, casos que otros abogados bien establecidos no querían ni tocar. Pero resultó que esto les proporcionó una tremenda ventaja competitiva en las décadas de 1970 y 1980, la época de las absorciones hostiles. Todos ganaron enormes cantidades de dinero.[91] Aunque, a diferencia de Gladwell, yo concedería la misma importancia a los tres factores de la herencia, el entorno y las decisiones personales, su libro defiende que no somos tan responsables de nuestro éxito personal como nos gustaría pensar. La mayoría de las fuerzas que nos hacen lo que somos están en manos de Dios. No deberíamos "envanecernos más que otros", como escribió el apóstol Pablo. *"Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?"* 1 Co. 4:6-7.

Nabucodonosor se había atribuido el mérito personal por su ascenso al poder. Ahora, empezó a humillarse y sus conceptos falsos de Dios quedaron modificados, pero los cambios no fueron muy profundos. Dios tendría que intervenir de nuevo.

El rey loco

En el capítulo 4, Nabucodonosor nos cuenta que estaba en su palacio, satisfecho y próspero, cuando le sobrevino otro sueño, esta vez no sólo inquietante, sino aterrador. Era un sueño sobre un árbol enorme: "su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra… y se mantenía de él toda carne" (Dn. 4:11-12). Pero, entonces, se oyó una voz que ordenaba talar el árbol. Y la voz comenzó a hablar sobre el árbol, tratándole como a una persona y diciendo: *"la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra… Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos".*

Con temor y temblor, el rey mandó a llamar a Daniel, quien escuchó el sueño y palideció. Después de guardar silencio durante un rato, dio la interpretación:

> *Esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.*
>
> *(Daniel 4:24-27)*

En cierto sentido, el primer sueño había sido una lección

académica. Hablaba en términos generales sobre el carácter de Dios y el del poder humano. Esta vez, Dios se ponía personal. Las lecciones académicas no habían servido; el rey seguía siendo un tirano. Aún oprimía a razas y a clases concretas, y a los pobres (v. 27). Ahora, Dios le enseñaría lo que tenía que aprender. Pero había esperanza. El árbol sería talado, pero el tocón quedaría arraigado en el suelo para que volviese a crecer. Dios no andaba en busca de retribución, venganza o destrucción. Aquello era un acto de disciplina, un sufrimiento infligido con miras a corregir y a redimir.

Por lo tanto, ¿cuál era la lección que Dios quería inculcar en el corazón de Nabucodonosor? Era esta: "El Altísimo es soberano sobre los reinos de los hombres, y los da a quien quiere, y pone sobre ellos al más bajo de los hombres". Esto quiere decir que todo aquel que tiene éxito no es más que el receptor del favor inmerecido de Dios. Incluso las personas que están en la cima de la jerarquía humana del poder, la riqueza y la influencia, son "los más bajos", pues no son mejores que nadie. Esta es una forma rudimentaria del evangelio: que lo que tenemos es el resultado de la gracia, no de nuestras "obras" o esfuerzos.

Dios decía algo así: "Rey Nabucodonosor, debes entender que el poder se te ha concedido por la gracia de Dios. Si supieras esto habrías estado más relajado y seguro, *además* de ser humilde y justo. Si crees que te has ganado el puesto gracias a tus méritos y a tus obras, seguirás viviendo con miedo y siendo cruel".

> *Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es esta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?*

(Daniel 4:29-30)

El rey contempló su reino y, al hacerlo, salió a la superficie el orgullo de su corazón. En aquel momento, una voz del cielo dijo: *"Serás alejado de las personas y vivirás con las bestias salvajes; comerás hierba como el ganado... hasta que admitas que el Altísimo es soberano sobre los reinos de los hombres y los da a quien quiere"* Daniel 4:31-32. Inmediatamente, Nabucodonosor cayó en lo que pareció un periodo de grave enfermedad mental, debido a la cual estaba demasiado trastornado como para habitar en el palacio; así que vivía en los terrenos del mismo entre los animales.

La resurrección de la muerte del orgullo

¿Qué sucedió? Una de las grandes ironías del pecado es que, cuando los seres humanos intentan convertirse en algo más, ser como dioses, caen hasta un estado inferior al de las personas. Ser nuestro propio dios y vivir para nuestra propia gloria y poder conducen al tipo de conducta más bestial y cruel. El orgullo nos convierte en depredadores, no en personas.[92] Esto es lo que le sucedió al rey.

En el libro infantil de C. S. Lewis titulado *La travesía del Viajero del Alba*, uno de los personajes principales es un niño llamado Eustace Scrubb. Es evidente que Eustace sentía el anhelo de tener poder, pero lo expresaba de la manera vil y mezquina propia de un escolar, al ofender a otros, torturar a los animales, hablar sin cesar y dar coba a las figuras de autoridad adultas. Era un aprendiz de Nabucodonosor.

Una noche, Eustace encontró un tesoro muy grande dentro de

una cueva. Se quedó entusiasmado y empezó a imaginarse la vida de lujo y de poder que disfrutaría en adelante. Sin embargo, cuando se despertó, para horror suyo, se había convertido en un dragón espantoso. "Al dormir sobre el botín de un dragón, con su corazón repleto de pensamientos codiciosos y draconianos, se había convertido en un dragón."[93]

Convertirse en dragón fue una "consecuencia natural cósmica". Como Eustace pensaba como un dragón, se había convertido en uno. Cuando ponemos nuestro corazón en el poder, nos convertimos en depredadores despiadados. Nos convertimos en aquello que adoramos.[94]

Ahora, Eustace era un ser enormemente poderoso, mucho más de lo que nunca había soñado, pero también daba miedo, era horrible y estaba completamente solo. Por supuesto, esto es lo que nos hace el poder por sí mismo. La conmoción de aquella transformación humilló a Eustace, que deseó volver a ser un niño normal. Cuando su orgullo remitió, la idolatría de su corazón empezó a mermar.

Una noche, el dragón Eustace conoció a un león misterioso. El león le desafió a "desvestirse", a intentar desprenderse de la piel del dragón. Eustace consiguió quitarse una capa, pero descubrió que, por debajo de ella, seguía siendo un dragón. Volvió a intentarlo varias veces, pero sin resultados. Al final, el león le dijo:

> *"Tendrás que dejar que sea yo quien te desvista". Como podéis suponer, tenía miedo de sus garras, pero, a estas alturas, estaba desesperado. Así que me tumbé sobre la espalda y le dejé que lo hiciera. El primer desgarrón fue tan profundo que pensé que me había atravesado el*

corazón. Y cuando empezó a quitarme la piel, me dolió más de lo que había sentido en toda mi vida… Bueno, pero sin duda me arrancó todo aquel revestimiento animal (como yo pensaba que lo había hecho las tres veces anteriores, pero entonces no me había dolido) y allí se quedó la costra, tirada sobre la hierba, pero más gruesa, oscura y llena de bultos que las otras porciones de piel. Y allí estaba yo, suave y blando y más pequeño de lo que había sido… Me había vuelto a convertir en un niño.[95]

El león del cuento, Aslan, representa a Cristo y la historia da testimonio de lo que han descubierto todos los cristianos: que el orgullo conduce a la muerte, al hundimiento, a una pérdida de humanidad. Pero si usted permite que la muerte de su orgullo le humille en lugar de amargarle, y se vuelve a Dios en vez de vivir para su propia gloria, el proceso puede conducirle a una resurrección. Podrá surgir, al fin, plenamente humano, con un corazón de carne en vez de uno de piedra.

Algo así le sucedió a Nabucodonosor. Según las palabras de su propio testimonio:

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades… En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida.

(Daniel 4:34, 36)

Cuando “alzó sus ojos al cielo”, para mirar a Dios, el resultado fue algo más que la restauración de su cordura. *“Mayor grandeza le fue añadida”* (v. 36). Este es el patrón profundo de la gracia, cuya manifestación suprema es Jesús. Nuestros corazones dicen: “Me levantaré, seré como el Altísimo para mi propia gloria”; pero Jesús dijo: “Yo descenderé, me humillaré por amor a ellos”. Se hizo humano y fue a la cruz para morir por nuestros pecados (Fil. 2:4-10). Jesús *perdió* todo poder y se convirtió en siervo para salvarnos. Murió, pero su muerte condujo a la redención y a la resurrección. De manera que si, como Eustace, Nabucodonosor y Jesús, usted cae en grandes debilidades, pero dice “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* Lucas 23:46, se producirá crecimiento, transformación y resurrección.

El ejemplo y la gracia de Jesús sanan nuestro anhelo de poder. La respuesta normal a nuestra sensación de indefensión es negarla, encontrar personas a las que dominar y controlar para vivir sumidos en esa negación. Pero Jesús nos muestra otro camino. Al renunciar a su poder y servir, se convirtió en el hombre más influyente que haya existido. Sin embargo, Jesús no es sólo un ejemplo, sino también un Salvador. Únicamente si admitimos nuestro pecado, necesidad e impotencia, y nos confiamos a su misericordia, gozaremos de la seguridad de su amor y, por lo tanto, recibiremos un poder que no nos llevará a oprimir a otros. La inseguridad ha desaparecido, el deseo de poder se ha cortado de raíz. Como dijo una vez un predicador: “El camino para ascender desciende; el camino para descender es ascender”.

Los ídolos ocultos en nuestras vidas

Hasta ahora, hemos examinado los ídolos personales, tales como el amor romántico, la prosperidad económica o el éxito político. Estos dioses falsos no son tan difíciles de localizar. Sin embargo, hay otros que influyen en nosotros, pero que están más escondidos. No son los ídolos de nuestro corazón, sino los de nuestra cultura y nuestra sociedad.

El dios del beneficio

Un periodista de la sección de opinión dominical del periódico *New York Times* escribió hace poco sobre una amiga suya llamada Melissa, una mujer de 29 años que fue vicepresidente de J. P. Morgan hasta que la despidieron recientemente. Aunque "casi todo el mundo está furioso con Wall Street… Melissa no encaja exactamente con el cliché del empresario avaricioso que acumula millones en concepto de bonificaciones mientras su compañía se viene abajo". Tenía un buen sueldo, pero era muy generosa con su dinero, ayudando a sus amigos y a organizaciones sin ánimo de lucro. No obstante, su especialidad era la titulación de hipotecas *subprime*, préstamos para estudiantes y deudas relativas a la tarjeta de crédito. "Nunca se le ocurrió que toda esta deuda que estaba acumulando como un puzle vendiéndola a los inversores jugaría un papel tan siniestro en el hundimiento de la economía, aunque probablemente debería haberlo pensado".[96] ¿Por qué no se le ocurrió? Como dijo Nathan Hatch en el capítulo cuatro, nuestra

cultura no prepara a los estudiantes para que formulen este tipo de preguntas sobre los puestos de trabajo. Normalmente, la única pregunta es "¿Cuánto me van a pagar?".

En una ceremonia no oficial celebrada el día antes de su graduación, casi la mitad de los licenciados en 2009 en la Harvard Business School prometió "actuar con la máxima integridad", resistirse a las "decisiones y conductas que potencien mis propias ambiciones estrechas" y trabajar de tal manera que "fomente el valor que puede crear mi empresa para la sociedad a largo plazo".[97] Al hablar sobre este "juramento del MBA", *The Economist* recordaba la afirmación de Milton Friedman cuando dijo que los gestores económicos tienen una sola meta: maximizar el valor de sus acciones.[98] Esta, tal como sostiene el argumento tradicional, es la única manera en la que un negocio fomenta el bienestar común, al crear trabajos y generar productos nuevos. El propio mercado recompensa la integridad y castiga la deshonestidad; si usted miente o comete fraudes, acabará castigándole y perderá dinero. Por lo tanto, el único objetivo de una empresa es maximizar sus beneficios. Se decía que todos los demás comentarios sobre la moral aplicada a la gestión o las empresas que intentan beneficiar a la sociedad están de más.

Los signatarios de ese juramento discreparon. Los directores que van a la caza de beneficios pueden hacer cosas para aumentar rápidamente el valor accionarial a expensas de la salud a largo plazo de la empresa, y también del beneficio de sus trabajadores, sus clientes y el medio ambiente. Entonces, pueden reunir sus ganancias dejando más pobres a todos los demás. Aunque algunos argumenten que pagar más a los empleados y ofrecerles un buen entorno laboral son actos que repercuten en la obtención de más

beneficios a largo plazo, esto no es evidente ni mucho menos. Debería hacerse porque es bueno y correcto por sí mismo, no como un medio para alcanzar el fin de obtener mayores beneficios.

Además, no es cierto decir que la honestidad y la integridad siempre contribuyen al éxito en los negocios. En determinadas circunstancias, hacer lo correcto supondría la ruina económica y, por consiguiente, siguiendo un análisis estricto de la relación entre costos y beneficios, es evidente que el riesgo de que nos pillen en una mentira vale mucho la pena. Cosas como la honestidad y el compromiso con los trabajadores en el entorno laboral deben aceptarse como algo bueno por sí mismo, tan importante como los beneficios, porque, de no ser así, es imposible mantener la integridad.

Por lo tanto, los firmantes del juramento sostenían que los beneficios se han convertido en un dios falso; eran algo bueno que se ha convertido en un valor absoluto. El resultado ha sido una catástrofe moral y social. Su juramento fue un esfuerzo para derribar un ídolo cultural que tiene una influencia amplia y sistémica sobre el ordenamiento social.

Los ídolos en nuestra cultura

En su libro *The Real American Dream: A Meditation on Hope* (“El verdadero sueño americano: una reflexión sobre la esperanza”), Andrew Delbanco escribió: “Utilizaré el término *cultura* para referirme a las historias y los símbolos mediante los cuales intentamos mantener a raya la sospecha melancólica de que vivimos en un mundo que no tiene sentido”.[99] En el meollo de toda cultura, encontramos su “esperanza” principal, que es la que

dice a sus miembros en qué consiste la vida. Delbanco establece tres fases de la civilización estadounidense, y lo hace al contemplar la esperanza fundamental de cada época, que bautiza como “Dios, el país y yo mismo”. En la primera era, “la esperanza se manifestaba por medio de un discurso cristiano que daba sentido al sufrimiento y al placer por un igual, y que prometía librar de la muerte”. En la segunda fase, “la Ilustración eliminó el concepto de un Dios personal… y lo sustituyó… por el de una nación deificada”.[100] Esta segunda fase, que según Delbanco sólo empezó a desaparecer en la década de ١٩٦٠, transfirió a Estados Unidos unos paradigmas más antiguos sobre su condición sagrada, de modo que llegó a verse a sí mismo como «la nación redentora», cuyo sistema de gobierno y su forma de vida eran una esperanza para todo el mundo.

Hoy día, la necesidad de trascendencia y de sentido se ha distanciado de todo aquello que es más importante que el yo individual y de su libertad para ser lo que desea. Entre la gente joven, el punto de vista “América es lo primero”, propio de los mayores que agitaban las banderas, ya es historia. Ahora, la vida consiste en crear un yo mediante la maximización de la libertad individual frente a las limitaciones de la comunidad.

El análisis cultural de Delbanco es básicamente un estudio de la idolatría. La era del “yo” explica por qué la maximización de los beneficios ha adquirido el poder del que goza. Ahora, vemos la complejidad de lo que nos conforma y nos motiva. Toda “esperanza” cultural dominante que no sea el propio Dios es un dios falso. Por lo tanto, los ídolos no sólo adoptan una forma individual; también pueden ser colectivos y sistémicos. Cuando estamos totalmente inmersos en una sociedad de personas que

consideran que adorar a un ídolo concreto es normal, es casi imposible discernir cuál es este.

No debemos pensar que una cultura es menos idólatra que otra. Las sociedades tradicionales tienden a convertir la unidad familiar y el clan en un ente absoluto, último. Esto puede conducir a asesinatos por honor, la consideración de las mujeres como objetos y la violencia contra los homosexuales. Las culturas occidentales, seculares, convierten la libertad individual en un ídolo, lo cual conduce a la ruptura de la familia, al materialismo desbocado, al fomento de la carrera profesional a toda costa y a la elevación a la condición de ídolo del amor romántico, la belleza física y el beneficio económico.

¿Cómo nos pueden esclavizar nuestros ídolos culturales? Delbanco señala que, al principio de nuestra historia, la sociedad giraba en torno a Dios y a la religión. La respuesta a nuestro problema cultural debe ser una dosis mayor de religión, ¿no? No necesariamente. La idolatría está tan extendida que también domina esta área.

Los ídolos de nuestra religión

Un ídolo es algo a lo que le pedimos las cosas que sólo puede darnos Dios. La idolatría funciona ampliamente dentro de las comunidades religiosas cuando la verdad doctrinal se eleva al rango de falso dios. Esto sucede cuando las personas se fundamentan en la rectitud de su doctrina para decidir cómo las ve Dios, en lugar de hacerlo sobre el propio Dios y su gracia. Es un error sutil, pero letal. El indicio de que usted ya ha caído en este tipo de autojustificación es que se convierte en lo que el libro de Proverbios llama un “escarnecedor”.[101] Los escarnecedores

siempre manifiestan desprecio y desafío a sus adversarios, en lugar de gracia. Esto es una señal de que no se consideran pecadores salvos por gracia. En lugar de eso, su confianza en la justicia de sus puntos de vista les hace sentirse superiores.[102]

Otra forma de idolatría dentro de las comunidades religiosas convierte en dios falso los dones espirituales y los progresos en el ministerio. Los dones espirituales (el talento, la capacidad, el rendimiento, el crecimiento) a menudo se confunden con lo que la Biblia denomina "frutos" del Espíritu (amor, gozo, paciencia, humildad, valor, templanza).[103] Incluso los líderes religiosos que creen intelectualmente "Soy salvo sólo por gracia" pueden llegar a sentir en su corazón que su posición delante de Dios depende en gran medida del número de vidas que cambien en el mundo.

Otro tipo de idolatría religiosa tiene que ver con la propia vida moral. Como ya he argumentado ampliamente en otro lugar,[104] la naturaleza por defecto del corazón humano le induce a intentar controlar a Dios y a los demás mediante la conducta moral. Como hemos llevado una vida de virtud, sentimos que Dios (y las personas a las que conocemos) nos deben su respeto y su apoyo. Aunque podemos quedar bien diciendo que Jesús es nuestro ejemplo y nuestra inspiración, aún seguimos mirándonos a nosotros mismos y procurando salvarnos mediante nuestro esfuerzo moral.

Delbanco explica cómo el gran cambio cultural que conocemos con el nombre de Ilustración abandonó la ortodoxia religiosa y puso en el lugar de Dios cosas como el sistema estadounidense o la realización individual. Los resultados no han sido positivos. Colocar la Nación en lugar de Dios conduce al imperialismo cultural, y poner el Yo en lugar de Dios lleva a muchas de las

dinámicas disfuncionales que hemos mencionado en este libro.[105] ¿Por qué abandonó nuestra cultura a Dios como su esperanza? Creo que se debió a que nuestras comunidades religiosas han estado, y siguen estando, llenas de esos dioses falsos. Crear un ídolo a partir de la precisión doctrinal, el éxito en el ministerio o la rectitud moral conduce a un conflicto interno constante, a la arrogancia y al fariseísmo, y a la opresión de aquellos que no piensan igual. Estos efectos tóxicos de la idolatría religiosa han provocado el desafecto extendido del mundo respecto a la religión en general y el cristianismo en particular. Pensando que ya hemos dado una oportunidad a Dios, nos volvemos a otras esperanzas, lo cual tiene consecuencias devastadoras.

La misión de Jonás

No solamente tenemos que enfrentarnos a los ídolos de nuestro corazón. Los dioses colectivos de la cultura y de la religión pueden reforzar los ídolos personales, creando una combinación ponzoñosa. Un pobre joven que se siente indefenso como persona puede ser presa fácil de los movimientos sociales que alimentan el odio racial y religioso. Una joven a quien su familia no ama, y que ha crecido en la cultura del consumismo, de la imagen y del glamour, puede verse afectada por un trastorno alimentario. Los ídolos que nos impulsan son complejos, tienen muchas capas y, en gran parte, están ocultos a nuestros ojos.

Quizá el mejor ejemplo de esto en la Biblia es el que hallamos en la famosa historia de Jonás. La mayoría de personas cree que se trata de una lección de escuela dominical para los niños, sobre un hombre al que se tragó un gran pez. Por el contrario, es una narrativa muy bien construida sobre los ídolos que motivan

nuestros actos en muchos niveles, apartándonos de Dios incluso cuando pensamos que hacemos su voluntad. Lo realmente impactante de la historia llega al final de todo, mucho después de que Jonás haya dejado atrás al pez. La primera frase del libro, muy ingeniosa, nos introduce en un argumento lleno de tensión dramática.

> *Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí.*
>
> *(Jonás 1:1-2)*[106]

Por 2 Reyes 14:25 sabemos que Jonás había llamado al rey israelita Jeroboam a seguir una política militar expansionista para ampliar las fronteras del país. Sus contemporáneos, Amós y Oseas, se oponían a la corrupción de las administraciones monárquicas. Sin embargo, Jonás parece haber ignorado deliberadamente las fechorías del rey, movido por su celo nacionalista para aumentar el poder y la influencia de su país.[107] A semejante profeta le dejaría anonadado el mandamiento de Dios que le ordenaba ir a la ciudad de Nínive y predicar en ella.

Nínive era la ciudad más poderosa del mundo, la sede del imperio asirio, cuyo ejército amenazaba con conquistar Israel y las naciones vecinas. En Israel, hacer algo que beneficiara en cualquier sentido a Asiria se hubiera considerado un suicidio. Aunque la misión sólo consistía en "pregonar contra" la ciudad por su maldad, no habría habido motivos para enviarle una advertencia a menos que hubiese la posibilidad de eludir ese juicio, como Jonás sabía perfectamente (Jon. 4:1-4).

Dios abordaba con misericordia al gran enemigo de su pueblo; es

imposible imaginar una misión que contradijera más el sentido común. Para hacer esto, Dios enviaba a un profeta judío patriota; era imposible elegir a un emisario más improbable. Dios le pedía que hiciera algo que Jonás debió considerar desmesurado. Pero aquella era la misión y él era el misionero.

El hombre que huía

> *Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová.*
>
> *(Jonás 1:3)*

Como contradicción deliberada a la orden de ir al este, a Nínive, Jonás se levantó y se fue a Tarsis, una ciudad situada en el extremo occidental del mundo conocido. Hizo exactamente lo contrario de lo que Dios quiso que hiciera. ¿Por qué? Los motivos internos de Jonás no se nos revelan del todo hasta el capítulo 4, pero en este momento el texto nos ofrece algunas pistas sobre por qué optó por desobedecer tan flagrantemente una orden divina directa.

A Jonás, debía darle miedo fracasar. Dios convocaba a un profeta hebreo solitario para que entrase en la ciudad más poderosa del mundo y la conminase a arrodillarse ante su Dios. El único resultado posible parecía ser la burla o la muerte, siendo la segunda tan probable como la primera. Los predicadores quieren ir donde saben que serán persuasivos.

Sin embargo, seguramente a Jonás le daba el mismo miedo tener éxito en su misión, por pequeño que aquel pudiera ser. Asiria era

un imperio cruel y violento. Era un imperio que ya exigía tributo a Israel, a cambio de protección internacional. A Jonás, se le llamaba para que advirtiese a Nínive de la ira de Dios, dándole la oportunidad de sobrevivir y seguir siendo una amenaza para Israel. Como patriota israelita, Jonás no quería participar en esa misión.

Entonces, ¿por qué huyó? La respuesta vuelve a ser que por idolatría, pero de un tipo muy complejo. Jonás tenía un ídolo personal. Anhelaba obtener el éxito en su ministerio más de lo que quería obedecer a Dios. Además, Jonás estaba influido por un ídolo cultural. Antepuso los intereses nacionales de Israel a la obediencia a Dios y el bienestar espiritual de los ninivitas. Por último, Jonás tenía un ídolo religioso: la arrogancia moral. Se sentía superior a los ninivitas, malvados y paganos. No quería que se salvaran. Los ídolos culturales y personales de Jonás se habían fusionado en una amalgama tóxica que estaba totalmente oculto a su vista. Le indujo a rebelarse contra el mismo Dios al que tanto le enorgullecía servir.

Jonás en el abismo

Jonás se subió a un barco para huir de Dios y de su misión. Pero Dios envió una tremenda tormenta que amenazó con hundir la nave (Jon. 1:4-6). Los marineros del barco percibieron que la tempestad era inusualmente violenta, de modo que echaron suertes para averiguar quién había atraído sobre ellos tamaña calamidad. Las suertes señalaron a Jonás.

> *Y aquellos hombres temieron sobremanera, y le dijeron: ¿Por qué has hecho esto? Porque ellos sabían que huía de la presencia de Jehová, pues él se lo había declarado. Y le dijeron: ¿Qué haremos contigo para que el mar se nos*

aquiete? Porque el mar se iba embraveciendo más y más. Él les respondió: Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará; porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros.

(Jonás 1:10-12)

Temerosos de perder la vida, los marineros hicieron lo que les pidió Jonás. Lo arrojaron al mar y Dios envió a un pez que salvara a Jonás tragándoselo. El pez fue la provisión divina para Jonás. Le dio la oportunidad de recuperarse y arrepentirse. Dentro del pez, Jonás elevó una oración a Dios.

Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez, y dijo: Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; desde el seno del Seol clamé, y mi voz oíste… Entonces dije: Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo… Los que siguen vanidades ilusorias, su misericordia abandonan. Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová. Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra.

(Jonás 2:1, 4, 8-10)

Jonás habló de quienes "siguen vanidades ilusorias"… Los idólatras eran aquellas personas a las que Dios había pedido a Jonás que fuese a ver a Nínive. Pero entonces dijo algo notable sobre ellas: que los idólatras "olvidan su *chesedh*". *Chesedh* es el término hebreo que habla del amor de Dios en su pacto, su gracia redentora e incondicional. Este término se había empleado para describir la relación de Dios con Israel, su pueblo. Ahora, Jonás dice que los idólatras olvidan "su *propia* gracia". La idea de que la gracia de Dios era de ellos tanto como suya le alcanzó como un

rayo. ¿Por qué? Porque la gracia es gracia. Si es una gracia auténtica, nadie es digno de ella, lo cual los hacía a todos iguales. Y al darse cuenta de esto, añadió: "¡La salvación viene sólo del Señor!". No pertenece a una raza o a una clase de personas, y los religiosos no la merecen más que los que no lo son. No se debe a ninguna cualidad o mérito que tengamos. La salvación sólo viene del Señor.

En esta oración, detectamos un indicio misterioso de que Jonás había mirado en su interior. Según él, ¿qué impide la entrada de la gracia en una vida? La idolatría. Entonces, ¿cómo es que el propio Jonás se había equivocado hasta tal punto en su forma de entender la voluntad y el corazón de Dios? La respuesta es: debido a *su* idolatría. Su miedo al fracaso personal, su orgullo en su religión y su amor inquebrantable por su país se habían fundido en un compuesto idolátrico y mortal que cegaba su vista espiritual para que no viera la gracia de Dios. Como resultado, no quería extender esa gracia a toda una ciudad que la necesitaba. Quería verlos muertos a todos.

La raza y la gracia

El orgullo racial y el chauvinismo cultural no pueden coexistir con el evangelio de la gracia. Se excluyen mutuamente, una cosa repele a la otra. Debido a la naturaleza del corazón humano, que siempre intenta justificarse, es natural que consideremos que las características de nuestra cultura o clase son superiores a las de todo el mundo. Pero el evangelio contrarresta esta tendencia natural.

Esto lo vemos en la confrontación entre Pablo y Pedro y Gálatas 2. Pedro, apóstol judío, había sido educado para ver a los gentiles

como "impuros" espiritualmente, personas con quienes no debía comer. En las culturas de la antigüedad, comer con alguien simbolizaba la apertura y la aceptación. Cuando Pablo vio que Pedro se negaba a cenar con los gentiles cristianos, le reprendió por su racismo. Pero, ¿cómo lo hizo? No le dijo: "Estás trasgrediendo las normas sobre el racismo", sino más bien que Pedro "no actuaba conforme al evangelio" (Gá. 2:14). Pablo sostenía que el prejuicio racial negaba el mismísimo principio de la salvación por gracia. Decía: "Pedro, si todos somos salvos sólo por gracia, ¿cómo puedes sentirte superior a nadie? ¿Cómo puedes excluir a otros en virtud de su raza y su nacionalidad? ¡Usa el evangelio que llevas en el corazón!". Por supuesto, Pedro conocía el evangelio hasta cierto punto, pero en un nivel más profundo aquel no le había influenciado por completo. No caminaba rectamente conforme a la verdad del evangelio.

> *Quienes no están seguros en Cristo buscan salvavidas espirituales con los que respaldar su confianza, y en esa búsqueda frenética no sólo se aferran a los despojos de la capacidad y la justicia que encuentran en sus vidas, sino que se fijan en su raza, su membresía en un partido, sus parejas familiares, sociales y eclesiales, y su cultura, usándolos como medio para autorrecomendarse. Se visten con su cultura como si fuera una armadura contra las dudas sobre sí mismos, pero se convierte en una camisa de fuerza mental que se adhiere a la carne y nunca se puede quitar, si no es mediante la fe integral en la obra salvadora de Cristo.*[108]

En el vientre del pez, Jonás empezó a entender lo que se había perdido, y por qué se había mostrado tan reacio al llamado

originario de Dios. A Jonás, se le llamó a ir predicar la gracia a la ciudad más grande del mundo, pero él mismo no había asimilado esa gracia. Magullado y humillado, empezó a descubrir la verdad. La salvación es por gracia y, por consiguiente, estaba disponible para todo el mundo. Parece ser que, cuando comprendió todo esto, sus ídolos culturales desaparecieron. Y justo entonces, el pez le vomitó en tierra. El profeta Jonás tenía una nueva oportunidad.

El final impactante

> *Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré. Y se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová. Y era Nínive ciudad grande en extremo, de tres días de camino. Y comenzó Jonás a entrar por la ciudad, camino de un día, y predicaba diciendo: De aquí a cuarenta días Nínive será destruida. Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos. (…) Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó.*
>
> *(Jonás 3:1-5, 10; 4:1)*

Ahora, llega la parte de la historia que normalmente pasamos por alto. Dios ordenó de nuevo a Jonás que acudiera a Nínive y esta vez él obedeció. Allí, empezó a predicar y, para sorpresa de Jonás y la nuestra propia, los habitantes de la ciudad respondieron. Empezaron a arrepentirse y algunos dijeron: *"¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira,*

y no pereceremos?" (v. 9). El resultado fue que la ciudad se volvió "de su mal camino", que el versículo 8 describe como "la rapiña que hay en sus manos". La nación de Asiria era extremadamente violenta, pero aquí, al menos temporalmente, manifestó su remordimiento y su voluntad de reforma.

Dios tuvo misericordia de ellos. No hay ninguna indicación de que los ninivitas se hicieran judíos ni que se convirtiesen para servir plenamente al Dios de Israel. No pasó nada de esto y, sin embargo, Dios no les castigó; hasta tal punto predomina su voluntad de salvar en vez de castigar.

Cualquiera que leyera este relato habría esperado que el libro acabase con esta nota maravillosa. Más allá de toda esperanza, Jonás había regresado de los muertos y había cumplido su misión; los ninivitas se habían arrepentido y mostraban indicios de que se apartarían de su violencia y de su imperialismo, y Dios había demostrado lo misericordioso que es con todos los pueblos. Lo único que faltaría para rematar la historia sería un último versículo, Jonás 3:11: "Y Jonás se volvió a su propia tierra con regocijo".

Pero *no* es esto lo que sucedió. El verdadero impacto del relato llega en el momento que debería haber constituido el mayor triunfo de Jonás. Había predicado a la ciudad más poderosa del mundo y la había puesto de rodillas, literalmente. Sin embargo, la reacción positiva de Nínive a la predicación de Jonás le enfureció hasta el punto de acusar a Dios de ser malo, ¡y pidió que le matase en aquel mismo lugar!

Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo

decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida.

(Jonás 4:1-3)

Al final se revelan plenamente las motivaciones del corazón de Jonás. "¡Lo sabía!", dice. "¡Sabía que eres un Dios compasivo, que perdona enseguida, que anhela salvar, que tiene una paciencia constante! ¡*Sabía* que no podía fiarme de ti! ¡Por eso, huí al principio! Tenía miedo de que, si presentaba a un Dios como tú a esas personas y ellos hacían aunque fuera el más pequeño gesto de arrepentimiento, los perdonarías. ¡Ya he tenido bastante! ¡Dimito! ¡Quítame la vida!". En la Biblia, no encontramos un discurso más impactante que este, o quizá ni siquiera en toda la literatura de la antigüedad. Por fin, había quedado al descubierto el ídolo de Jonás, revelando su aborrecimiento de esa raza y esa nación.

Jonás odiaba hasta tal punto a la raza asiria que consideraba que lo peor que podía pasar es que Dios les perdonase. Estaba dispuesto a confrontar a los ninivitas con su pecado y a acusarles, pero no podía amarlos. No quería que se salvaran; no quería que recibiesen la misericordia de Dios.[109]

¿Qué sucedió? En el vientre del pez, Jonás había empezado a entender la idea de que todos los seres humanos son indignos del amor de Dios por un igual, y por consiguiente todos ellos tienen el mismo acceso a la gracia divina. Pero las idolatrías de Jonás se habían reafirmado con creces. Su aceptación de la gracia de Dios

en el capítulo 2 había sido sobre todo intelectual: no había penetrado en su corazón. Jonás representa una advertencia de que los corazones humanos nunca cambian rápida o fácilmente, incluso cuando el mentor directo de una persona es Dios. De la misma manera que Pablo tuvo que reprender a Pedro por su incapacidad de usar el evangelio para acabar con su racismo, Dios todavía no había acabado su obra en Jonás.

Alguien dijo una vez que si usted quiere averiguar en qué punto de su sótano hay ratas, no debería bajar los escalones lentamente, haciendo mucho ruido. Entonces mirará a su alrededor y no verá nada. Si quiere saber realmente qué pasa allí abajo, tiene que sorprenderlas: baje corriendo y saltando los escalones. Entonces verá un montón de colitas que se escabullen a toda prisa. Por lo tanto, la verdadera naturaleza de nuestros corazones se revela bajo presión, en las experiencias de la vida real. Por ejemplo, todos los cristianos dicen y creen que Cristo es su salvador; no lo es su carrera profesional ni su riqueza. Lo importante es lo que Cristo piense de nosotros, no la aprobación humana. Esto es lo que *decimos*. Pero, si bien, Jesús es nuestro salvador en principio, hay otras cosas que siguen reclamando su poder sobre nuestros corazones. Jonás nos demuestra que una cosa es creer el evangelio con nuestras mentes y otra grabarlo en lo profundo de nuestros corazones de modo que afecte a todo lo que pensamos, sentimos y hacemos. En gran medida, a Jonás le seguía controlando la idolatría.

Los ídolos, el pensamiento y el sentimiento

La idolatría ha distorsionado el pensamiento de Jonás.[110] Se

lanza a una perorata que la mayoría de personas consideraría desmesurada. ¡¿Cómo podía Jonás estar furioso porque Dios es compasivo, amoroso y paciente?! Por el mismo motivo por el que se podía engañar tan fácilmente a un Jacob enamorado o por el que el codicioso Zaqueo podía traicionar a su país y a quienes le rodeaban. Todos estaban cegados por sus ídolos.

Cuando un ídolo toma el control de su corazón, crea una serie de definiciones espurias del éxito y el fracaso, de la felicidad y la tristeza. Redefine la realidad en sus propios términos. Casi todo el mundo piensa que un Dios todopoderoso de amor, paciencia y compasión es algo positivo. Pero si, debido a su ídolo, su bien último es el poder y el estatus de su pueblo, entonces todo aquello que se interponga en ese camino es, por definición, malo. Cuando el amor de Dios le impidió aplastar a los enemigos de Israel, Jonás, motivado por su ídolo, se vio forzado a considerar que el amor de Dios era negativo. Al final, los ídolos pueden conseguir que llamemos bien al mal y mal al bien.[111]

Los ídolos no sólo distorsionan nuestros pensamientos, sino también nuestros sentimientos.

> *Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto? Y salió Jonás de la ciudad, y acampó hacia el oriente de la ciudad, y se hizo allí una enramada, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué acontecería en la ciudad. Y preparó Jehová Dios una calabacera, la cual creció sobre Jonás para que hiciese sombra sobre su cabeza, y le librase de su malestar; y Jonás se alegró grandemente por la calabacera. Pero al venir el alba del día siguiente, Dios preparó un gusano, el cual hirió la calabacera, y se secó. Y aconteció que al salir el sol, preparó Dios un recio*

viento solano, y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y se desmayaba, y deseaba la muerte, diciendo: Mejor sería para mí la muerte que la vida. Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? Y él respondió: Mucho me enojo, hasta la muerte.

(Jonás 4:4-9)

Jonás salió de la ciudad que despreciaba y se hizo un refugio contra el sol. Seguía teniendo la esperanza de que Dios se arrepintiera de su benevolencia y acabara con Nínive. Pero ahora a Dios le preocupaba Jonás. Permitió que creciera una planta *gigayon*, una viña de crecimiento rápido, que proporcionaron sombra y frescor a su refugio. El verdor y la comodidad fueron un alivio para el profeta abatido. Pero entonces Dios introdujo en su vida otra decepción, aunque a menor escala, haciendo que la planta muriese. Las emociones de Jonás estaban tan magulladas que este nuevo desencanto volvió a llevarle al borde de la locura. Una vez más, estaba demasiado furioso para seguir viviendo. Esta vez, cuando Dios le preguntó si su ira estaba justificada, Jonás respondió que sí, que "se enojaba hasta la muerte".

Dios le confrontó con la realidad. No le dijo que la ira sea mala, dado que él mismo habla regularmente de su "ira ardiente" contra la injusticia y la maldad. Sin embargo, la ira de Jonás era injustificada y desproporcionada.

La idolatría distorsiona nuestros sentimientos. De igual manera que los ídolos son cosas buenas que se han convertido en objetivos últimos, los deseos que generan nos paralizan y sobrepasan. Los ídolos generan creencias falsas, como "Si no consigo X, mi vida no tendrá sentido", o "Como he perdido Y o he fracasado en Z, nunca volveré a ser feliz o jamás me

perdonarán". Estas creencias magnifican las decepciones y los fracasos ordinarios convirtiéndolos en experiencias que destruyen la vida.

Una joven llamada Mary era una músico competente que en determinado momento asistió a mi iglesia. Durante muchos años, había luchado contra un trastorno mental, entrando y saliendo de diversos psiquiátricos. Como yo era su pastor, me dio permiso para hablar con su terapeuta, de modo que mi guía pastoral de su persona tuviera un buen fundamento. Su consejera me dijo: "Mary idolatra literalmente la aprobación de sus padres y ellos siempre han querido que sea una música de talla mundial. Es bastante buena, pero no ha alcanzado la cima de su profesión y no soporta vivir con la idea de que ha decepcionado a sus padres". La medicación le ayudaba a batallar contra su depresión, pero no podía llegar a la raíz del problema, que era una creencia falsa impulsada por un ídolo. Ella se decía: "Si no puedo ser una violinista famosa, he decepcionado a mis padres y mi vida es un fracaso". Estaba lo bastante angustiada y se sentía lo bastante culpable como para morir. Cuando Mary empezó a creer el evangelio, descubriendo que había sido salvada por gracia, no por su talento musical, y que *"aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá"* (Sal. 27:10), empezó a liberarse de su necesidad idolátrica de recibir la aprobación de sus padres. Con el tiempo, su depresión y su ansiedad empezaron a disiparse, y pudo recuperar su vida y su carrera musical.

Existe una culpa legítima, que se elimina mediante el arrepentimiento y la restitución, y luego tenemos una culpa falsa que parece irremediable. Cuando la gente afirma: "Sé que Dios me perdona, pero yo no puedo perdonarme", lo que quieren decir es

que le han fallado a un ídolo, cuya aprobación es para ellos más importante que la de Dios. Los ídolos funcionan como dioses en nuestras vidas, de modo que, si convertimos en nuestro dios nuestra profesión o la aprobación de nuestros padres, y luego fracasamos, el ídolo nos maldice desde nuestro corazón durante el resto de nuestras vidas. No podremos quitarnos de encima la sensación de fracaso.

Cuando la idolatría se proyecta al futuro, cuando algo o alguien amenaza a nuestros ídolos, esto nos produce un temor y una angustia paralizantes. Cuando se proyecta al pasado, cuando fallamos a nuestros ídolos, conduce a una culpa irremediable. Cuando la idolatría se proyecta en la vida presente, cuando las circunstancias bloquean o derriban nuestros ídolos, nos sume en la ira y el desespero.[112]

Todo esto es lo que pasaba en el corazón de Jonás. ¿Por qué había perdido su voluntad de vivir? Uno no pierde el deseo de vivir a menos que su vida carezca de sentido. El sentido de su vida era la liberación de su país. Este es un deseo positivo, pero se había convertido en algo supremo. Por consiguiente, los asirios le provocaban un odio y una ira inconcebibles, porque eran un obstáculo para alcanzar el ídolo. Ahora, los que provocaban la ira y el desespero de Jonás eran Dios y su misericordia, porque el Señor era una barrera omnipotente hacia el futuro de Israel que Jonás anhelaba.

El auténtico Jonás

Y dijo Jehová: Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche

pereció. ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?

(Jonás 4:10-11)

Dios presentó a Jonás el hecho de que a este le molestaba más que el sol le hubiera quemado la piel que aquellos miles de personas que "*no saben discernir entre su derecha y su izquierda"*. Su amor idolátrico por su propio país y su arrogancia moral habían acabado con la compasión que sintiera Jonás por las grandes ciudades y naciones del mundo. Lo único que le importaba era su propio país.

Dios era distinto. Concluyó su instrucción de Jonás estableciendo un contraste deliberado entre el profeta y él mismo. Había pedido a Jonás que abandonara su zona de confort y su seguridad, y que fuese por amor a ministrar a un pueblo que podría hacerle daño. Al principio, Jonás no quiso ir y luego accedió, pero sin compasión. Dios le dijo: *"Puede que tú no sientas compasión por esa ciudad, pero yo sí"*. Dios dejó claro que pensaba amar a aquella ciudad malvada y violenta de un modo que Jonás había rehusado amarla.

¿Qué significaba eso? ¿Cómo hizo Dios lo que no hizo Jonás?

Siglos más tarde, alguien que entró en la historia anunció a sus asombrados oyentes que él era el último Jonás (Mt. 12:39-41). Cuando Jesucristo vino al mundo, abandonó la zona de confort por antonomasia, para ministrar a un pueblo que no sólo *podía* hacerle daño, sino que se lo iba a hacer. Y para salvarles, tendría que morir por ellos. Mientras que se pensó que el Jonás originario había muerto, Jesús murió de verdad y luego resucitó. Esto fue lo

que Jesús definió como la señal de Jonás (Mt. 12:31).

Consideremos en qué otro sentido Jesús fue el Jonás postrero. En Marcos 4, leemos un relato de la vida de Jesús que evoca deliberadamente la historia del Antiguo Testamento. Se produjo una tremenda tormenta y, al igual que Jonás, Jesús dormía en medio de ella. Como los marineros, los discípulos de Jesús se sintieron aterrados y le despertaron para decirle que iban a morir. En ambos casos, la tormenta se aplacó milagrosamente y los que estaban en el barco fueron salvos por el poder de Dios.

Pero veamos la gran diferencia. A Jonás, le arrojaron solamente a una tempestad de viento y agua. Sin embargo, en la cruz, Jesús fue arrojado a la tormenta por definición: toda la justicia y el castigo divinos que merecemos por nuestras malas obras. Cuando lucho con mis ídolos, pienso en Jesús, que inclinó voluntariamente su cabeza frente a la tormenta definitiva, afrontándola directamente por mí. Se sumergió en aquella tormenta de espanto para que yo no tuviese que volver a temer ninguna tormenta de mi vida. Si hizo eso por mí, sé que mi valor, mi confianza y mi misión en la vida descansan en él. Las tormentas de este mundo pueden arrebatarme muchas cosas, incluso mi vida física, pero no mi Vida.

Dios dejó entrever a Jonás que pensaba amar a las grandes ciudades del mundo, a las perdidas, de un modo que Jonás no lo haría. En el evangelio de Jesucristo, el auténtico Jonás, Dios cumplió esa promesa.

Jonás y nosotros

El libro de Jonás acaba con una pregunta. Dios pregunta a Jonás:

"Tu amor, ¿no debería ser como el mío? ¿Dejarás de ensimismarte, abandonarás tu idolatría y empezarás a vivir para mí y para otros?". Esperamos una respuesta a esta pregunta, ¡pero nunca llega! Porque el libro acaba ahí.

Este final es brillante y satisfactorio. Es satisfactorio porque no hace falta que nos preguntemos si Jonás se arrepintió y vio la luz. Eso es lo que debió hacer. ¿Cómo lo sabemos? Bueno, ¿cómo conoceríamos su historia a menos que Jonás se la hubiera contado a otros? ¿Y *quién* iba a contar una historia en la que queda como un necio malvado en todo momento, sino un hombre cuyo corazón se vio conquistado por la gracia de Dios?

Entonces, ¿por qué no se plasma la respuesta de Jonás en su libro? Es como decir que Dios apunta una flecha de cariñosa represión al corazón de Jonás, la lanza y, de repente, Jonás se desvanece y nosotros estamos en la trayectoria. La pregunta va dirigida directamente a nosotros, porque tanto usted como yo somos Jonás. Estamos tan esclavizados a nuestros ídolos que no nos importan las personas que son diferentes, que viven en las grandes ciudades o que incluso forman parte de nuestra familia pero son difíciles de amar. ¿Estamos dispuestos a cambiar como hizo Jonás? Si es así, debemos mirar al Jonás último y a su señal, que es la muerte y la resurrección de Jesucristo.

El final de los dioses falsos

No hay nada más habitual

El ministro británico David Clarkson, que vivió en el siglo XVII, predicó uno de los sermones más exhaustivos y penetrantes sobre los dioses falsos que se haya escrito jamás.[113] Al hablar sobre la idolatría, dijo: "Aunque pocos lo reconozcan, no hay nada más habitual". Si pensamos en nuestra alma como una casa, dijo él, "los ídolos están presentes en todas las habitaciones, en todas las facultades". Preferimos nuestra propia sabiduría a la de Dios, nuestros deseos a la voluntad divina, y nuestra reputación al honor de Dios. Clarkson observó las relaciones humanas y constató que tenemos tendencia a hacerlas más influyentes e importantes para nosotros que el propio Dios. De hecho, demostró que «muchos incluso convierten a sus enemigos en su Dios… cuando les preocupa mucho, les angustia y les confunde la sensación de que los hombres amenazan su libertad, sus estados y sus vidas»; esto les preocupa más que el descontento de Dios.[114] El corazón humano es, sin duda, una cadena de montaje de ídolos.

¿Hay alguna esperanza? Sí, siempre que nos demos cuenta de que a los ídolos no se los puede derribar sin más. Debemos sustituirlos. Si lo único que intenta es desarraigarlos, vuelven a crecer; pero se los puede sustituir. ¿Por que o quién? Por el propio Dios, por supuesto. Pero con el término *Dios* no me refiero a una creencia general en su existencia. La mayoría de personas la tiene, pero, sin embargo, sus almas están repletas de ídolos. Lo que necesitamos es un encuentro vivo con Dios.

Jacob, con quien nos encontramos en el capítulo 2, sin duda creía en Dios, pero necesitaba algo más para derrotar a los dioses falsos que le esclavizaban. En Génesis 32, lo encontró. Este es uno de los relatos más poderosos y dramáticos de la Biblia. También es uno de los más misteriosos, pero es evidente que es el eje central de la vida de Jacob.

El hermano que regresó

Jacob huyó a un país lejano y, a pesar de muchos problemas, logró prosperar. Sin embargo, su tío Labán y sus primos estaban resentidos con Jacob y le tenían celos (Gn. 31:1-2). Se dio cuenta de que tendría que marcharse o enfrentar conflictos, quizá incluso a un conflicto violento. Al final, decidió regresar a su tierra natal junto con su amplia familia, sus dos esposas, Lea y Raquel, y todos sus siervos y rebaños de ovejas y vacas.

El autor de Génesis incluye una trama secundaria breve, pero importante, sobre la esposa de Jacob, Raquel, que, cuando partieron, robó los ídolos familiares a su padre Labán (Gn. 31:19). ¿Por qué lo hizo? A lo mejor, fue una especie de seguro espiritual. Quizá Raquel pensó que el Señor la ayudaría la próxima vez que tuviera un problema, como parecía ayudar a Lea; pero, si no era así, acudiría a los otros dioses. Sin embargo, al Señor no se le puede añadir a la vida como un recurso más contra los fracasos. No es un recurso más que podamos usar para alcanzar nuestros objetivos. Él *es* toda una agenda nueva. Raquel no había aprendido esto. La familia que llevaría al futuro la salvación del Señor tenía graves lacras y necesitaba la gracia.

Jacob partió rumbo a su tierra natal acompañado por toda su familia y sus bienes. A medida que se acercaba, recibió algunas

noticias alarmantes. “Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él” (Gn. 32:6). Parecía que se habían hecho realidad los peores temores de Jacob. ¿Por qué motivo acudiría Esaú a recibirle con un pequeño ejército si no fuera para atacarle? Se puso en acción. Primero, oró pidiendo ayuda a Dios. Luego, envió un enorme regalo de cabezas de ganado a Esaú, junto con algunos siervos. Después de eso, dividió a su familia y su compañía en dos, pensando que, si Esaú atacaba a una mitad, la otra tendría tiempo para huir (Gn. 32:7-8). Después de todos los preparativos, y de que ambas mitades de su grupo fueran enviadas por delante, Jacob se sentó para pasar la noche a solas.

La lucha por una bendición

Para Jacob, el día siguiente constituyó el punto culminante de toda su vida. Se había pasado los años enfrentado a Esaú. En el vientre de su madre, los gemelos Esaú y Jacob se habían mostrado inusualmente activos, “luchando” uno con otro (Gn. 25:22). Mientras crecían, Jacob rivalizó con Esaú para obtener el favor y el amor de su padre así como el honor y el liderazgo de su familia. Su padre siempre favorecía a Esaú por encima de Jacob, y hay pocas cosas que hieran más a un hijo. Por fin, llegó el día en que Isaac debía dar a Esaú la bendición ritual que acompañaba a su primogenitura, la parte del león de las posesiones familiares. Sin embargo, Jacob se disfrazó de Esaú y engañó a su padre, casi ciego, el tiempo suficiente como para inducirle a pronunciar la bendición. Entonces, huyó. Cuando Esaú descubrió lo sucedido, juró matar a Jacob. Por lo tanto, este tuvo que huir al exilio para salvar la vida.

¿Por qué robó Jacob la bendición de Esaú? A los lectores modernos, les resulta difícil entender sus motivos. Sin duda, Jacob era consciente de que pronto descubrirían su artimaña y de que Isaac nunca le hubiera entregado a él la mayor parte de la riqueza familiar. Lo único que obtuvo Jacob fue la afirmación ceremonial. ¿Por qué renunció a tanto a cambio de tan poco? Creo que se debió a que Jacob, aunque fuera mediante un engaño, quería oír que su padre le dijese: "¡Me deleito en ti más que en cualquier otra persona de este mundo!". Por lo tanto, todo ser humano precisa una bendición. Todos necesitamos que una fuente externa nos ofrezca la seguridad de que tenemos un valor único. El amor y la admiración de aquellos a los que usted más quiere y admira superan a cualquier recompensa. Buscamos esa profunda admiración y la esperamos de nuestros padres, nuestro cónyuge y nuestros compañeros.

La vida de Jacob había consistido en un largo combate para que alguien le bendijera. Se había enfrentado a Esaú para escuchar esa bendición de labios de su padre. Había luchado con Labán para encontrarla en el rostro de Raquel. Pero no había funcionado: seguía necesitado y vacío por dentro. Las relaciones dentro de su propia familia eran turbulentas. Su forma de idolatrar a Raquel y a sus hijos había envenenado las vidas de Lea y de sus hijos, y daría un amargo fruto en el futuro.

Y, ahora, Esaú iba de camino hacia él, aquel hombre que le había apartado del amor de su padre, su herencia, su destino, su felicidad. Y venía con un ejército. Mañana se libraría la última batalla. No es de extrañar que Jacob quisiera pasar a solas su última noche y prepararse para el día del ajuste de cuentas. Pero aquella noche, en las tinieblas profundas, fue atacado

inesperadamente por una figura solitaria, con la que luchó durante horas.

El desconocido misterioso

Esta historia dramática se nos describe sucintamente:

> *Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera.*
>
> *(Génesis 32:24-31)*

¿Quién era ese personaje misterioso? El narrador oculta deliberadamente su identidad al lector, pero deja unas cuantas pistas. Primero, vemos el "toque" poderoso (v. 28). El término hebreo traducido como "tocó" significa literalmente un contacto o golpecito leve. El otro luchador no tuvo más que tocar suavemente la cadera de Jacob con su dedo y aquella se salió de su coyuntura, dejándole cojo de por vida. Ahora, se hizo evidente que el contendiente había estado conteniendo su fuerza para no matar a

Jacob. Tenía un poder enorme, sobrehumano.

Además, aquel personaje insistió en que debía marcharse antes del alba. ¿Por qué? Jacob sabía que nadie podía contemplar el rostro de Dios y vivir (Éx. 33:20). Más tarde, Jacob se dio cuenta de que ese era el motivo de que su adversario quisiera irse antes de la salida del sol. Fue para la protección del propio Jacob, porque, como él dijo, “vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”. Esto puede significar que, gracias a la escasa claridad del cielo que precede al alba, pudo distinguir las líneas del rostro del luchador divino antes de que este se desvaneciera. Si hubiera visto el rostro de Dios a la clara luz del día, habría muerto.

Superando la debilidad

Jacob reconoció con quién luchaba: ¡el propio Dios! Cuando se dio cuenta, y vio que salía el sol, Jacob realizó lo más impresionante que había hecho jamás. No lo más razonable, que hubiera sido gritar: “¡Déjame, déjame ir! ¡No quiero morir!”. En lugar de eso, hizo exactamente lo opuesto. Se aferró con fuerza a su adversario y dijo: “¡No dejaré que te vayas hasta que me bendigas!”.

Jacob vino a decir algo de este tenor:

¡Qué tonto he sido! Esto es lo que he estado esperando toda la vida. ¡La bendición de Dios! La busqué en la aprobación de mi padre. La busqué en la belleza de Raquel. Pero estaba en ti. Ahora, no te dejaré marchar hasta que me bendigas. Eso es lo único importante. Me da lo mismo morir en el proceso, porque, si no tengo la bendición de Dios, no tengo nada. Nada puede sustituirla.

Como resultado, leemos que Dios "lo bendijo allí". Son unas palabras hermosas y misteriosas. En la Biblia, una bendición siempre es oral, de modo que Dios debió poner esas palabras en el corazón de Jacob. ¿Cuáles fueron? No se nos dice. ¿Se parecieron a la voz que pronunció la bendición desde el cielo al gran descendiente de Jacob, *"Tú eres mi hijo amado, en quien tengo complacencia"*? (Mr. 1:11) No conocemos las palabras exactas, pero no hay nada más grande que la bendición de Dios. Y Jacob se alejó como la propia imagen de alguien que ha creído al evangelio, porque quedó cojo de por vida, pero lleno para siempre. Había sido humillado, pero, al mismo tiempo, enaltecido.

¡Así que Jacob venció! *"Porque has luchado con Dios... y has vencido".* Fue victorioso porque, una vez descubrió la divinidad de aquel luchador misterioso, no huyó, sino que se aferró más a él. Por fin, Jacob obtuvo la bendición que había anhelado toda la vida. Poco después, Jacob se encontró con Esaú y su banda de hombres, y se sintió aliviado al descubrir que su hermano había acudido a recibirle en paz y a darle la bienvenida al hogar. Por tanto, aquella lucha había concluido.

La debilidad de Dios

A estas alturas, el lector de la vida de Jacob puede sentirse confuso. En ningún episodio de su vida aparece Jacob como un héroe. Nunca se comportó como un ejemplo moral; en lugar de eso, siempre actuó de maneras necias, arteras o incluso depravadas. No parecía merecer ni una sola bendición de Dios. Si Dios es santo y justo, ¿por qué mostró gracia a Jacob? ¿Por qué tuvo que fingir debilidad para evitar matarlo, le dio luego pistas sobre quién era y acabó bendiciéndole por el único motivo de que

Jacob no le soltaba?

Encontramos la respuesta a nuestras preguntas más tarde en la Biblia, cuando el Señor volvió a aparecerse como hombre. Allí, en las tinieblas, con Jacob, Dios fingió debilidad para respetarle la vida. Pero, en las tinieblas del Calvario, el Señor se apareció como hombre y se hizo realmente débil para salvarnos. Jacob se aferró a su adversario, obediente, incluso a riesgo de perder la vida, con objeto de obtener una bendición para él. Pero, cuando se enfrentó a la cruz, aunque podría haberla evitado, Jesús siguió adelante, obediente, aun a costa de su vida, para obtener una bendición no para él, sino para nosotros.

> *Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.*
>
> *(Gálatas 3:13-14)*

¿Cómo es que Jacob pudo acercarse tanto a Dios y no morir? Fue porque Jesús se hizo débil y murió en la cruz para pagar el castigo por nuestro pecado. La bendición de Dios, hecha a Abraham, "viene… por medio de Cristo Jesús, de modo que podamos recibir la promesa del Espíritu". ¿Qué era esa "promesa del Espíritu"? Más adelante, en Gálatas, Pablo escribe que "Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6). *Abba* era el diminutivo arameo de "padre", que podría traducirse como "papá". Es un término que expresa la confianza que tiene un niño pequeño en el amor de su padre. Pablo dice que, si creemos al evangelio, el Espíritu de Dios hará que su amor y su bendición sean una realidad existencial en

su corazón.

¿Has escuchado la bendición de Dios en lo más íntimo de su ser? Las palabras "*tú eres mi hijo amado, en quien tengo complacencia*", ¿son para ti una fuente inagotable de alegría y de fortaleza? ¿Has sentido que Dios te habla por medio del Espíritu Santo? Esta bendición, a través del Espíritu que es nuestro gracias a Cristo, es la que recibió Jacob y es el remedio exclusivo contra la idolatría. Esta bendición es lo único que hace que los ídolos sean innecesarios. Como en el caso de Jacob, normalmente descubrimos esto sólo después de una vida de "buscar la bendición en todos los lugares equivocados". A menudo, hace falta una experiencia de debilidad aplastante para descubrir por fin la bendición. Por eso, muchas de las personas más bendecidas por Dios cojean mientras bailan de puro gozo.

Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres,
y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

(1 Corintios 1:25)

Epílogo: Identifica y sustituye tus ídolos

La importancia de discernir los ídolos

Es imposible comprender tu corazón o tu cultura si no disciernes a los dioses falsos que influyen en ella. En Romanos 1:21-25, el apóstol Pablo nos enseña que la idolatría no es sólo un pecado entre muchos y nos dice cuál es el problema fundamental del corazón humano:

> *Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias… ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador.*
>
> *(Romanos 1:21, 25)*

Pablo prosigue haciendo una larga lista de pecados que generan tristeza y maldad en el mundo, pero todos hunden sus raíces en esta tierra, el impulso humano inexorable de "crear dioses".[115] En otras palabras, *la idolatría siempre es el motivo de que hagamos algo mal*. Nadie entendió esto mejor que Martín Lutero. En su *Catecismo mayor* (1529) y en su *Sermón sobre buenas obras*, escribió que los Diez Mandamientos empiezan con un mandamiento contra la idolatría. ¿Por qué ocupa el primer lugar? Porque, sostenía él, la motivación fundamental de la ilegalidad es la idolatría.[116] Siempre que transgredimos uno de los otros mandamientos, desobedecemos también el primero. ¿Por qué no logramos amar, cumplir las promesas o vivir de forma altruista?

Por supuesto, la respuesta general es "porque somos débiles y pecadores", pero la respuesta concreta en toda circunstancia actual es que existe algo que nosotros sentimos que *debemos* tener para ser felices, algo que para nuestro corazón es más importante que el propio Dios. No mentiríamos si antes no hubiésemos hecho que algo (la aprobación humana, la reputación, el poder sobre otros, los beneficios económicos) fuera más importante y valioso para nuestros corazones que la gracia y el favor de Dios. El secreto para cambiar es identificar y desmantelar los dioses falsos de su corazón.[117]

Resulta imposible entender una cultura sin discernir sus ídolos. Los filósofos judíos Halbertal y Margalit dejan claro que la idolatría no es solamente una forma de adoración ritual, sino toda una sensibilidad y un patrón de vida basado en valores finitos y en convertir las cosas creadas en absolutos divinizados. Por consiguiente, en la Biblia apartarse de los ídolos siempre supone el rechazo de la cultura que producen aquellos. Dios dice a Israel que no sólo deben rechazar los dioses de otras naciones, sino que tampoco *"harás como ellos hacen"* (Éx. 23:24). No hay manera de retar a los ídolos sin caer en la crítica cultural, ni hay modo alguno de hacer una crítica cultural sin discernir los ídolos y desafiarlos.[118] Un buen ejemplo de esto es la predicación de Pablo en Atenas (Hch. 17) y Éfeso (Hch. 19). Pablo retó a los dioses de la ciudad de Éfeso (Hch. 19:26), lo cual produjo una perturbación tan grande en las pautas consumistas de los nuevos conversos que alteró la economía local. Esto, a su vez, provocó un alboroto dirigido por los mercaderes de la zona. Los observadores contemporáneos han destacado a menudo que los cristianos modernos son tan materialistas como todos los demás miembros de nuestra cultura. ¿Podría deberse a que nuestra predicación del

evangelio no incluye, como lo hacía la de Pablo, la denuncia de los dioses falsos de nuestra cultura?

La identificación de los ídolos

No estoy preguntando si tenemos o no dioses rivales. Doy por hecho que todos los tenemos; están ocultos en todos nosotros.[119] La pregunta es: ¿qué hacemos al respecto? ¿Cómo debemos actuar para gozar de una vista cada vez más penetrante en vez de seguir sometidos a su poder? ¿Cómo podemos vernos libres de nuestros ídolos de modo que tomemos decisiones sólidas y sabias que sean lo mejor para nosotros y para quienes nos rodean? ¿Cómo discernir nuestros ídolos?

Una de las vías consiste en usar la imaginación. El arzobispo William Temple dijo en cierta ocasión: “Su religión es lo que hace en su soledad”.[120] En otras palabras, el verdadero dios de nuestro corazón es el punto al que se dirigen nuestros pensamientos, sin esfuerzo por nuestra parte, cuando no hay nada más que exija prestar atención. ¿En qué le gusta soñar despierto? ¿Qué ocupa su mente cuando no tiene nada más en que pensar? ¿Sueña con ascensos profesionales? ¿En bienes materiales como la casa de sus sueños? ¿En la relación con una persona concreta? Uno o dos sueños de este tipo no son indicativos de la idolatría. Pregúntese, más bien, en qué piensa habitualmente para obtener el gozo y el confort en la privacidad de su corazón.

Otra forma de discernir el verdadero amor de su corazón es fijarse en cómo gasta su dinero. Jesús dijo: *“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Mt. 6:21). Su dinero fluye sin esfuerzo hacia el máximo amor de su corazón. De hecho, la señal identificativa de un ídolo es que usted gasta

demasiado dinero en él y debe intentar controlarse sin cesar. Como ha escrito Pablo, si Dios y su gracia son lo que usted ama en el mundo, dará su dinero al ministerio eclesial, a obras de beneficencia y a los pobres, en cantidades asombrosas (2 Co. 8:7-9). Sin embargo, la mayoría de nosotros tiende a gastar demasiado en ropa, en nuestros hijos o en símbolos de posición social, como hogares y coches. Nuestros patrones de consumo revelan nuestros ídolos.

Una tercera manera de identificar a los ídolos es la más eficaz para quienes han profesado su fe en Dios. Seguramente, va de forma periódica a un lugar de adoración. Puede que tenga un conjunto completo y devoto de creencias doctrinales. A lo mejor, se esfuerza de verdad en creer y obedecer a Dios. Sin embargo, ¿cuál es su salvación real, diaria y funcional? ¿Para qué vives en realidad, cuál es tu dios real, no el que profesas? Una buena manera de discernir esto es ver cómo reaccionas ante las oraciones sin respuesta y a las esperanzas frustradas. Si pide algo que no recibe, puede entristecerse o sentirse decepcionado. Entonces, sigue adelante con su vida. Pero, cuando ora y lucha por algo y no lo obtiene, y reacciona con una ira explosiva o un desespero profundo, seguramente habrá descubierto a su dios verdadero. Como Jonás, se enfurece hasta el punto de desear la muerte.

Hay una prueba final que funciona para todo el mundo. Fíjese en sus emociones más incontrolables.[121] De la misma manera que un pescador sabe que debe ir donde el agua esté agitada, busca tus ídolos en el fondo de tus emociones más dolorosas, sobre todo las que nunca parecen abandonarte y que te impulsan a hacer cosas que sabe que están mal. Si está furioso, pregúntate: "¿Hay algo aquí demasiado importante para mí, algo que debo tener a toda

costa?". Haz lo mismo cuando sientas miedo intenso, desesperación y culpa. Pregúntate: "¿Siento tanto miedo porque veo amenazado algo que hay en mi vida y que yo considero una necesidad aunque no lo es? ¿Me siento tan abatido porque he perdido algo o he fracasado en un objetivo que creo que es una necesidad cuando no lo es?". Si trabaja demasiado, si se agota debido a una actividad frenética, pregúntate: "¿Siento que *debo* conseguir eso para considerarme realizado e importante?". Cuando te formules preguntas como estas, cuando "arranca de raíz sus emociones", por así decirlo, a menudo te darás cuenta de que tus ídolos se encuentran agarrados a ellas.

David Powlison escribe:

> *...esa pregunta tan básica que Dios formula a todo corazón humano: "¿Ha habido algo o alguien que, aparte de Jesucristo, ha reclamado la confianza funcional de su corazón, su preocupación, su lealtad, su servicio, su miedo y su alegría?". Las preguntas... sacan a la superficie algunos de los sistemas idolátricos de las personas. "¿A qué o a quién recurre para obtener una estabilidad que sustente su vida, la seguridad y la aceptación?... ¿Qué quiere y espera de verdad [de esta vida]? ¿Qué le haría feliz [de verdad]? ¿Qué le convertiría en una persona digna de aceptación? ¿Dónde busca el poder y el éxito?" Estas preguntas, y otras parecidas, revelan si servimos a Dios o a los ídolos, si buscamos la salvación en Cristo o en salvadores espurios.*[122]

Sustituir a los ídolos

En la epístola de Pablo a los Colosenses, les exhortó a "hacer morir" los malos deseos del corazón, incluyendo "la avaricia, que es idolatría" (Col. 3:5). Pero, ¿cómo hacerlo? Pablo les señaló el camino en los versículos anteriores.

> *Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.*
> *(Colosenses 3:1-5)*

La idolatría no consiste solamente en no obedecer a Dios: es poner todo el corazón en algo aparte de Dios. Esto no se puede remediar sólo arrepintiéndose de tener un ídolo, o usando la fuerza de voluntad para intentar vivir de forma distinta. Apartarse de los ídolos no es menos que esas dos cosas, pero también es mucho más. *"Poner la mira y el corazón en las cosas de arriba"*, donde *"vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"* (Col. 3:1-3), significa que aprecia, se regocija y descansa sobre lo que Jesús ha hecho por nosotros. Conlleva la adoración gozosa, un sentido de la realidad divina en la oración. Jesús debe volverse más hermoso para su imaginación, más atractivo para su corazón, que su ídolo. Esto es lo que sustituirá a sus dioses falsos. Si desarraiga el ídolo y no "planta" el amor de Cristo en su lugar, el ídolo volverá a crecer.

El regocijo y el arrepentimiento deben ir de la mano. El arrepentimiento sin regocijo conducirá al desespero. El

arrepentimiento sin regocijo es superficial y sólo ofrecerá una inspiración transitoria en vez de un cambio profundo. Ciertamente, si nos regocijamos en el amor sacrificado de Jesús por nosotros es cuando, paradójicamente, estamos más convencidos de nuestro pecado. Cuando nos arrepentimos por miedo a las consecuencias, en realidad no sentimos el pecado, sino que nos compadecemos de nosotros mismos. El arrepentimiento basado en el miedo ("Mejor que cambie para que Dios no me castigue") es, en realidad, autocompasión. Al usar el arrepentimiento basado en el temor, no aprendemos a odiar el pecado por sí mismo, y este no pierde su capacidad de atracción. Sólo procuramos no cometerlo para no sufrir. Pero cuando nos regocijamos por el amor sacrificado, sufriente, de Dios por nosotros, viendo lo que le costó salvarnos del pecado, aprendemos a odiar el pecado por lo que es. Entendemos qué le costó a Dios nuestro pecado. Lo que más nos asegura el amor incondicional de Dios (la muerte costosa de Jesús) es lo que más nos convence de la maldad del pecado. El arrepentimiento fundado en el temor hace que nos odiemos a nosotros mismos. El arrepentimiento basado en el gozo nos hace odiar el pecado.

Regocijarse en Cristo también es esencial, porque los ídolos casi siempre son cosas *buenas*. Si hemos convertido en ídolos nuestro trabajo y a nuestra familia, no queremos dejar de amarlos. Más bien, deseamos amar a Cristo *tanto* que nuestros apegos ya no nos esclavicen. En la Biblia, "regocijarse" es algo mucho más profundo que simplemente estar contento por algo. Pablo nos instruyó a "regocijarnos en el Señor siempre" (Fil. 4:4), pero esto no significa "sentirse siempre felices", dado que nadie puede ordenar a una persona que siempre le embargue una emoción concreta. Regocijarse es atesorar algo, evaluar lo que vale para

nosotros, reflexionar sobre su belleza y su importancia hasta que nuestro corazón descanse sobre ello y guste su dulzura. “Regocijarse” es una manera de alabar a Dios hasta que el corazón se endulce y repose, y hasta que se desprenda de cualquier otra cosa que piense que necesita.

El evangelio en vídeo

Henry y Kevin habían perdido sus empleos debido a un acto injusto por parte de sus jefes y acudieron a verme para que les aconsejase, con una diferencia de un año. Henry perdonó a su jefe, pasó página y le iba muy bien, mientras que Kevin no pudo superar aquel escollo; siguió encallado en la amargura y el cinismo, lo cual afectó a su futuro profesional. Algunas personas intentaron ayudarle trabajando sus emociones. Cuanta más simpatía mostraban los demás a Kevin, más justificada pensaba que era su ira y más aumentaba su autocompasión. Otras personas probaron trabajar directamente sobre su voluntad (“supéralo y sigue adelante”). Eso tampoco funcionó. El evangelio actúa de otro modo. No lo hace directamente sobre las emociones o la voluntad. El evangelio pregunta: ¿Qué opera en lugar de Jesucristo como su salvación y su Salvador real y funcional? ¿Qué busca para justificarse? Sea lo que fuera, es un dios falso y para introducir un cambio en su vida usted debe identificarlo y rechazarlo como tal.

Kevin esperaba que su carrera demostrase su valía y, cuando algo salió mal, se sintió condenado. Se quedó petrificado, porque los cimientos mismos de su identidad se habían fracturado. No progresó hasta que entendió que había convertido su trabajo en su salvador. No se trataba sólo de que tuviera que perdonar a su jefe; su verdadero problema era que había algo, aparte de Jesucristo,

que funcionaba como su salvador. Siempre hay algo subyacente en nuestros problemas, deseos, patrones, actitudes y emociones desmedidos y descontrolados. Hasta que descubramos lo que es, no podremos tener vida y paz.

Kevin logró comprender que, aunque técnicamente creía que Dios le amaba con una gracia preciosa, esta no era una verdad absoluta que hubiera penetrado su corazón y su imaginación. Lo que le dijo su jefe fue más real e influyó más en su corazón que lo que le había dicho el Rey del universo. Es posible escuchar una pista de audio mientras se hacen otras tareas en casa, pero ver y escuchar una exposición visual resulta mucho más absorbente. Llena nuestra visión. De la misma manera, puedes conocer el amor de Cristo con tu mente, pero no con tu corazón, como en el caso de Kevin. ¿Cómo se puede remediar esto? ¿Cómo podemos "poner en vídeo" las verdades del evangelio de modo que conformen todo lo que sentimos y hacemos?

Esto requiere lo que se llaman "las disciplinas espirituales", como la oración privada, la adoración colectiva y la meditación.[123] Las disciplinas toman el conocimiento cognitivo y lo convierten en una realidad transformadora en nuestros corazones y en nuestra imaginación. Las disciplinas espirituales son, básicamente, formas de *adoración*, y esta es la manera definitiva para sustituir los ídolos de su corazón. Usted no encontrará remedio simplemente al averiguar intelectualmente cuáles son sus ídolos. Tiene que experimentar de verdad la paz que da Jesús, y esta sólo se obtiene cuando adora. El análisis puede ayudarle a descubrir verdades, pero entonces necesita "orarlas" hasta que penetren en nuestro corazón. Esto requiere tiempo. Es un proceso sobre el que hay mucho que decir, pero que no podemos explorar en este libro.

Ten paciencia

Creo que este proceso ocupará el resto de nuestras vidas. En las décadas de 1960 y 1970, al oeste de Pennsylvania se estaba construyendo la Interestatal 76. Mi esposa, Kathy, a menudo recorría esa ruta en coche, desde su hogar en Pittsburgh a su universidad en Meadville, Pennsylvania, y hasta el lugar donde su familia iba de vacaciones, junto al lago Erie. Durante años, la carretera quedó sin terminar en un punto, donde había un pantano especialmente problemático. Al menos en una ocasión, los obreros aparcaron una excavadora en lo que parecía tierra firme. Sin embargo, a la mañana siguiente descubrieron que se había hundido. A menudo, cuando clavaban pilotes en un intento de llegar a la roca madre, estos desaparecían.

Nuestros corazones son así. Pensamos que hemos aprendido sobre la gracia, hemos dejado a un lado a nuestros ídolos y hemos alcanzado un punto en el que servimos a Dios no por lo que nos dará, sino por ser quien es. En cierto sentido, nos pasamos toda la vida pensando que hemos alcanzado el fondo de nuestros corazones, y descubriendo que es un falso fondo. Los cristianos maduros no son las personas que ya han llegado a la roca madre. No creo que eso sea posible en esta vida. Más bien, se trata de personas que saben cómo seguir excavando y que cada vez se acercan más.

El gran pastor y compositor de himnos John Newton escribió en cierta ocasión sobre esta lucha:

> *Si hablo por propia experiencia, descubro que mantener mi vista en Cristo, como mi paz y mi vida, es con mucho la parte más difícil de mi llamamiento… Parece más*

sencillo negarse a uno mismo en mil casos de conducta externa que en sus esfuerzos constantes por actuar como principio de justicia y de poder.[124]

El hombre o la mujer que conoce la diferencia a la que se refiere Newton (la diferencia entre obedecer las normas de conducta externa en lugar de poner el corazón en Cristo como su paz y su vida) va por el camino que lleva a la liberación de los falsos dioses que nos controlan.

Notas

Introducción: La fábrica de ídolos

1. Todos estos suicidios se produjeron entre mayo de 2008 y abril de 2009. Se recopilaron en un blog en http://copycateffect.blogspot.com/2009/04/recess-x.html.
2. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. George Lawrence (Nueva York, Harper, 1988), p. 296, citado en Andrew Delbanco, *The Real American Dream: A Meditation on Hope* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1999), p. 3.
3. *Ibíd.*
4. David Brooks, "The Rank-Link Imbalance", *New York Times*, 14 de marzo de 2008.
5. El uso de la idolatría como categoría principal para el análisis psicológico y sociocultural ha ido tomando fuerza dentro del mundo académico en los últimos quince años. Primero, fue la época de Feuerbach, Marx y Nietzsche, que usaron el vocabulario de la "idolatría" para criticar la religión y el propio cristianismo, diciendo que la Iglesia había creado a Dios a su propia imagen, para cumplir sus propios intereses. Véase Merold Westphal, *Suspicion and Faith: The Religious Uses of Modern Atheism* (The Bronx: Fordham, 1999). Tras ser olvidado, el concepto ha sido objeto de un tratamiento pionero, serio y académico por parte de dos destacados filósofos judíos, Moshe Halbertal y Avishai Margalit, en *Idolatry* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1992). Basándose en esta obra, se ha producido una oleada reciente de estudios académicos sobre el tema. Por ejemplo, véase C. Barton, ed., *Idolatry: False Worship in the Bible, Early Judaism, and Christianity* (Londres y Nueva York: T. and T. Clark, 2007); G. K. Beale, *We Become What We Worship: A Biblical Theology of Idolatry* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2008); Edward P. Meadors, *Idolatry and the Hardening of the Heart: A Study in Biblical Theology* (Londres y Nueva York: T. and T. Clark, 2006); Brian S. Rosner, *Greed as Idolatry: The Origin and Meaning of a Pauline Metaphor* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007).
6. En la Biblia, la idolatría incluye, por supuesto, la adoración ritual de dioses que no fueran el verdadero Dios de Israel. Esto significa inclinarse ante ellos, "besar su mano" o hacer sacrificios a los dioses de otras religiones y naciones (Éx. 20:3, 23:13; Job 31:26-28; Sal. 44:20-21). Quien haga tales cosas rechaza la salvación de Dios (Jon. 2:8). Pero la Biblia deja claro que no podemos limitar la idolatría a la postración literal ante las imágenes de los dioses falsos. Puede hacerse en lo profundo del alma y del corazón sin que medie una manifestación externa y literal (Ez. 14:3 y ss.). Consiste en sustituir a Dios por alguna cosa creada, en el corazón, en el centro de la vida. Por ejemplo, el profeta Habacuc habla de los babilonios, que "atribuyen su fuerza a su dios" (Hab. 1:11) y a su poderío militar, al que "hacen

sacrificios… y ofrecen sahumerios" (Hab. 1:16). En Ezequiel 16 y Jeremías 2–3, los profetas acusan a Israel de idolatría porque firmaron tratados de protección con Egipto y Asiria. Estos tratados ofrecían el pago de elevados impuestos y de la subyugación política a cambio de defensa militar. Los profetas consideraban que esto era idolatría, porque Israel dependía de Egipto y de Asiria para obtener la seguridad que sólo Dios podía darles (Halbertal y Margalit, *Idolatry*, pp. 5-6). Cuando el rey Saúl desobedeció la palabra del Señor transmitida por Samuel y empezó a llevar sus negocios y la política exterior de un modo típico de los poderes imperialistas, el profeta Samuel le dijo que la desobediencia arrogante al Señor *era* idolatría (1 S. 15:23). Por lo tanto, en la Biblia la idolatría consiste en mirar a nuestra propia sabiduría y competencia, o a alguna otra cosa creada, para obtener el poder, la aprobación, el confort y la seguridad que sólo Dios puede darnos. Una de las exposiciones protestantes clásicas de la idolatría es la que hallamos en el sermón del puritano David Clarkson "La idolatría del alma excluye a los hombres del cielo" (*The Works of David Clarkson* [Edimburgo: James Nichols, 1864], vol. 2). Clarkson distingue entre la idolatría "externa", que supone postrarse literalmente ante una imagen física, y la "interna", que consiste en un acto del alma. "Cuando la mente queda absorbida por un objeto en quien se centran el corazón y los afectos, esto es la adoración *del alma*; y esto es… una honra que sólo merece el Señor, ocupar el primer lugar, el más alto, tanto en nuestras mentes como en nuestros corazones y proyectos" (p. 300).

7. Tom Shippey, *J. R. R. Tolkien: Author of the Century* (Nueva York: Houghton Mifflin, 2000), p. 36.

8. Hacia el final de su obra magistral *Idolatry*, Moshe Halbertal y Avishai Margalit resumen de la siguiente manera la naturaleza de la idolatría. "Conferir a algo un valor último no significa literalmente atribuirle un conjunto de atributos metafísicos divinos; el acto de conceder un valor último supone una vida plena de devoción y con un compromiso último con algo o alguien. El valor absoluto se puede conferir a muchas cosas… En esta *extensión* de la adoración, la actitud religiosa se percibe no como parte de la metafísica o como una expresión de rituales habituales, sino como una forma de devoción absoluta, una actitud que convierte algo en un ser divino. Lo que convierte algo en un absoluto es que sea tanto dominante como exigente. Afirma ser superior a cualquier alternativa… Todo valor no absoluto que se convierta en absoluto y exija ser el centro de la vida dedicada es idolatría". De *Idolatry* (Cambridge, Mass.; Harvard University Press, 1992), pp. 245-246.

9. "Cuando un valor finito… [se vuelve] un *centro de valor* por el cual se juzgan otros valores… [y] se ha elevado a un lugar central y se ha imaginado como la fuente última de significado, uno ha elegido lo que los judíos y los cristianos llaman un *dios*… Para que la adoren como un dios, una cosa debe ser lo bastante buena como para que se considere justificadamente el centro de los valores de una persona… Uno tiene un dios cuando adora un valor último, al que se considera algo sin lo cual no se puede vivir feliz". Thomas C. Oden, *Two Worlds: Notes on the Death of Modernity in America and Russia* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), p. 95.

10. Margaret I. Cole, ed., *Beatrice Webb's Diaries, 1924-1932* (Londres: Longmans, Green, and Co., 1956), p. 65.

11. Brian Rosner expone estupendamente cuál es el fundamento de cada uno de estos tres modelos en la exégesis bíblica, así como en la historia de la interpretación. Véanse, sobre todo, las pp. 43-46 y el capítulo 10 en Brian S. Rosner, *Greed as Idolatry: The Origin and Meaning of a Pauline Metaphor* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007). Fundamenta buena parte de su análisis en la obra de Moshe Halbertal y Avishai Margalit, *Idolatry* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1992). La mayoría de libros sobre la idolatría tiende a enfatizar uno solo de los tres modelos.

12. Los pasajes bíblicos que definen la idolatría como un adulterio cometido contra Dios, nuestro Esposo verdadero: Jeremías 2:1–4:4; Ezequiel 16:1-63; Oseas 1–4; Isaías 54:5-8; 62:5. Véase también el capítulo 1, "Idolatry and Betrayal", en Halbertal y Margalit, *Idolatry*.

13. Los pasajes bíblicos que definen la idolatría como autosalvación, rechazando a Dios como nuestro verdadero Salvador, incluyen aquellos en los que Dios pregunta a su pueblo: "*¿Y dónde están tus dioses que hiciste para ti? Levántense ellos, a ver si te podrán librar en el tiempo de tu aflicción*" (Jer. 2:28). *Cfr.* también Jueces 10:13-14; Isaías 45:20, Deuteronomio 32:37-38. Véase asimismo 1 Samuel 15:23, donde la autosuficiencia arrogante se considera idolatría.

14. Los pasajes bíblicos que definen la idolatría como una traición espiritual contra nuestro verdadero Rey: 1 Samuel 8:6-8, 12:12; Jueces 8:23. Romanos 1:25-26 enseña que debemos "servir" y obedecer aquello a lo que adoramos y que ponemos como centro de nuestras vidas (v. 25). El versículo 26 sigue diciendo que esto significa que el corazón es presa de impulsos y deseos controladores y desordenados. En el resto del Nuevo Testamento, estos deseos idolátricos, esclavizantes (del griego *epithumia*), se mencionan siempre que se habla de la necesidad de un cambio personal. Véase Gálatas 5:16 y ss.; Efesios 2:3, 4:22; 1 Pedro 2:11, 4:2; 1 Juan 2:16; Santiago 1:14 y ss. Véase también el capítulo 8, "Idolatry and Political Authority", en Halbertal y Margalit, *Idolatry*.

15. Rebecca Pippert, *Out of the Saltshaker* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1979), p. 53.

16. El suicidio se describió en el blog citado antes en http://copycateffect.blogspot.com/2009/04/recess-x.html.

17. He cambiado este nombre, así como el de las demás personas citadas en este libro, cuyas vidas uso como ejemplos de los principios expuestos.

1. Todo lo que siempre has querido

18. Cynthia Heimel, *If You Can't Live Without Me, Why Aren't You Dead Yet?* (Nueva York: Grove Press, 2002), p. 13. Esta cita apareció originariamente en *The Village Voice*.

19. Halbertal y Margalit, *Idolatry*, p. 10.

20. Ismael, aunque era mayor, no nació de la esposa de Abraham, sino de su sierva.

Si Sara no hubiera tenido a Isaac, Ismael habría sido el heredero de Abraham.

21. Jon Levenson, *The Death and Resurrection of the Beloved Son: The Transformation of Child Sacrifice in Judaism and Christianity* (New Haven: Yale University Press, 1995).

22. Para esta versión de Job 23:10, véase Francis I. Anderson, *Job: An Introduction and Commentary* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1976), p. 230.

23. Véase 2 Crónicas 3:1. "Moria" es el nombre que reciben los montes y colinas en torno a Jerusalén. Jesús fue ejecutado en una de estas colinas.

24. Romanos 3:26.

2. El amor no es todo lo que necesitas

25. Robert Alter, *Genesis: Translation and Commentary* (Nueva York: W. W. Norton, 1996), pp. 151-157.

26. Ernest Becker, *The Denial of Death* (Nueva York: Free Press, 1973), p. 160.

27. Ernest Becker, *The Denial of Death*, p. 167.

28. Ha habido una profusión de artículos y libros sobre este cambio cultural menor. Véase el artículo de Barbara F. Meltz, "Hooking Up Is the Rage, but Is It Healthy?", en *The Boston Globe*, 13 de febrero de 2007. Véase también Laura Sessions Stepp, *Unhooked: How Young Women Pursue Sex, Delay Love, and Lose at Both* (Nueva York: Riverhead, 2007).

29. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* libro II, capítulo 5, "Moralidad Sexual".

30. ¿Por qué Jacob no se limitó a negarse a seguir adelante con aquel engaño osado y evidente? Una vez más, las explicaciones de Robert Alter tienen un valor incalculable. Cuando Jacob pregunta "¿Por qué me has *engañado*?", el término hebreo es el mismo que se usa en el capítulo 27 para describir lo que Jacob le hizo a Isaac. Alter cita entonces a un comentarista rabínico de la antigüedad que imagina la conversación que mantuvieron al día siguiente Jacob y Lea. Jacob dice a Lea: "¡Llamé «Raquel» en la oscuridad y me respondiste! ¿Por qué me hiciste eso?". Y Lea le dice: "Tu padre llamó «Esaú» en la oscuridad y le respondiste. ¿Por qué le hiciste eso?". La ira de Jacob muere en sus labios. Entiende lo que es ser manipulado y engañado, y acepta mansamente la oferta de Labán.

31. Es probable que, dado que la mayoría de matrimonios se concertaba de esta manera, muchas mujeres no se sintieran amadas por sus maridos, de modo que este relato despertaría un eco en muchos lectores de la antigüedad. Si a un lector moderno le parece ofensivo este proceder de los hombres, comprar y vender a las mujeres, sería importante recordar que el énfasis principal de la narrativa del Génesis es minar esa práctica al describirla tan negativamente. Robert Alter, en *The Art of Biblical Narrative*, dice que, si usted lee el libro de Génesis y piensa que respalda el derecho de primogenitura, la poligamia y la compra de las novias, es que lo malentiende. A lo largo del libro, la poligamia siempre provoca catástrofes. Nunca funciona. Lo único que vemos es el sufrimiento que las instituciones patriarcales causan en las familias. Alter llega a la conclusión de que todos los

relatos en Génesis son *subversivos* respecto a aquellas antiguas prácticas patriarcales.

32. La mayoría de las traducciones inglesas ofrecen notas al pie para decirle lo que significan los nombres. Lea dio a luz a su primer hijo y le llamó Rubén, que significa "ver", porque pensó: "Quizá ahora mi esposo me verá; ya no seré invisible para él". Eso no sucedió. Entonces, tuvo un segundo hijo, y le llamó Simeón, un término que tiene que ver con el oído. "Ahora quizá mi marido me escuchará por fin". Una vez más, no sirvió de nada. Entonces, tuvo un tercer hijo y le llamó Leví, que significa "estar apegado", y dijo: "Por fin, ahora que le he dado *tres* hijos, el corazón de mi marido se volverá a mí".
33. Derek Kidner, *Genesis: An Introduction and Commentary* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1967), p. 160.
34. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (diversas ediciones), libro III, capítulo 10, "La esperanza".
35. C. S. Lewis, *Mero cristianismo*, "La esperanza".
36. Ernest Becker, *The Denial of Death*, pp. 166-167.
37. Dargis preguntas qué fue de *Thelma y Louise*, una película de 1991, en la que unas mujeres "vestían unos tejanos azules y desgastados y controlaban a los hombres con gran confianza en sí mismas… ¿y sin planes de boda?". Manohla Dargis, "Young Women Forever Stuck at Square One in the Dating Game", *New York Times*, 6 de febrero de 2009.
38. Thomas Chalmers, "The Expulsive Power of a New Affection". Se trata de un sermón clásico de un ministro y estadista escocés presbiteriano del siglo XIX. El sermón se encuentra en muchos lugares de Internet.
39. George Herbert, "Dulness", en *The Complete English Poems*, ed. James Tobin (Londres: Penguin, 1991), p. 107.

3. El dinero lo cambia todo

40. Este relato se ha extraído de Jonathan Weber, "Greed, Bankruptcy, and the Super Rich", en la página web de *Atlantic Monthly* "Atlantic Unbound". Consultada el 30 de mayo de 2009 en http://www.theatlantic.com/doc/200905u/yellowstone-club.
41. Paul Krugman, "For Richer", *New York Times Magazine*, 20 de octubre de 2002. Krugman cita la obra de 1967 de John Kenneth Galbraith *The New Industrial State*: "Los directivos no corren a ciegas para obtener beneficios; la gestión sólida exige prudencia… El poder de decisión va acompañado de la oportunidad de ganar dinero… Si todo el mundo procurase hacerlo… la corporación sería un caos de codicia competitiva. Pero este no es el tipo de cosas que realiza un buen empresario; un código notablemente eficaz prohíbe semejante conducta. Además, la toma de decisión grupal asegura que casi todos los actos e incluso los pensamientos de una persona sean conocidos por los demás. Esto contribuye a reforzar el código y, más que de paso, también un estándar elevado de honestidad personal".

42. Friedrich Nietzsche, *The Dawn of Day*, trad. J. M. Kennedy (Londres: Allen and Unwin, 1911), pp. 209-210.

43. Véase el estudio de 2008 elaborado por el Pew Research Center. Un 25 por ciento de las personas se consideraba clase "baja" o "media-baja", un 72 por ciento se definía como "clase media" o "media-alta" y sólo un 2 por ciento se consideraba miembros de la clase "alta". El informe apareció en http://pewresearch.org/pubs/793/inside-the-middle-class, el 1 de julio de 2009.

44. En Lucas y Hechos, hay mucho más material sobre la relación del evangelio con la avaricia y la idolatría del que podamos abordar aquí. Según Lucas, el afán de obtener bienes es una señal de aquellos que rechazan el llamado de seguir a Jesús, ya sea Judas (Hch. 1:17-20) Ananías y Safira (5:1-11) o Simón el mago (8:18-24). Lo más revelador de todo es que en el libro de Hechos se describen dos altercados contra los cristianos, y en ambos casos la oposición al evangelio fue motivada por la codicia (Hch. 16:19-24; 19:23-41). La algarada en Éfeso, en Hechos 19, resulta especialmente instructiva. El cristianismo se iba extendiendo y apartaba a las personas de los ídolos. Esto afectaba a la economía, dado que el sistema bancario y los fabricantes de ídolos y de capillas estaban interconectados. El cristianismo alteró el modo en que las personas gastaban y usaban su dinero, lo cual amenazó el *status quo* cultural.

45. Véanse especialmente los capítulos 9 y 10 de Brian S. Rosner, *Greed As Idolatry: The Origin and Meaning of a Biblical Metaphor* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007).

46. Richard Keyes habla de los idolos "cercanos" y "lejanos" en "The Idol Factory", en *No God but God: Breaking with the Idols of Our Age* (Chicago: Moody, 1992), pp. 29 y ss. Aquí esbozo un concepto parecido, pero él define los "ídolos lejanos" más bien como sistemas de creencias cognitivos y falsos, y en este capítulo yo hablo de los "ídolos profundos" como impulsos motivadores.

47. Joseph Frazier Wall, *Andrew Carnegie* (Pittsburg: University of Pittsburgh Press, 1989), pp. 224-25. Citado en el capítulo "Andrew Carnegie", *The Wise Art of Giving: Private Generosity and the Good Society* (Maclean, Va.: Trinity Forum, 1996), pp. 5-25.

48. "Andrew Carnegie", *The Wise Art of Giving*, pp. 5-26.

49. Annie Dillard, *An American Childhood*, citado en *The Wise Art of Giving*, pp. 3-48.

50. La Biblia entiende los ídolos no sólo como falsos amantes y seudosalvadores, sino como negreros. La Biblia entiende que todas las relaciones con los gobernantes, tanto divinos como humanos, tienen una naturaleza federal. Las personas entran en un pacto o contrato con su gobernante y con su Dios. Tanto ellos como el gobernante están atados por un juramento para cumplir los deberes establecidos en el pacto. A cada pacto, se adscriben bendiciones y maldiciones (véase el final del libro de Deuteronomio). Quien guarda el pacto recibe las bendiciones concretas, mientras que quien lo incumple recibe las maldiciones. Por lo tanto, si un hombre centra su vida en ganar mucho dinero, ha firmado un pacto

idolátrico (sin saberlo) con el afán de ganar dinero. Esto quiere decir que esa meta se convierte en su negrero. Le inducirá a trabajar en exceso y a saltarse la ética para obtener más beneficios. Y si su carrera atraviesa un bache, le asaltará una profunda sensación de fracaso y de culpa que no podrá remediar. El motivo es que su ídolo "le maldice". Dado que le ha fallado a su "señor" último, no puede sustraerse a una sensación de indignidad total. A menos que consiga un nuevo centro para su vida y un nuevo "señor", no podrá eludir pensar que está maldito.

4. La seducción del éxito

51. Lynn Hirshberg, "The Misfit", *Vanity Fair*, abril de 1991, volumen 54, número 4, pp. 160-69, 196-202.

52. El actor Ben Cross, en el papel del medallista olímpico Harold Abrahams, ganador de una medalla de oro en 1924, pronuncia estas palabras en la película. No sería justo atribuir estos motivos al propio Harold Abrahams. Pero el guionista ha reflejado perfectamente la vida interior de muchas personas ambiciosas y orientadas al éxito.

53. Artículo consultado el 28 de marzo de 2009, en http://www.contactmusic.com/new/xmlfeed.nsf/mndwebpages/pollackmoviesjustif

54. De "Success and Excess", de Harriet Rubin. Esta es la edición online que se puede consultar en http://www.fastcompany.com/node/35583/print, el 28 de marzo de 2009.

55. Véase el libro dedicado al estudio de este tema. Edward P. Meadors, *Idolatry and the Hardening of the Heart* (Londres y Nueva York: T. And T. Clark, 2006).

56. *Good Housekeeping*, octubre de 1990, pp. 87-88.

57. Peter L. Berger, Brigitte Berger, Hansfield Kellner, *The Homeless Mind: Modernization and Consciousness* (Nueva York: Penguin, 1974), p. 89.

58. Las citas de David Brooks y Christopher Lasch están sacadas de Nathan O. Hatch, "Renewing the Wellsprings of Responsibility", una conferencia en el Council of Independent Colleges de Indianapolis, el 12 de marzo de 2009.

59. Nathan O. Hatch, "Renewing the Wellsprings of Responsibility".

60. Para profundizar más en este argumento, véase Timothy Keller, *The Reason for God* (Nueva York: Dutton, 2007), el capítulo titulado "The Cross".

61. Partiendo de este relato de una esclava que perdonó a su señor, no debemos concluir que tengamos que someternos pasivamente a la opresión y a la injusticia. Los llamados bíblicos a perdonar *y* buscar la justicia no se excluyen mutuamente, sino que se complementan. Miroslave Wolf, en sus libros *Exclusion and Embrace* (Nashville: Abingdon, 1996) y *The End of Memory: Remembering Rightly in a Violent World* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2006), defiende firmemente que es necesario perdonar a los opresores para buscar realmente la justicia. Si no logra realizar la obra interior del perdón, buscará la venganza personal excesiva en lugar de la verdadera justicia, con lo cual, irónicamente, seguirá oprimido. Se verá atrapado por el círculo infinito de revanchas violentas. Incluso en relaciones que no

son físicamente violentas, sino sólo injustas, no podrá confrontar a los ofensores con sus obras y corregirlos a menos que primero les perdone en su corazón. Si no perdona al perpetrador, desvirtuará su confrontación. No buscará la justicia o el cambio, sino sólo infligir dolor. Sus demandas serán excesivas y su actitud, abusiva. El malhechor entenderá que la confrontación va destinada simplemente a hacerle daño. Así comenzará un ciclo de venganza. Sólo cuando usted haya perdido la necesidad interna de ver herida a la otra persona dispondrá de una posibilidad de introducir la justicia, el cambio y la sanidad.

62. Extraído del párrafo introductorio de "Success Excess", de Harriet Rubin. Procede de la edición comercializada de *Fast Company*, octubre de 1998. Se han revisado las versiones actuales de este artículo que ya están online.

63. Esto es un resumen de un párrafo del famoso sermón del ministro escocés Thomas Chalmers (siglo XIX) titulado "The Expulsive Power of New Affection" (disponible en muchas páginas web). El párrafo dice: "Es así como el muchacho deja de ser, con el tiempo, un esclavo de su apetito; pero esto se debe a que un gusto más varonil lo ha subordinado y a que el joven ha dejado de idolatrar el placer; se debe a que el ídolo de la riqueza se ha vuelto más fuerte y se ha hecho con el control, y que incluso el amor al dinero deja de tener el dominio sobre el corazón de muchos ciudadanos adinerados; se debe a que, sumido en el torbellino de la política urbana, se ha introducido otro afecto en su sistema moral, y ahora le controla el amor al poder. En ninguna de estas transformaciones queda el corazón sin un objeto. Su deseo de un objeto particular se puede superar, pero en cuanto al deseo de tener uno u otro objeto, este es inconquistable".

5. El poder y la gloria

64. Citado en Bob Goudzwaard, *Idols of Our Time* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1984), p. 9.

65. Del discurso completo de Robespierre citado en Richard Bienvenu, *The Ninth of Thermidor* (Oxford: Oxford University Press, 1970), pp. 32-49.

66. Al Wolters, Michael Goheen, *Creation Regained: Basics for a Reformational Worldview*, segunda edición (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2005), p. 61.

67. "La codicia del poder nace de la consciencia oscura de su inseguridad." Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: Volume I, Human Nature* (Nueva York: Scribner, 1964), p. 189.

68. "Las formas más evidentes de idolatría son aquellas en las que el mundo del significado se organiza en torno a un centro… como la vida de una tribu o nación, que es claramente contingente y no última". Niebuhr, p. 165.

69. Goudzwaard, p. 23.

70. "Su ilimitada asertividad contemporánea [la de Alemania], que trasciende literalmente todos los límites conocidos anteriormente en la religión, la cultura y el derecho, es una forma muy acentuada del impulso de poder…" Niebuhr, p. 189n.

71. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (Nueva York: HarperCollins, 2001), p. 11.

72. "… se hace el esfuerzo por comprender el significado del mundo por medio del principio de la causación natural por sí solo… [Esto] conlleva la deificación de la razón. Los hechos de que esta identificación representa la idolatría y de que las leyes de la razón y de la lógica son incapaces de comprender plenamente el sentido total del mundo quedan atestiguados por que la vida y la historia están repletas de contradicciones que no se pueden resolver en términos de principios racionales." Niebuhr, p. 165.

73. C. E. M. Joad, *The Recovery of Belief* (Londres: Faber and Faber, 1952), pp. 62-63.

74. Richard Crossman, ed., *The God that Failed* (Nueva York: Harper, 1949).

75. Véase el estudio interesante de Steward Davenport, *Friends of the Unrighteous Mammon: Northern Christians and Market Capitalism 1815-1860* (Chicago: University of Chicago, 2008). Davenport intenta descubrir por qué algunos líderes cristianos aceptaron la versión del capitalismo que exponía Adam Smith, cuando era claramente "ideológica", afirmando que, si el único interés de un gobierno es el económico, la moralidad y la comunidad florecerán de manera natural.

76. Una voz reflexiva que ha expuesto la naturaleza ideológica del capitalismo moderno ha sido la de Wendell Berry, que llama a los estadounidenses a "despilfarrar menos, gastar menos, usar menos, querer menos, necesitar menos". Véase su obra *Sex, Economy, Freedom, and Community: Eight Essays* (Nueva York: Pantheon, 1994). Berry no es un auténtico liberal, dado que se opone a los grandes gobiernos, ni un conservador o libertario, porque equilibra los derechos individuales con el bien común más de lo que lo haría un conservador. Esto convierte su pensamiento en una barrera eficaz contra el desarrollo de ideologías modernas.

77. Stephen Marglin, *The Dismal Science: How Thinking Like an Economist Undermines Community* (Cambridge: Harvard University Press, 2008). La idea de Marglin es que las economías modernas se han vuelto ideológicas, concibiendo a los seres humanos como individuos que maximizan el interés y no necesitan la comunidad humana, que se definen en términos de cuánto pueden permitirse consumir, no de sus roles en un complejo de relaciones humanas. Durante los cuatro últimos siglos, esta ideología económica se ha convertido en la dominante en buena parte del mundo.

78. Richard A. Posner, *A Failure of Capitalism: The Crisis of '08 and the Descent into Depression* (Cambridge: Harvard University Press, 2009). Posner se opone a buena parte del dogma capitalista; a saber, que los mercados se corrigen a sí mismos.

79. Véase William T. Cavanaugh, *Being Consumed: Economics and Christian Desire* (Grand Rapids, Mich.: Eedmans, 2008). Canavaugh aborda la tentación que sienten los cristianos de separar su vida privada de la pública en una sociedad dominada por el capitalismo de mercado. Tradicionalmente, la codicia es uno de los siete pecados capitales, y de alguna manera se supone que debemos eludirla en nuestra vida privada mientras la adoptamos en la vida pública, empresarial. Además, en

nuestra sociedad, se nos llama a definirnos en función de lo que amamos. La lógica y los valores del mercado, dice Canavaugh, se extienden a todas las áreas de la vida. Esto se debe a que el capitalismo moderno es "ideológico".

80. Larry Elliott y Dan Atkinson, *The Gods that Failed: How Blind Faith in Markets Has Cost Us Our Future* (Nueva York: Nation Books, 2009).

81. Niebuhr definía la idolatría como la elevación de algún objeto finito y relativo a la categoría de "valor final y último". Niebuhr, p. 225.

82. Roy Clements, *Faithful Living in an Unfaithful World* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1998), p. 153.

83. Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: Volume I Human Nature* (Nueva York: Scribner, 1964), p. 189.

84. Diana R. Henriques, "Madoff, Apologizing, Is Given 150 Years", *New York Times*, 30 de junio de 2009.

85. "Bernard Madoff Gets 150 Years in Jail for Epic Fraud", Bloomberg News, 29 de junio de 2009, http://www.bloomberg.com/apps/new?pid=20601087&sid=aHSYu2UPYrfo.

86. Niebuhr, pp. 179-180.

87. *Ibíd.*

88. Lo que describo en este párrafo es cómo los "ídolos de superficie" (el sexo, la religión, el dinero) pueden servir al "ídolo profundo" del poder. Comparemos esto con lo que se dijo sobre los ídolos profundos y de superficie en el capítulo 3.

89. Con el paso de los años, muchos intérpretes se han esforzado por identificar cada parte del ídolo con un reino histórico. Dado que se nos dice que Nabucodonosor es "la cabeza" (vs. 36-39), se ha razonado que cada una de las otras partes metálicas del ídolo debían ser el siguiente poder dominante en el mundo. Pero, seguramente, el sueño no se puede interpretar tan específicamente. Fijémonos que en el versículo 35 se nos dice que la piedra (el reino de Dios) rompe el ídolo en pedazos "*al mismo tiempo*". Si los reinos están separados por varios siglos, ¿cómo pudo destruirlos la piedra al mismo tiempo? Por consiguiente, creo que la estatua representa a los reinos del mundo en general, con todo su poderío y su manera de actuar. El sueño no nos ofrece una secuencia concreta de reinos específicos, ni enfatiza momentos históricos determinados. Nos dice que Dios es soberano a pesar del auge de la injusticia y la tiranía, y que todos los poderes humanos acabarán siendo juzgados. Para un comentario que establece este enfoque interpretativo, véase Tremper Longman, *The NIV Application Commentary: Daniel* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1999), pp. 79-93.

90. Christian Smith, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* (Oxford: Oxford University Press, 2005), pp. 162-170.

91. Malcolm Gladwell, *Outliers* (Nueva York: Little, Brown and Company, 2008), pp. 125-128, 132-133, 156-158. Gladwell admite que el talento (la herencia) y el trabajo duro son importantes para el éxito, pero sostiene que el entorno es el factor más esencial: en él incluye la pertinencia del momento, el trasfondo familiar y la cultura.

92. Para un libro que trata este tema, véase Edward P. Meadors, *Idolatry and the Hardening of the Heart: A Study in Biblical Theology* (Londres y Nueva York: T. and T. Clark, 2006).
93. C. S. Lewis, *The Chronicles of Narnia: The Voyage of the Dawn Treader* (Nueva York: Harper Trophy, 2000), p. 91.
94. Para leer un tratamiento dilatado de este tema, véase G. K. Beale, *We Become What We Worship: A Biblical Theology of Idolatry* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2008).
95. Lewis, pp. 108-110.

6. Los ídolos ocultos en nuestras vidas

96. Sheelah Kolhatkar, "Trading Down", *New York Times*, 5 de julio de 2009.
97. El juramento se podía encontrar online el 10 de junio de 2009 en mbaoath.org/take-the-oath.
98. "Forswearing Greed", en *The Economist*, 6 de junio de 2009, p. 66. Ver también Leslie Wayne, "A Promise to Be Ethical in an Era of Immorality", en el *New York Times*, 29 de mayo de 2009.
99. Andrew Delbanco, *The Real American Dream: A Meditation on Hope* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1999), pp. 3, 23.
100. Delbanco, p. 5.
101. El "escarnecedor" (hebreo *les*) suele traducirse como "burlador" o "menoscabador". Esta figura aparece catorce veces en el libro de Proverbios. Su problema es el orgullo y la arrogancia (14:6, 21:24). Véase Bruce Waltke, *The Book of Proverbs: Chapters 1-15* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2004), p. 114.
102. Entre los cristianos ortodoxos, hay muchas personas e iglesias que advierten contra la incredulidad y el error. Sin duda, es necesario hacer esto a menudo, y Proverbios 26:28 dice que "la lengua falsa" que se niega a criticar a quienes ostentan el poder es destructiva para la Iglesia. Pero muchos creyentes, aun cuando defienden enseñanzas y prácticas dignas de ello, lo hacen con las características del burlador de Proverbios. En respuesta a esta acusación, hay quienes señalan que algunos oradores y escritores bíblicos recurrieron al sarcasmo. Esto es cierto: lo vemos en el debate de Elías con los profetas de Baal en 1 Reyes 18, o sobre todo en la crítica que hizo Pablo de quienes le atacaban en 2 Corintios 10–13. El sarcasmo y la ironía pueden ser buenas maneras de dejar clara una idea, pero la irrisión y el desprecio no pueden ser la forma habitual y principal como unos pecadores hablan a otros.
103. "Los dones del Espíritu son cosas excelentes, pero… no son inherentes a la naturaleza, como la verdadera gracia y la santidad… Los dones del Espíritu son, por así decirlo, joyas preciosas que un hombre lleva consigo. Pero la verdadera gracia en el corazón es, por así decirlo, la preciosidad del corazón, mediante la cual… la propia alma se convierte en una joya preciosa… El Espíritu de Dios puede producir efectos sobre muchas cosas a las que no se comunica en persona. Por lo

tanto, el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas, pero no para impartirse a ellas. Pero, cuando el Espíritu, mediante su influencia ordinaria, confiere la gracia salvadora, se imparte a sí mismo al alma… sí, la gracia viene a ser la naturaleza santa del Espíritu de Dios impartida al alma". De Jonathan Edwards, "Charity and Its Fruits, Sermon Two", en Paul Ramsey, ed., *Ethical Writings*, volumen 8 de *Works of Jonathan Edwards* (New Haven: Yale University Press, 1989), pp. 152-173.

104. Véase Timothy Keller, *The Prodigal God* (Nueva York: Dutton, 2008).

105. Kenneth Gergen hace una lista de más de veinte problemas psicológicos que han aparecido sólo en el siglo XX, con sus nuevos énfasis sobre la autorrealización, la anorexia, la bulimia, el estrés, la baja autoestima. Véase Kenneth Gergen, *The Saturated Self: Dilemas of Identity in Contemporary Life* (Basic Books, 1991), p. 13.

106. Los pasajes bíblicos citados en este libro se toman, normalmente, de la versión Reina-Valera de 1960. Pero en este libro introduciré mi propia traducción del libro de Jonás. (En esta traducción, dependí frecuentemente de la visión de Jack Sasson, *Jonah: A New Translation with Introduction, Commentary, and Interpretation*, The Anchor Bible (Nueva York: Doubleday, 1990); Phyllis Trible, *Rhetorical Criticism: Context, Method, and the Book of Jonah* (Minneapolis: Augsburg Fortress, 1994); y *Young's Literal Translation of the Bible.*)

107. Leslie C. Allen señala que el recuerdo del nacionalismo ciego de Jonás se parecería al modo como recordamos la afirmación de Hitler sobre la necesidad del *Lebensraum*. Allen, *The Books of Joel, Obadiah, Jonah, and Micah* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1976), p. 202. *Cfr.* Rosemary Nixon, *The Message of Jonah* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2003), pp. 56-58. Tanto Nixon como Allen creen que los oyentes habrían recordado a Jonás como partisano y patriotero exaltado, y, por consiguiente, se habrían quedado de piedra al enterarse de que había sido llamado a predicar y a hacer una advertencia espiritual a las personas que vivían en Nínive, la capital de Asiria.

108. Richard Lovelace, *The Dynamics of Spiritual Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1982), pp. 198, 212.

109. Jonathan Edwards, en su libro sobre filosofía moral *The Nature of True Virtue*, sostiene que si usted ama a su país más que a Dios, se mostrará beligerante con otros países y razas. Señala que los romanos consideraban que el amor a la patria era la máxima virtud, pero esta prioridad "se empleó para la destrucción del resto de la humanidad". P. Ramsey, ed., *Ethical Writings*, en el vol. 8 de *Works of Jonathan Edwards*.

110. Halbertal y Margalit tratan exhaustivamente esta dinámica; a saber, que la idolatría nace del error y el engaño intelectual, y que, a su vez, las creencias falsas conducen a la idolatría. Véase los capítulos "Idolatry and Representation", "Idolatry as Error", "The Wrong God" y "The Ethics of Belief", en *Idolatry* (Cambridge: Harvard University Press, 1992).

111. En la Biblia, la idolatría y el error intelectual van de la mano, lo cual ayuda a

comprender la relación entre el primer mandamiento, "No te harás dioses ajenos delante de ti", y el segundo, "No tendrás imágenes de talla". No sólo se nos prohíbe adorar a los dioses falsos, sino que no podemos crear una imagen visual del Dios verdadero. ¿Por qué es así? Halbertal y Margalit exploran a fondo este tema y llegan a la conclusión de que cualquiera que pretenda hacer una imagen de Dios caerá en distorsiones y reducciones. Por ejemplo, una imagen puede representar a Dios como alguien majestuoso, pero, al mismo tiempo, ¿puede reflejar su gran amor? Al final, todo el que intente hacer una imagen de la deidad creará una distorsión y, por lo tanto, un Dios falso, aunque la intención sea adorar al Dios verdadero. Por consiguiente, una de las grandes áreas de la idolatría es el error doctrinal o teológico. Si una persona cree en un Dios de amor pero no de justicia, o de santidad pero no de misericordia, la comprensión de esa persona se queda corta frente al Dios de la Biblia, y en realidad es un idólatra, que adora a un dios falso. Véase Margalit y Halbertal, capítulos 2, 4, 5 y 6. La respuesta neotestamentaria a la pregunta de por qué Dios nos prohíbe hacer una imagen visible de Él (Éx. 33:20) es que ya nos ha proporcionado esa imagen: Jesucristo, quien es (literalmente) el *icono* del Dios invisible (Col. 1:15).

112. Este párrafo resume la obra de Thomas Oden *Two Worlds*, capítulo 6.

7. El final de los dioses falsos

113. David Clarkson, "Soul Idolatry Excludes Men from Heaven", en *The Practical Works of David Clarkson*, volumen II (Edimburgo: James Nichol, 1865), pp. 299 y ss.

114. Clarkson, p. 311.

Epílogo: Identifica y sustituye tus ídolos

115. Sobre Romanos 1:21-25, el comentarista Douglas Moo escribe: "De… forma paradigmática, [Pablo] describe la tendencia espantosa de todas las personas a corromper el conocimiento de Dios que poseen al hacer ídolos propios. El proceso trágico de «hacer dioses» sigue en marcha en nuestra propia época… Así, como muestran los versículos 24-31, toda esa panoplia terrible de pecados que infectan a la humanidad hunde sus raíces en la tierra de esta idolatría". Douglas J. Moo, *The Epistle to the Romans* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1996), p. 110.

116. "Quienes no confían en Dios en todo momento ni en su favor, su gracia y su buena voluntad en medio de todos sus trabajos o sufrimientos, la vida y la muerte, sino que buscan su favor en otras cosas o en sí mismos, no guardarían este [primer] mandamiento y practicarían la verdadera idolatría, aunque cumpliesen las obras de los otros mandamientos y además combinasen las oraciones, la obediencia, la paciencia y la castidad de todos los santos. Pues la obra principal no está presente, sin la cual las demás son mera falsedad, apariencia y pretensión, sin nada que las respalde… Si dudamos o no creemos que Dios nos muestra su gracia y se complace en nosotros, o si somos presuntuosos y esperamos complacerle sólo mediante nuestras obras, entonces todo es un puro engaño, un honrar a Dios

externo, mientras que por dentro erigimos al Yo como un [salvador] falso…". Extractos de Martín Lutero, *Treatise Concerning Good Works* (1520), partes X, XI.

117. Lutero no fue el único gran teólogo que entendió que la idolatría subyace en todo pecado. Agustín de Hipona escribió: "Los pecados se cometen cuando, debido al deseo inmoderado de… los bienes menores, olvidamos los bienes mejores y mayores que eres tú, oh Señor Dios nuestro, y tu verdad y tu ley". John K. Ryan, ed., *The Confessions of St. Augustine* (Doubleday, 1960), p. 71. Véase también Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, ed. J. T. McNeil (Westminster, 1961), I. II. 8 y 3. 3. 12. Además, la gran obra de Jonathan Edwards sobre la ética, *The Nature of True Virtue*, asume que la idolatría, la incapacidad de amar a Dios por encima de todo, es la raíz de la ineptitud humana para llevar una vida virtuosa.

118. M. Halbertal y A. Margalit, *Idolatry* (Cambridge, Mass.: Harvard, 1992), p. 6: "Los valores compartidos [comunalmente], derivados de la asociación de percepciones visuales fijas, crean cierta sensibilidad compartida en las personas… El mandamiento "no harás lo mismo que ellos", que supone un rechazo del estilo de vida de la cultura idolátrica, refleja una imbricación compleja de estilo de vida, ritual y fe… La categoría de la idolatría incluye la crítica de la cultura en la que se desarrolló aquella".

119. Veamos una lista breve de categorías idolátricas. Esta lista puede ayudarnos a percibir la amplia gama de la idolatría para reconocer mejor la nuestra propia:

Ídolos teológicos. Errores doctrinales que producen unas visiones de Dios tan distorsionadas que acabamos adorando a un dios falso.

Ídolos sexuales. Adicciones como la pornografía y el fetichismo, que prometen pero no proporcionan intimidad ni aceptación; ideales de belleza física en uno mismo y/o en la pareja; idealismo romántico.

Ídolos mágicos/rituales. La brujería y el ocultismo. En el fondo, toda idolatría es una forma de magia que intenta rebelarse contra el orden de la realidad trascendente, en vez de someterse a él con amor y sabiduría.

Ídolos políticos/económicos. Ideologías de izquierda, derecha o libertarias que elevan al absolutismo cierto aspecto de orden político convirtiéndolo en *la* solución. Por ejemplo, la deificación o demonización de los mercados libres.

Ídolos raciales/nacionales. El racismo, el militarismo, el nacionalismo o el orgullo étnico que se vuelve amargo u opresivo.

Ídolos relacionales. Sistemas familiares disfuncionales de codependencia; "atracciones fatales"; vivir la vida por medio de sus hijos.

Ídolos religiosos. El moralismo y el legalismo; la idolatría del éxito y los dones; la religión como pretexto para el abuso de poder.

Ídolos filosóficos. Sistemas de pensamiento que hacen que el problema de esta vida sea una cosa creada (no el pecado), y la solución a nuestros problemas sea algún producto o empresa humanos (en vez de la gracia de Dios).

Ídolos culturales. El individualismo radical, como en Occidente, que convierte en ídolo nuestra felicidad individual a expensas de la comunidad; las culturas de la vergüenza, que convierten a la familia y al clan en un ídolo, a costa de los derechos individuales.

Ídolos profundos. Los impulsos, motivaciones y los temperamentos convertidos en absolutos: a. Idolatría del poder: "La vida sólo tiene sentido/Yo sólo tengo valor si tengo poder e influyo en otros". b. Idolatría de la aprobación: "La vida sólo tiene sentido/Yo sólo tengo valor si __________ me ama y me respeta". c. Idolatría del confort: "La vida sólo tiene sentido/Yo sólo tengo valor si tengo este tipo de experiencia hedonista, una calidad de vida concreta". d. Idolatría del control: " La vida sólo tiene sentido/Yo sólo tengo valor si logro hacerme con el control de mi vida en el área de __________".

120. Este dicho se atribuye generalmente al arzobispo, pero no he logrado confirmarlo o identificar una fuente. Puede tratarse de una paráfrasis.

121. Según la Biblia, todos los adoradores de ídolos buscan a los dioses falsos para obtener más libertad y control, pero al final el resultado es menos de ambas cosas, es decir, un tipo de esclavitud. Creemos que la búsqueda del sexo, el dinero y el poder en vez de la del Dios verdadero es una vía para obtener la libertad, pero al final acabamos esclavizados a tales cosas. Usando la metáfora del matrimonio para la idolatría, Jeremías 2 y Ezequiel 16 demuestran que, cuando abandonamos a nuestro verdadero Esposo en busca de otros amantes, caemos en cierto tipo de adicción sexual espiritual. "Mas dijiste: No hay remedio en ninguna manera, porque a extraños he amado, y tras ellos he de ir" (Jer. 2:25). "Con todo eso, sobre todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso te echabas como ramera" (Jer. 2:20).

122. David Powlison, "Idols of the Heart and Vanity Fair", *The Journal of Biblical Counseling*, volumen 13, número 2 (invierno de 1995).

123.Un buen punto de partida sería Kenneth Boa, *Conformed to His Image* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 2001). Un libro importante que leer como introducción a las disciplinas espirituales es el de Edmund P. Clowney, *CM: Christian Meditation* (Vancouver, B. C.: Regent, 1979). Clowney establece distinciones importantes entre las técnicas de meditación del misticismo oriental y las del cristianismo ortodoxo.

124. John Newton, *Works of John Newton*, volumen VI (Edimburgo, Reino Unido, y Carlisle, Pa.: Banner of Truth, reimpresión), p. 45.

Bibliografía

Barton, Stephen C., ed. *Idolatry: False Worship in the Bible, Early Judaism, and Christianity*. Londres y Nueva York: T. and T. Clark, 2007.

Beale, G. K. *We Become What We Worship: A Biblical Theology of Idolatry*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2008.

Benson, Bruce Ellis. *Graven Ideologies: Nietzsche, Derrida, and Marion on Modern Idolatry*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2002.

Bobick, Michael W. *From Slavery to Sonship: A Biblical Psychology for Pastoral Counseling*. Disertación D. Min. inédita, Westminster Theological Seminary, 1989.

Clarkson, David. "Soul Idolatry Excludes Men from Heaven", en *The Practical Works of David Clarkson*, volumen II. Edimburgo: James Nichol, 1865, pp. 299 y ss.

Goudzwaard, Bob. *Idols of Our Time*. Sioux City, Iowa: Dordt College Press, 1989.

Halbertal, Moshe, y Margalit Avishai. *Idolatry*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1992.

Keyes, Richard. "The Idol Factory", en Os Guinness y John Seel, eds., *No God But God: Breaking with the Idols of Our Ages*. Chicago: Moody Press, 1992.

Lints, Richard. "Imaging and Idolatry: The Sociality of Personhood in the Canon", en Lints, Michael Horton y Mark Talbot, eds., *Personal Identity in Theological Perspective*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2006.

Lutero, Martín. *Larger Catechism*, con preguntas de estudio a cargo de F. Samuel Janzow. Saint Louis: Concordia, 1978.

Meadors, Edward P. *Idolatry and the Hardening of the Heart: A Study in Biblical Theology*. Londres y Nueva York: T. and T. Clark, 2006.

Niebuhr, Reinhold. "Man as Sinner", en *The Nature and Destiny of Man*, volumen I, Human Nature. Nueva York: Penguin, 1990.

Nietzsche, Friedrich. *The Twilight of the Idols* y *The Antichrist*, traducidos por R. J. Hollingale. Nueva York: Penguin, 1990.

Oden, Thomas C. *Two Worlds: Notes on the Death of Modernity in America and Russia*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992.

Oden, Thomas C. "No Other Gods", en Carl Braaten, Christopher Seitz, eds., *I Am the Lord Your God: Christian Reflections on the Ten Commandments*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2005.

Powlison, David. "Idols of the Heart and Vanity Fair". *The Journal of Biblical Counseling*, volumen 13, número 2, invierno de 1995.

Este artículo lleva más de veinte años en circulación y ha sido esencial para mi pensamiento. Se encuentra también online en http://www.ccef.org/idols-heart-and-vanity-fair.

Ramachandra, Vinoth. *Gods That Fail: Modern Idolatry and Christian Mission*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1996.

Rosner, Brian S. *Greed as Idolatry: The Origin and Meaning of a Pauline Metaphor*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2007.

Westphal, Merold. *Suspicion and Faith: The Religious Uses of Modern Atheism*. Bronx, N. Y.: Fordham University Press, 1999.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias de nuevo a Jill Lamar, David McCormick y Brian Tart, mi *dream team* literario que no deja de estimularme y animarme en mi trabajo. Gracias también a Janice Worth y Lynn Land, que me ayudan a escaparme cada verano para trabajar.

Este libro habla de nuestra cultura y, a mi edad, la gente suele perder la simpatía por ella y, por consiguiente, deja de comprenderla. He tenido la suerte de contar con mis hijos David, Michael y Jonathan, en más sentidos que puedo imaginar. El de mayor incidencia en este libro es su observación sabia y diáfana de los ídolos de sus mundos, y su disposición para hablarme sobre ellos largo rato y con seriedad. Chicos, gracias pos los paseos, las cenas y, simplemente, por quedar conmigo. Respeto cómo habéis crecido amando la ciudad y os habéis convertido en hombres íntegros.

Quiero dar las gracias a Kathy, que durante meses trabajó conmigo en este libro, y durante años en las ideas que contiene. Debo decir a Kathy lo que John Newton escribió a su esposa Polly, a saber: no es de extrañar que tantos años, tantas palabras cariñosas, tantos compromisos hayan producido un efecto tan infrecuente: que por costumbre ya arraigada, me resulta casi imposible respirar sin que tú participes en ello.

Acerca del autor

Timothy Keller nació y se crió en Pennsylvania, y se formó en la Bucknell University, el Gordon-Conwell Theological Seminary y el Westminster Theological Seminary. Primero, fue pastor en Hopewell, Virginia. En 1989, fundó la Redeemer Presbyterian Church en Manhattan, junto a su esposa Kathy y sus tres hijos. Hoy día, Redeemer cuenta con más de 5.000 asistentes cada domingo, así como de los miembros de más de cien nuevas congregaciones repartidas por todo el mundo. También es autor de *The Prodigal God* y del superventas del *New York Times* titulado *The Reason for God*. Vive en Nueva York con su familia.